

Revista Uruguaya
de Psicoanálisis
Número 98
2003
Asociación Psicoanalítica del Uruguay

Indice

Editorial

Beatriz de León de Bernardi 5

MAESTRÍA EN PSICOANÁLISIS

Maestría en Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

Clara Uriarte, Paulina Costanzo 9

Panel realizado en el acto de celebración del reconocimiento oficial del Instituto de Formación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay como Instituto Universitario de Postgrado.

Luz M. Porras, Clara Uriarte, Paulina Costanzo, Claudio Eizirik, Héctor Ferrari, Javier García, Ricardo Bernardi. 18

RELACIÓN DE OBJETO

Representación y relación de objeto.

Horacio Etchegoyen 40

Horizontes de la relación de objeto.

Saúl Paciuk 60

Discusión del trabajo "Horizontes de la relación de objeto".

Guillermo Bodner 87

TRABAJANDO CON WINNICOTT

Entrevista al Prof. Emérito Dr. Luis Enrique Prego en el marco del XII Encuentro Latinoamericano sobre el Pensamiento de D. W. Winnicott: Violencia y desamparo.

Sylvia Braun de Bagnulo, Damián Schroeder 97

Violencia y desamparo en los orígenes.

Sylvia Braun de Bagnulo 108

La paradoja de la destrucción organizante.

Myrta Casas de Pereda 117

Entre espontaneidad y sumisión, la vida.

Cristina López de Caiafa 137

Los estigmas de una malformación congénita.

Carmen Médici de Steiner 148

SECCIÓN PLURITEMÁTICA

De agresividad y violencia en la adolescencia.

Silvia Flechner 163

Del insight a la autocreación. Viscisitudes de la interpretación desde la modernidad a la postmodernidad.

Jorge L. Ahumada 184

CORREO DE LECTORES.

Luisa de Urtubey; Javier García 210

RESEÑA

¿Pluralismo y unidad? Métodos de investigación en psicoanálisis.

Reseñado por Ana de Barbieri 218

Normas de Publicación 225

La Revista Uruguaya N° 98 se publica en un nuevo contexto. Anunciamos en ella que el 17 de julio de 2003 el Instituto de Formación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay fue reconocido por el Ministerio de Educación y Cultura como Instituto Universitario de Postgrado, acreditado para otorgar Maestrías en Psicoanálisis, a quienes realizan en él su formación.

La historia de este proceso es reconstruida en este número por Clara Uriarte y Paulina Constanzo, integrantes de la Comisión para la Acreditación de la Maestría en Psicoanálisis. Publicamos también las palabras vertidas en el panel que tuvo lugar en el acto de celebración de este acontecimiento. En el mismo participaron: Dra. Luz Porras, Presidente de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay; Lic. Clara Uriarte, Directora de la Comisión de Enseñanza de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay; Lic. Paulina Constanzo, Secretaria de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay; Dr. Javier García, Co-Chair del Comité de Educación de la Asociación Psicoanalítica Internacional para América Latina y el Dr. Ricardo Bernardi, Ex Vicepresidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional y Presidente del Comité Científico del 43° Congreso Internacional de Psicoanálisis.

Como invitados extranjeros contamos con la presencia del Dr. Claudio Eizirik, Presidente Electo de la Asociación Psicoanalítica Internacional y el Dr. Héctor Ferrari, Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, quienes colaboraron como asesores del proyecto de Maestría.

Esta Revista incluye diferentes líneas temáticas, modificando parcialmente la tradición de los últimos años, en los que la revista proponía un tema central.

Un primer conjunto de trabajos se agrupan en torno a las nociones de “representación” y “relación de objeto”.

H. Etchegoyen plantea cómo ambas nociones se insertan en marcos teóricos diferentes, dando origen a desarrollos en parte divergentes. Así, las concepciones del narcisismo primario y de la teoría pulsional en Freud, se contraponen con la concepción de Klein de la presencia del objeto desde el inicio de la vida como constituyente esencial de la interioridad. En forma cuidadosa y a la vez sintética, Etchegoyen sigue el desarrollo de ambas nociones en pensadores como Fairbain, Winnicott, Lacan y Green entre otros.

Saúl Paciuk profundiza el análisis de la noción de “relación de objeto”, mostrando en un estudio minucioso cómo esta expresión condensa aspectos centrales del pensamiento kleiniano en sus implicancias clínicas y aún filosóficas. Jerarquiza el papel de la “relación” desde los comienzos del psiquismo y los procesos de configuración y existencia del objeto interno, objeto diferente a los objetos “mundanos”. Esta distinción determina el trabajo de la transferencia y el lugar del analista frente al paciente. Guillermo Bodner, comentando el trabajo de S. Paciuk, hace referencia a pensadores kleinianos contemporáneos que desarrollan distintos aspectos de la teoría de las relaciones objetales. Polaridades tales como: relación de objeto interna versus relación interpersonal; lo intrapsíquico versus lo intersubjetivo; lo verbal versus lo no verbal; junto a las nociones de insight, fantasía inconsciente e identificación proyectiva, son exploradas en ambos trabajos en su alcance teórico y clínico

La entrevista al Profesor Emérito Dr. Luis Enrique Prego, realizada por Sylvia Braun y Damián Schroeder en el marco del XII Encuentro Latinoamericano sobre el pensamiento de D. W. Winnicott (Violencia y desamparo en los orígenes. Montevideo 17 y 18 de octubre de 2003), nos introduce en otro campo de interés. La entrevista muestra el papel desempeñado por L. E. Prego en la difusión y consolidación del pensamiento de Winnicott en nuestro medio y la significación que Winnicott adquirió en su propia visión del psicoanálisis y de la institución analítica.

Varios trabajos desarrollan el pensamiento de D. W. Winnicott. Sylvia Braun señala cómo Winnicott descentra los orígenes del psiquismo del conflicto pulsional, al jerarquizar la importancia y función del ambiente materno. Deprivaciones tempranas generan en el niño vivencias de derrumbe traumáticas que se expresan de distinta forma en la transferencia. Myrta Casas aborda la problemática de la agresión en Winnicott relacionándola con planteos de Freud y Lacan. Integra en su reflexión desarrollos personales, jerarquizando el valor positivo de la destrucción del objeto para los procesos de subjetivación y estructuración psíquica, los cuales implican paradójicamente la simbolización de la pérdida. Cristina López refiere las nociones de espontaneidad y sumisión a distintas vicisitudes de la vida de Winnicott y a nuestras actitudes frente a las teorías analíticas. Carmen Médici nos muestra a través del relato de un caso clínico, el impacto que malformaciones congénitas tienen en el psiquismo de un niño. También apoya su trabajo clínico y teórico en conceptualizaciones winnicottianas.

La problemática de la agresividad, violencia y tendencia a la actuación en la adolescencia es abordada por Silvia Flechner quien plantea la necesidad de concebir el trabajo analítico como un espacio que, posibilitando el pensamiento, pueda permitir adelantarse al accionar hetero y autoagresivo del adolescente. Jorge Ahumada, en un diálogo polémico con el pensamiento filosófico actual, propone que una serie de ideas retomadas por las corrientes postmodernas y originadas en autores como Nietzsche, Kojève y Foucault, han conducido al abandono de la interpretación como instrumento de conocimiento de la realidad psíquica inconsciente por medio del insight, lo cual puede llevara un “realismo retórico” donde el marco clínico quede al servicio de la autoexpresión y de la autocreación.

Contamos también en esta Revista con una sección de Correo de los lectores, en la cual se retoma el tema de la reacción terapéutica negativa planteado en el número 97 de la Revista Uruguaya por Luisa de Urtubey y Javier García. Estos autores habían expresado puntos discrepantes en torno a la caracterización de la reacción terapéutica negativa y al papel de la transferencia en la misma. El intercambio epistolar actual pone de manifiesto más claramente los puntos en cuestión y las distintas posiciones de ambos autores.

Finalmente podemos leer la Reseña del libro ¿Pluralismo y unidad? Métodos de investigación en psicoanálisis por Ana de Barbieri.

Beatriz de León de Bernardi
Por Comisión de Publicaciones

Maestría en Psicoanálisis

Maestría en Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

Clara Uriarte¹
Paulina Costanzo²

*El 17 de julio de 2003, con la firma del Presidente de la República y del Ministro de Educación y Cultura se reconoció el nivel universitario de **Maestría en Psicoanálisis** a la formación que brinda la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Nuestro Instituto de formación es a su vez reconocido como **Instituto Universitario de Postgrado en Psicoanálisis de APU**.*

Características de nuestra Maestría

La formación que hace casi 50 años viene brindando nuestro Instituto, con todas las características propias de una formación psicoanalítica (Admisión, Análisis de Formación, Seminarios, Práctica Supervisada), fue reconocida con el nivel universitario de Maestría en Psicoanálisis. No se trata de una maestría puramente académica. Obtuvimos el reconocimiento de la especificidad de nuestra ciencia y del nivel de la formación impartida.

Interés de la Maestría

Dentro de nuestro medio, la acreditación lograda nos abre innumerables posibilidades, entre ellas un mejor reconocimiento del psicoanálisis en el ámbito universitario, y un acrecentamiento de nuestras posibilidades de hacer asistencia a la población de bajos recursos a través de la extensión universitaria.

Nos permite también pensar en un mayor desarrollo de las investigaciones que vienen desarrollándose en nuestra Asociación, y en un continuo desarrollo de nuestro Instituto que puede plantearse la posibilidad de llevar adelante Doctorados en Psicoanálisis.

A nivel de IPA y de sus sociedades componentes, este reconocimiento se inscribe dentro del interés por la certificación y acreditación de la formación de psicoanalistas, tal como surge de la reunión del Comité de Psicoanálisis y Sociedad (CPS) sobre Acreditación y Certificación del Psicoanálisis que se realizó el 23 de Octubre de 1999 en Buenos Aires; y de la *Propuesta sobre áreas de acción prioritaria en Latinoamérica* que el CPS de IPA plantea en su *Carta a los Presidentes de las Sociedades Latinoamericanas, Diciembre de 2000*.

¹ Miembro Titular de APU. Directora del Instituto de Enseñanza

² Miembro Asociado de APU. Secretaria de APU.

Pensamos que si bien cada Asociación deberá encontrar el camino que su propia historia, su inserción en el medio y la legislación de su país le posibilite, nuestra experiencia puede servir de impulso y antecedente para otras Asociaciones.

Contexto en el que surge

En nuestro país en el año 1985, con la firma por parte del Poder Ejecutivo del primer reconocimiento de una Universidad privada, se inicia la apertura a diversas iniciativas de enseñanza en el nivel superior.

En los años siguientes comienzan a surgir numerosos Institutos que ofrecen educación de post-grado. En razón de esto el Ministerio de Educación y Cultura (MEC) se planteó el establecimiento de un régimen que permita otorgar un reconocimiento oficial de calidad a aquellos que acrediten ante el MEC el adecuado nivel académico de la enseñanza impartida y los títulos expedidos.

Se ajustaron para la elaboración del decreto a los conceptos que han sido objeto de largo estudio en los medios nacionales, así como en organismos internacionales como la UNESCO y la OIT. Estos antecedentes culminaron con el documento-decreto sobre un “Ordenamiento del Sistema de Enseñanza Terciaria Privada” fechado en agosto de 1995. Este documento fue acordado en la Comisión Consultiva convocada por el Ministerio de Educación y Cultura, integrada por representantes del propio Ministerio, de la Universidad de la República y de las instituciones privadas que funcionan en el país.

En el mes de junio de 1997 el Poder Ejecutivo firma junto con Brasil, Argentina y Paraguay una “Propuesta de criterios generales para la acreditación de programas de postgrado en los países del MERCOSUR”.

Por otra parte el psicoanálisis no escapó a este movimiento general de la cultura y la educación y comenzaron a proliferar instituciones y personas que se designan psicoanalistas.

Surge la necesidad de poder encontrar mecanismos que posibiliten discriminar el nivel de la formación que brinda cada una de estas instituciones.

Tomamos conocimiento que a nivel regional APA y AP de BA habían comenzado a estudiar el problema de acreditación de sus Institutos frente a las autoridades correspondientes. Lo mismo hacen otros Institutos de Brasil. Por otra parte, la experiencia mejicana a este respecto ya se encontraba en marcha.

Condiciones que marcaron nuestro camino

Las condiciones que posibilitaron la obtención de la acreditación remiten a la historia de nuestra Asociación, tanto con relación a su modalidad de funcionamiento interno como a su larga trayectoria de inserción en el medio a través de sus producciones científicas, los Congresos, la Revista Uruguaya de Psicoanálisis, los psicoanalistas trabajando en la Universidad, las actividades con la comunidad, etc.

Nuestra Asociación tiene sus orígenes en la década del 50. Tanto la APU como su Instituto de Enseñanza comparten las tradiciones de la sociedad uruguaya de la que forman parte, así como de su universidad estatal y democrática donde se han formado en tanto médicos o psicólogos los integrantes de APU.

La formación de psicoanalistas de la APU se basa en el modelo del trípode de Eitingon (análisis personal, práctica supervisada, formación teórica). Dentro de estos lineamientos generales, la revisión, tanto del funcionamiento del Instituto como del plan

de formación de psicoanalistas, ha sido una tarea continua en el interior de la Institución y en el diálogo con otras instituciones psicoanalíticas

La Asociación en sus años de historia ha ido realizando transformaciones que fueron siempre el producto de una modalidad que nos es propia. Ella se caracteriza por el compromiso institucional de gran parte de sus miembros, un accionar democrático de consulta a los miembros y de respeto por los disensos, el respeto por la voluntad soberana de la Asamblea de la Asociación y el impulso personal de aquellos miembros que han ido alternadamente tomando a cargo las distintas iniciativas de la institución para que puedan volverse viables.

Cuando en el año 96 comenzamos los primeros pasos en el camino hacia la acreditación de nuestra formación, contábamos con varios logros institucionales que fueron de capital importancia en el reconocimiento obtenido. Nos referimos a que nuestra Asociación contaba con Personería Jurídica, Estatutos, un Código de Ética, la más completa Biblioteca en Psicoanálisis del país, una Revista de reconocida calidad científica (RUP), un Centro de Intercambio encargado de los vínculos con la comunidad y creado hace ya 10 años, un Instituto que recibe cada año nuevos candidatos y que vela por la preservación de la formación psicoanalítica.

También es de señalar la larga y destacada trayectoria de muchos de nuestros miembros, desde nuestros fundadores hasta el presente, en sus aportes a la cultura, a la Universidad de la República y a la sociedad.

Fue desde el inicio, voluntad de la mayoría de los miembros de la APU y de la Comisión de Enseñanza e integrantes de los Grupos de Funciones del Instituto de formación, que la acreditación no implicara modificaciones sustanciales en la modalidad de transmisión del psicoanálisis que imparte el Instituto a los Candidatos.

La acreditación

Este largo proceso se inicia en el año 1995 cuando Ricardo Bernardi plantea la necesidad de establecer un sistema de formación de psicoterapeutas y de acreditación de instituciones formadoras.

Este tema es tomado en el año 1996 por la Comisión Directiva presidida por Marcelo Viñar que decide llevarlo a Asamblea para nombrar una Comisión que estudie el tema.

La posibilidad del reconocimiento académico de nuestra formación toma impulso en la Comisión Directiva presidida por Marcos Lijtenstein y con la Dirección de Enseñanza a cargo de Javier García.

Se deja claramente establecido por la Directiva de este período y así lo entendieron las siguientes, que antes de iniciar cualquier trámite ante el Ministerio de Cultura elevarán el tema para su tratamiento y resolución ante una Asamblea General citada para esos efectos por la Comisión Directiva.

A partir de ese momento, la conveniencia o no de la acreditación comienza a ser considerada en diferentes y sucesivos lugares: Comisión de enlace con los Ministerios integrada por: Javier García, Marcos Lijtenstein, Juan Carlos Capo, Beatriz de León, Sonia Ihlenfeld, Julio Seigal, Amelia Mas, Paulina Costanzo; Directores de Enseñanza: Javier García, Clara Uriarte; en las Comisiones Directivas presididas por: Marcos Lijtenstein, Carmen Médici, Cristina Fulco, Luz Porras; en reuniones de ex Directores de Enseñanza, en reuniones de la Organización de Candidatos y en permanentes consultas con la abogada de la Asociación.

A partir del año 1998, la tarea de profundizar el estudio de las posibilidades de acreditación y hacer todo lo pertinente para asegurar la buena marcha de esta iniciativa

queda a cargo de Clara Uriarte y Paulina Costanzo, quienes se abocaron al trabajo sobre el tema que abarcó diferentes aspectos:

- § estudio del material e información recabada sobre otros Institutos que hubieran presentado peticiones de acreditación frente al Ministerio de Educación y Cultura
- § lectura de trabajos publicados sobre el tema
- § consultas en el Ministerio con el encargado del área de Educación
- § consultas con el abogado del Ministerio
- § consultas permanentes con la abogada de APU
- § contactos y reuniones con Directores de Institutos integrantes de FEPAL
- § participación en el encuentro del Comité de Sociedad y Psicoanálisis en 1999 en B.A.
- § reuniones que posibilitaron escuchar planteos, dudas, sugerencias, discrepancias, que fueron cuidadosamente estudiadas y que llevaron nuevas instancias de procesamiento. Estas reuniones fueron las siguientes:
 - § reuniones de trabajo con las Comisiones Directivas
 - § reuniones generales con los Miembros de la Asociación
 - § reuniones con los Grupos de Funciones
 - § reuniones con la Organización de Candidatos

A partir del año 1999, C. Uriarte y P. Costanzo, con el asesoramiento de la abogada de la Institución comienzan a trabajar sobre las **modificaciones estatutarias** necesarias para la creación de un Instituto Universitario de Postgrado de la Asociación Psicoanalítica.

Poco después (mayo y noviembre de 2000), habiendo elaborado un borrador del Anteproyecto de Reforma de los Estatutos de APU, lo presentan para su discusión en Reuniones Generales con la membresía. Para su redacción definitiva, se consideraron los aportes surgidos en las Reuniones Generales.

En el mes octubre de 2001, en Asamblea General Extraordinaria de la Asociación, fue aprobada la Reforma de los estatutos de APU; y presentada frente al Ministerio correspondiente en febrero de 2002.

En el mes de febrero de 2001, a cargo de Clara Uriarte y Paulina Costanzo, se **comienza la elaboración y redacción del Proyecto de Maestría de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay**. En este tramo de la tarea realizamos nuevas reuniones de información y discusión del tema con los miembros para escuchar sugerencias, y discrepancias. Contamos para la redacción final con la colaboración de varios integrantes de la Asociación: Heriberto Gadea, Mireya Frioni, Sonia Ihlenfeld, Cristina López, Amelia Mas y Laura Veríssimo. Al comenzar el año 2002, conjuntamente con el Proyecto de Reforma de Estatutos, presentamos ante el Ministerio de Educación y Cultura el Proyecto para la Acreditación de la Maestría en Psicoanálisis y el reconocimiento del Instituto de Formación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay como Instituto Universitario de Postgrado en Psicoanálisis. **El Proyecto presentado y que fue aprobado en julio de 2003, consta de 6 Libros:**

Libro 1, *Reforma de los Estatutos de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay;*

Libro 2, *Antecedentes en actividades de Enseñanza; Maestría en Psicoanálisis; Admisión al Instituto; Perfil del Egresado; Plan de Estudios: Objetivos, Orientaciones Metodológicas y su Fundamentación,*

Libro 3, *Docentes, Supervisores y Analistas del Instituto; Plan de Desarrollo con Relación al Personal Docente; Personal de Apoyo y Servicios Complementarios a la Tarea Docente y Funcionamiento de los Claustros; Plan de Desarrollo con Relación al Apoyo Técnico y Administrativo; Currículum de los Docentes;*

Libro 4, *Integrantes de los Órganos de Dirección Administrativa y Académica,*

Libro 5, *Biblioteca: Historia, Descripción y Características del Servicio; Publicaciones; Servicios de Información y Comunicaciones Internas; Vinculaciones Interinstitucionales; Planta Física; Inventario Inicial y Balance Constitutivo; Acreditación de Patrimonio; Plan Financiero Institucional; Financiamiento del Plan de Desarrollo; Informe Contable;*

Libro 6, *Centro de Intercambio de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Actividades de Extensión; Actividades de Formación Continua de los Miembros, Código de Ética y Código Ético Procesal.*

A solicitud del Ministerio de Educación y Cultura, el Consejo Consultivo (integrado por representantes del Ministerio, de la Universidad de la República y de las Instituciones Privadas); contó con el asesoramiento de dos expertos en psicoanálisis: los Drs. Claudio Laks Eizirik y Héctor Ferrari.

En términos generales los tres informes presentados (Dr. Eizirik; Dr. Ferrari; informe del Ministerio), coincidieron en reconocer la pertinencia de la solicitud de la APU para que su Instituto de Formación funcione como Instituto Universitario de postgrado y concluyen que la solicitud cumple con los requisitos exigidos por la reglamentación vigente para que se acredite nivel universitario de Maestría en Psicoanálisis a la formación impartida.

Hacen reconocimientos explícitos a los antecedentes de APU en su larga trayectoria científica en el ámbito internacional y nacional; en sus variadas actividades de extensión, en sus publicaciones científicas; así como en la transmisión y enseñanza del psicoanálisis.

Por otra parte, a pesar de que de los referidos informes se desprende que las condiciones están dadas para comenzar a funcionar, plantean algunas recomendaciones que consideran oportunas para garantizar el normal funcionamiento del Instituto.

Luego de haber respondido por escrito los pedidos de aclaraciones y las recomendaciones, tarea para la cual solicitamos la colaboración de algunos miembros (Ricardo Bernardi, Marina Altmann, Cristina López), concurrimos también personalmente a una reunión del Consejo Consultivo Central donde tuvimos la oportunidad de aclarar algunos puntos que nos plantearon los representantes de la Universidad de la República en este Consejo: Dr. Ares Pons, Dr. Diano, Dr. Jones. Mantuvimos con ellos un muy buen intercambio y el Proyecto fue aprobado con la unanimidad de los votos del Consejo Consultivo, siendo éste un acontecimiento inusual.

En julio del presente año el Presidente de la República y el Ministro de Cultura firman el reconocimiento del Instituto de APU como Instituto Universitario de Postgrado en Psicoanálisis y reconocen el nivel universitario de Maestría en Psicoanálisis a la formación brindada.

Panel realizado en el acto de
celebración del reconocimiento
oficial del Instituto de Formación
de la Asociación Psicoanalítica
del Uruguay como Instituto
Universitario de Postgrado.³

*Dra. Luz M. Porras, Lic. Clara Uriarte,
Lic. Paulina Costanzo, Dr. Claudio Eizirik,
Dr. Héctor Ferrari, Dr. Javier García,
Dr. Ricardo Bernardi.*

Dra. Luz M. Porras⁴, Presidente de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

«En esta circunstancia y circunstancialmente me encuentro hoy aquí presidiendo a la Asociación, podría haber sido cualquiera de Uds. quien estuviera en mi lugar. En todo este tiempo hemos esperado año a año que se efectivizara el largo trabajo de la Comisión asesora integrada por la Lic. Clara Uriarte y la Lic. Paulina Costanzo. Dicha Comisión se encargó del estudio del plan de reconocimiento oficial del Instituto de Formación de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay como Instituto Universitario de Postgrado, tarea que fue efectuada frente al Ministerio de Educación y Cultura.

Van a ser pocas las palabras que pronunciaré y que están dedicadas a homenajear a los miembros fundadores de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay ya que en el día de mañana, 27 de setiembre se cumplen 48 años de la fundación de nuestra Asociación, y lo que me permite aprovechar la oportunidad de leer “El Acta Fundacional” extraída del Libro de Actas.

“En Montevideo a 27 días del mes de setiembre de 1955 se reúnen los señores: Dr. Rodolfo Agorio, oriental domiciliado en Bulevard España 2173, Dr. Gilberto Koolhaas, holandés, con ciudadanía legal, domiciliado en Cardona 1007, Dr. Héctor Garbarino oriental con domicilio en Chaná 2610, Sra. Mercedes Freire de Garbarino, oriental con el mismo domicilio, Sra. Laura Achard Arrosa, oriental con domicilio en Canelones 2067, Sr. Juan Pereira, oriental con domicilio en la calle San José 825; Dr. Juan Carlos Rey oriental con domicilio en Brito del Pino 1569; Dr. Miguel Sesser oriental con domicilio en Gonzalo Ramírez 2209; Sta. Marta Lacava-Meharú oriental con domicilio en Uruguay 1754; Sr. Willy Baranger, francés, con domicilio en Luis de la Torre 919 y Magdalena Coldefy de la misma nacionalidad y con el mismo domicilio;

³Acto realizado el Viernes 26 de Setiembre de 2003 en la sede de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay

⁴ Miembro Titular de APU. Bvar Artigas 1414 P 1 Montevideo 11300 Uruguay. Tel 7072041.

todos mayores de edad: quienes convienen en constituir una Asociación Civil que se denominará "Asociación Psicoanalítica del Uruguay".

Entre nosotros se encuentra hoy el Prof. Juan Carlos Rey, nos enviaron un saludo excusándose por no estar presentes Mercedes Freire de Garbarino; desde Monterrey Laura Achard, así como Madeleine Baranger, que vive en Buenos Aires. El resto de los miembros permanece en nuestro recuerdo, en las marcas vivas y renovadas de sus aportes en la formación de los psicoanalistas de la A.P.U.

Todo esto me emociona mucho realmente y creo que el mejor homenaje que nosotros podemos hacer en este acta fundacionales que hemos sabido mantener una Asociación que ha crecido, que ha profundizado los conocimientos psicoanalíticos y que no es casualidad que hoy estemos reunidos debido a un largo camino que se fue construyendo en continuo intercambio entre todos los integrantes de la Asociación.

Es bien claro que esta Asociación ha mantenido una permeabilidad entre sus miembros y candidatos en el diálogo o en las discrepancias, así como en momentos de crisis institucional, lo que ha permitido modificar estructuras, como es por ejemplo la configuración de la Comisión de Enseñanza en el año 1972. Son pocas cosas más que quiero decir y les agradezco a todos Uds. que estén acá.

Quiero entregar a los integrantes de esta mesa una copia del Acta Fundacional, con la firma en el reverso de los integrantes de la Comisión Directiva actual:

Presidente: Dra. Luz M. Porras; Secretaria: Lic. Paulina Constanzo; Tesorera: Lic. Carmen Rama; Directora de Enseñanza: Lic. Clara Uriarte de Pantazoglu; Directora de Científica: Lic. Ana De Barbieri; Directora del Centro de Intercambio: Lic. Cristina López de Caiafa; Directora de Publicaciones: Lic. Beatriz de León de Bernardi. Antes de finalizar quiero leerles un mensaje de la Directora de Educación, Helena Costáble, del Ministerio de Educación y Cultura que también la envía en nombre del Ministro Dr. Leonardo Guzmán que no se encuentra en el país: dice así:

"Estimados Sres.: Agradezco vuestra invitación para acompañarlos en la reunión académica de esta noche a la que no puedo concurrir. Me uno a la alegría que significa el reconocimiento a la Maestría en Psicoanálisis dictada por vuestro Instituto. Es bueno para Uds. Y para toda la cultura nacional que se enriquecerá sin duda con la profundización sistemática del pensamiento psicoanalítico de tan hondo y decisivo impacto en occidente y a todos Uds. mis saludos y felicitaciones."

Marta Nieto imposibilitada de concurrir me dejó un mensaje para que se los transmitiera:

"Los felicito y les quiero agradecer a todos que han podido llevar a cabo este logro para la Asociación." En mi nombre y de todos los miembros que permitieron que este logro se concretara., muchas gracias».

Lic. Clara Uriarte⁵, Directora de la Comisión de Enseñanza de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Integrante de la Comisión para la Acreditación de la Maestría en Psicoanálisis.

«En primer lugar quiero agradecer a nuestros invitados y a todos los colegas su presencia en esta noche tan importante para la Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

Cuando a principios de este mes estuve en Chile con motivo del VI Encuentro de Institutos, en una reunión de trabajo me solicitaron que les contara cómo habíamos logrado por parte del Ministerio de Cultura el reconocimiento como Instituto

⁵ Miembro Titular de APU. Lord Ponsomby 2460 Ap. 4. Montevideo 11600 Uruguay. Tel 7099762

Universitario de Postgrado en Psicoanálisis y un nivel de Maestría para la formación que impartimos.

Sin dejar de tener en cuenta que el camino de la acreditación lo hará cada institución de acuerdo a sus características y a las leyes del país, pienso que buena parte de la respuesta a la pregunta que me hacían ese día en Chile, la podemos encontrar en la historia de nuestro Instituto y sus planes estudio; en el contexto que generó las posibilidades para la acreditación y también la encontramos en una forma de trabajo institucional caracterizado por la consulta permanente entre los miembros.

A partir del año 1996 en que dimos los primeros pasos hasta el 17 de julio pasado, fueron ocho años de intenso trabajo durante los cuales, de distinta forma y desde diferentes lugares, participaron todos los integrantes de la Asociación.

Un trabajo de permanente revisión crítica de la concepción de la formación y de la práctica en psicoanálisis ha pautado las distintas modificaciones introducidas en el Instituto, desde sus orígenes hasta la presente Maestría en Psicoanálisis.

Voy a mencionar tan solo los mojones en este recorrido.

El grupo fundador y las primeras generaciones de psicoanalistas nos dieron las bases para la estructura y el funcionamiento del Instituto. El psicoanálisis personal, las supervisiones curriculares y los seminarios teóricos son los tres pilares que articulados dan cuenta de la formación de un psicoanalista. Se trata de una doctrina compartida por todos los Institutos de las sociedades componentes de la Asociación Psicoanalítica Internacional.

En un primer período que va desde la fundación (1955) hasta los años 1972 – 1974, la formación de psicoanalistas estaba dirigida por el director del Instituto y los psicoanalistas didactas que centralizaban las funciones formativas y al mismo tiempo eran quienes autorizaban a sus pacientes a ingresar al Instituto.

En el año 1974 tuvo lugar una reforma realmente revolucionaria en la estructura y en los planes de estudio del Instituto en la cual quedó establecida la no intervención del analista en el ingreso de sus pacientes al Instituto, al tiempo que la concentración de funciones didácticas se sustituyó por los Grupos de Funciones Didácticas: analistas, supervisores y docentes, encargados de investigar y trabajar en sus áreas respectivas de la formación psicoanalítica. También se inicia en este momento una participación muy activa de los candidatos (estudiantes del Instituto) y de los egresados que pasan a integrar órganos de dirección dentro del Instituto.

En la segunda parte de la década del 1980 la institución nombró una Comisión para revisar el plan de formación de analistas. De este trabajo surgió un nuevo plan de estudios que mantiene la importancia nuclear de los tres pilares en la formación del analista e implementa un nuevo plan de seminarios. Este nuevo plan empezó a instrumentarse en forma total ya en el 1994. Es el plan actualmente vigente y es el plan que ha reconocido el Ministerio de Educación y Cultura

En cuanto al contexto que fue generando para nosotros la importancia de obtener una acreditación, cabe señalar el hecho que la Asociación tomó en cuenta el desarrollo de las ciencias y los cambios culturales de las últimas décadas y el efecto que tuvieron de promover en distintos centros de enseñanza universitaria la necesidad y el interés de ofrecer formaciones de niveles de especialización y profundización correspondientes a post-gradados.

A su vez surge la necesidad de poder encontrar mecanismos que posibiliten discriminar el nivel de formación impartido por cada uno de estos centros de enseñanza.

En el año 1995 el MEC establece a través de un ordenamiento-decreto un régimen que permita otorgar el reconocimiento de calidad a aquellos que acrediten ante ellos el adecuado nivel académico de la enseñanza impartida y de los títulos expedidos.

En 1997 el Poder Ejecutivo firma un protocolo de títulos y grados universitarios para el ejercicio de actividades académicas para los países del Mercosur.

Por otra parte a nivel de la Asociación Psicoanalítica Internacional contábamos con un interés y un impulso importante para la certificación y la acreditación de la formación de psicoanalistas. Esto surge claramente de la reunión del Comité de Psicoanálisis y Sociedad realizada en Buenos Aires en 1999 y de la propuesta sobre áreas de acción prioritaria que el mismo Comité plantea en su carta a los presidentes latinoamericanos, en diciembre del 2000.

En la Asociación sostuvimos una discusión interna muy importante, intercambiando acerca de las diferencias conceptuales, de criterio, que teníamos y tenemos sobre el tema acreditación. Este trabajo tomó distintas formas: directivas abiertas, grupos de trabajo, Asambleas, hasta que finalmente la Asamblea de miembros de octubre de 2002 autorizó al Comité de Acreditación a presentar el proyecto para una Maestría en Psicoanálisis ante el Ministerio de Cultura.

Quiero señalar un aspecto relevante de esta acreditación y es que en ella queda reconocido lo específico y característico de la formación psicoanalítica. Es decir que hemos respetado el carácter singular de la enseñanza del psicoanálisis que reside en el hecho de tratarse de la transmisión de un conocimiento donde el saber de la teoría y el saber de uno mismo están estrechamente vinculados. Y es justamente este carácter del conocimiento del psicoanálisis lo que lleva a un estilo y una modalidad propia de la enseñanza en la cual la formación psicoanalítica se sustenta en la teoría, en la práctica supervisada y en el análisis personal.

Termino recordando con Uds. que este reconocimiento renueva en todos nosotros un compromiso con los niveles de formación obtenidos hasta ahora y nos alienta y estimula hacia nuevos pasos en el futuro».

Lic. Paulina Costanzo⁶, Secretaria de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Integrante de la Comisión para la Acreditación de la Maestría en Psicoanálisis.

«Quiero comenzar por agradecer la presencia de todos ustedes que nos acompañan hoy, en esta celebración.

Este es un momento muy importante de nuestra vida institucional, es un momento de encuentro de nuestra Asociación Psicoanalítica, y del Instituto de formación de psicoanalistas, con la formación universitaria de postgrado.

Es para el psicoanálisis una modalidad nueva de encuentro con la formación universitaria.

El psicoanálisis ingresa ahora con sus singularidades, con la modalidad de transmisión que le es propia, sustentada en el entrelazamiento de la formación teórica, la práctica supervisada y el trabajo sobre sí mismo en su propio análisis, para aquél, que desea formarse psicoanalista.

Es una nueva modalidad decía, porque las vinculaciones del Psicoanálisis con la Universidad tienen ya una larga historia, tan larga como la de una pregunta que insiste entre los psicoanalistas ¿puede el psicoanálisis, que se ocupa del inconsciente, enseñarse en la Universidad?

⁶ Miembro Asociado de APU. Juan María Pérez 2810. Montevideo 11300 Uruguay. Tel 711 0600.

A pesar de esta pregunta que insiste, los vínculos del psicoanálisis y los psicoanalistas con la universidad han existido desde Freud, que llevó la teoría psicoanalítica a la universidad a través de sus conferencias.

Me gustaría mencionar brevemente algunas de las modalidades de encuentro que han tenido y tienen en nuestro país: el Psicoanálisis, la Asociación Psicoanalítica y la Universidad.

Ya en la década del 50 y del 60, el Psicoanálisis ingresó en la Universidad con aquellos que fueron los fundadores de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, quienes tuvieron una fuerte presencia en distintos sectores de la Facultad de Medicina como sucedió en la Clínica de Psiquiatría; en la Clínica de Psiquiatría Infantil y en el Laboratorio de Lenguaje de la Clínica Neurológica.

También desde la década del 50 nuestros fundadores estuvieron presentes en la por entonces Licenciatura de Psicología de la Facultad de Humanidades y Ciencias, en la Cátedra de Psicología Profunda.

A fines de los 60, comienzo de los años 70, en la Facultad de Medicina en el Departamento de Educación Médica.

A partir de entonces, numerosos psicoanalistas miembros de nuestra Asociación, continuaron ejerciendo la docencia, en instituciones universitarias estatales o privadas. Ocuparon y ocupan destacados lugares en la Clínica de Psiquiatría; en la de Psiquiatría del Niño y del Adolescente, hoy Clínica de Psiquiatría Pediátrica; en los Departamentos de Psicología Médica y de Educación Médica de la Facultad de Medicina; así como en la Cátedra de Historia Crítica de las Psicologías Contemporáneas I, de la Escuela Universitaria de Psicología; en el Área de Psicoanálisis del IPUR; y en diversas Áreas de la actual Facultad de Psicología.

Muchos son los psicoanalistas de la Asociación trabajando en equipos de salud en nuestros hospitales universitarios, o en tareas asistenciales, o supervisando la tarea de numerosos jóvenes psiquiatras y psicólogos que en el ámbito hospitalario realizan psicoterapias a la población.

En estas últimas décadas se produjeron profundas transformaciones socioculturales y en el conocimiento, que involucran tanto al Psicoanálisis y a nuestra Asociación como a la formación universitaria y a los ámbitos universitarios.

Los saberes absolutos dejaron lugar a saberes relativos.

El vertiginoso ritmo de los avances científicos y tecnológicos, exigen mayores niveles de formación y profundización en el conocimiento.

Se produce en nuestro medio y en el ámbito regional una mayor diversidad de ofertas de formación universitaria y no universitaria. Las universidades comienzan a ofrecer formaciones de postgrado.

Para el psicoanálisis son años, donde las transformaciones socio-culturales y los avances en el conocimiento lo someten a continuos desafíos. Años de ampliación de sus posibilidades terapéuticas a nuevos campos de la patología, de avances en las investigaciones, de trabajo en las fronteras con otras disciplinas, de enfrentamiento con los propios límites y de apertura a nuevas posibilidades.

¿Qué posibilidades nos abre hoy este reconocimiento? Posibilita un continuo crecimiento de nuestro Instituto, que en el futuro puede plantearse, de acuerdo a los Estatutos Reformados, llevar adelante Doctorados en Psicoanálisis.

Nos permite apuntar, a un mayor desarrollo de las investigaciones, que vienen realizándose en nuestra institución.

Nos habilita a través de la extensión universitaria, a mejorarlas actuales posibilidades de asistencia a la población de bajos recursos.

Nos posiciona también, de manera diferente, con relación al ámbito universitario.

Para terminar, quiero expresar mi deseo hoy, en esta celebración, que desde este nuevo lugar que inauguramos y a través de una escucha abierta y libre, en el diálogo con otras disciplinas, encontremos renovados y creativos planteos para pensar los desafíos que se nos presentan».

Prof. Dr. Claudio Eizirik⁷, Presidente Electo de la Asociación Psicoanalítica Internacional, Asesor nombrado para el proyecto de Maestría por el Ministerio de Educación y Cultura.

«Buenas noches, mi saludo a los miembros de la mesa y de la Directiva, a los pioneros de la APU, colegas y amigos de esta Asociación con quien hace muchos años tengo el placer de pasar buenos momentos científicos y personales. Quería decirles en primer lugar que traigo el saludo de la Asociación Psicoanalítica Internacional y del presidente Daniel Widlöcher, con quien he tenido el placer de trabajar el fin de semana anterior en Londres. Durante la reunión del Comité Ejecutivo cuando se discutían los desarrollos actuales del psicoanálisis yo he tenido la oportunidad de relatar más o menos algunas de las cosas a que Uds. se refirieron, como un ejemplo de lo que se está haciendo en América Latina y en Uruguay en particular. Pienso que del punto de vista Latinoamericano e Internacional este logro de APU tiene una repercusión quizás más amplia de lo que pueda parecer, en la medida de que representa una conquista que puede reproducirse en otros países, no sólo de nuestra región sino de las otras dos regiones de la Asociación Psicoanalítica Internacional (Europa y Norteamérica).

Pienso que en varios momentos hubo entrecruzamientos entre las actividades de la IPA con las iniciativas de APU. Por ejemplo los encuentros que hicimos aquí en Montevideo, con el Comité de Psicoanálisis y Sociedad. Yo pienso que estamos en un momento de la IPA en que Uds. quizás en breve van a escuchar con más detalle algunos cambios que se están anunciando y que se van a realizar. Nuestra Asociación Internacional está muy interesada en invertir parte de su presupuesto en actividades que tengan un interés directo para los miembros y sus sociedades, tratando de enfrentar de manera fuerte lo que se llama la crisis del psicoanálisis. Yo por mi parte tengo muchas dudas de que el psicoanálisis esté en crisis. A mi juicio el psicoanálisis está, como teoría, fuerte y en desarrollo y en cuanto a su práctica encontramos una amplia capacidad clínica quizás más intensa de la que tenían nuestros antecesores. Creo que enfrentamos una crisis socio-económica, una crisis del pensamiento, una crisis de la simbolización y de la mentalización, pero el psicoanálisis me parece que es un arma poderosa, eficiente y fuerte para enfrentar este momento de la cultura. Yo diría que antes que una crisis en el psicoanálisis hay una crisis en la cultura. La IPA está por lo tanto, como yo decía, tratando de volver sus ojos y su atención para ayudar a las sociedades, ayudar a la membresía y estar más presente en todo ese desarrollo que se está haciendo.

Mi preocupación es con la práctica analítica, con lo que se puede hacer con los pacientes en análisis, con el desarrollo del proceso y del método analítico en los tratamientos psicoanalíticos. Pienso que ahí está el locus central del desarrollo de nuestra disciplina, pero al mismo tiempo pienso que necesitamos trabajar en las fronteras y tenemos el próximo congreso internacional en Nueva Orleans, del cual

⁷ Miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre. Rua Marques do Pombal 783-307, 905 40001. Brasil.

Ricardo Bernardi es el Presidente del Comité Científico, que trata justamente el tema Psicoanálisis en las Fronteras. Y pese a todas las dificultades pienso que va a ser un suceso.

También hay que trabajar en la relación con la Universidad, en las varias formas de investigación, en la relación con la cultura, en las clínicas sociales y en todo un conjunto de actividades que ya estamos desarrollando. Creo que Uds. acá en Uruguay tienen una sociedad que es un ejemplo, no sólo para América Latina sino también para otras sociedades de Europa y América del Norte. Actividades semejantes a las desarrolladas aquí se desenvuelven en otras sociedades y uno de los propósitos de la IPA es justamente estimular ese intercambio, estimular la posibilidad de compartir nuestras experiencias.

Uds. van a escuchar al Dr. Héctor Ferrari y al Dr. Javier García. Cada uno de ellos desarrolla actividades importantes referidas al trabajo en la Universidad y a la educación analítica.

Finalmente quería decirles que para mí fue una oportunidad muy auspiciosa y un gran placer tomar parte, aunque modestamente, en el proceso que ustedes transitaron como uno de los asesores del Ministerio de Educación y Cultura y quizás éste sea el inicio de un proceso que vamos a lograr desarrollar en otros países. Existe la idea quizás un poco loca, pero nosotros somos expertos en locura dentro y fuera de nosotros mismos, la idea de que quizás tengamos un día, también un instituto latinoamericano de postgrado en psicoanálisis. Hay iniciativas, Uds. ya lo lograron, Héctor Ferrari va a contar su experiencia en la Argentina, hay varias cosas que se están haciendo en Brasil y yo creo que el Mercosur no es una idea que haya que abandonar. Hay que trabajar para que se vuelva a desarrollar ese espíritu latinoamericano y yo tengo certeza que dentro de algún tiempo estaremos trabajando, muchos de nosotros aquí presentes, en la tentativa de establecer una maestría, un doctorado en psicoanálisis, en un ámbito latinoamericano. Termino felicitando a todos ustedes y agradeciendo la invitación y diciendo que de mi parte la IPA estará siempre presente, activa y decidida para estimular iniciativas como ésta y también aprender con la experiencia de Uds. Muchas gracias».

Prof. Dr. Héctor Ferrari⁸, Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Asesor nombrado para el proyecto de Maestría por el Ministerio de Educación y Cultura.

«Buenas noches a todos. Realmente me siento muy contento de estar con ustedes esta noche y de compartir este momento. Primero por haber tenido el honor de haber sido uno de los evaluadores de esta institución y haber estado en contacto con toda esta presentación. Yo los felicito por esto y me preguntaba si todos acá nos damos cuenta de lo que la APU ha logrado con su acreditación. Porque esto es algo que está siendo buscado en muchos lugares del mundo, con distinta suerte, sobre todo en Europa, en Estados Unidos, en la Argentina. Yo creo que APU es la institución que por primera vez ha conseguido un estatuto académico dentro del campo del psicoanálisis. Para mí esto ha tenido además un significado personal porque simultáneamente a todo lo que la APU ha estado haciendo acá en Uruguay, en APdeBA tenemos también un proceso de acreditación en marcha en el que estoy trabajando con un grupo de colegas. Hace unos 6

⁸ Miembro de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. Billinghurst 2533, 4ª A, 1425 Buenos Aires, Argentina.

años, cuando me hice cargo de la Presidencia recibí de la comisión directiva anterior un proyecto de acreditación, para mí en ese momento totalmente desconocido y que me implicó interiorizarme y trabajaren un proyecto que nos lleva ya varios años y que ahora está en la etapa de culminación, sin saber realmente cuál va a ser el resultado, pero que ha significado para nosotros un enorme esfuerzo. En el ínterin he aprendido muchísimo en esto de la posible acreditación universitaria para nuestras instituciones psicoanalíticas. Recordemos que la Asociación Psicoanalítica Internacional comenzó a establecer standards para la formación de psicoanalistas en la década del 20, que se han mantenido casi sin modificaciones durante estos 80 años en muchísimos lugares del mundo y que han sostenido el llamado trípode con mucho éxito. Creo que esto habría que reconocerlo porque debe ser una de las formaciones de postgrado que ha mantenido su estructura básica casi inalterable a través de tanto tiempo. Yo no sé si hay otras instituciones formativas que pueden ofrecer una historia semejante. Creo que esto es algo que mirado a través de la experiencia de casi un siglo me parece muy meritorio. Por supuesto, siempre hubo cuestionamientos y reformas implementadas a lo largo de este tiempo. Pero, en la década del 90, o quizás antes comenzó a surgir toda una serie de inquietudes acerca de la falta de acreditación oficial de nuestros candidatos, derivada de una formación hasta entonces básicamente privada, surgiendo la posibilidad de ubicarla dentro de un marco académico. Frente a esta posibilidad nos hemos sentido divididos, como aun me siento yo, pensando si introducir cambios de este tipo amenaza la continuidad de la formación psicoanalítica, tal como la conocimos o si la continuidad del psicoanálisis estará amenazada si no introducimos cambios. Creo que en esto nos estamos permanentemente debatiendo y piensa que es un interesantísimo debate rescatar toda la experiencia de todos los institutos de casi 80 años y pensar cómo vamos a seguir de ahora en más. Lo que ha conseguido la APU es una acreditación universitaria. Creo que como dijo Paulina, todos los institutos psicoanalíticos, como la APU, tienen experiencia de participar en la Universidad. Y todos los analistas tenemos la experiencia de haber ido a la Universidad, de haber trabajado en la Universidad, algunos también somos profesores. Pero me di cuenta que esto de que la Universidad venga a las asociaciones psicoanalíticas tiene un matiz distinto porque me parece que plantea otra historia y esto es el tema que ha conmovido las situaciones internas de nuestras asociaciones y ha generado un profundo debate en el frente interno. En APdeBA, mi propia institución, ha generado inquietudes, dudas, cuestionamientos: ¿qué es esto de la acreditación? ¿por qué los psicoanalistas necesitamos estar acreditados? Algunas de estas preguntas, en cierto sentido ya son obsoletas. Me parece que tendríamos que preguntarle a los jóvenes candidatos que decididamente sienten la certificación como una necesidad inapelable. Ahora, otros interrogantes se mantienen y en buena hora, como por ejemplo ¿cómo vamos a integrar esto de la formación analítica basada exclusivamente en estándares muy estrictos con esto que se llama a veces despectivamente el saber y la formación universitaria? Muchas veces me he encontrado con gente que defiende lo que se llama la 'extraterritorialidad' del análisis. El psicoanálisis, es cierto, es un saber que está más allá de situarse en un lugar especial o restringido, se puede pensar que puede estar en todo, aunque naturalmente no es todo. Al mismo tiempo es obvio que el psicoanálisis no es extraterrestre, pertenece a este mundo, está ligado a la sociedad y a las necesidades cambiantes de la cultura y eso también hay que tenerlo en cuenta. Lograda la acreditación, la institución ¿va a tener una estructura distinta al de las exigencias de las asociaciones psicoanalíticas? Me parece que vamos a poder mantener, como me parece es la intención en el proyecto de la APU, estrictamente las mismas exigencias que venimos sosteniendo desde la propia IPA. No hay porqué agregar ni quitar nada a nuestra formación clásica, derivada de los

estándares tradicionales. Quizá se podrán agregar exigencias a las actuales, como por ejemplo, acerca de la capacitación docente, las evaluaciones, los requisitos de los trabajos escritos y seguramente mucho acerca de la investigación, sobre lo cual hay en la IPA una polémica abierta desde hace bastantes años. Pero sí ha sido toda una innovación el que la APU haya podido hacer valer en el ámbito universitario el tema del análisis didáctico, porque esto no es algo fácilmente digerible en el ámbito académico. Nosotros tuvimos objeciones sobre esto en el sentido de que no hay experiencia en el mundo que le exija a los alumnos, a los candidatos o a gente que haga postgrados exigencias que sean parecidas a un tratamiento personal. Hubo que fundamentar esto de manera muy firme y muy fuerte. Por empezara remitirse a experiencias que hace muchos años se están haciendo en el mundo, la Universidad de Columbia entre otras, donde algunas Asociaciones Psicoanalíticas, asociadas a la IPA y con las mismas exigencias de la IPA funcionan dentro de un ámbito universitario. Pero ésta fue una de las objeciones que al principio senos hizo. En la Argentina se da la paradoja que se nos objetaba que pusiéramos el análisis didáctico como requisito, y por otro lado se acreditan algunas universidades que promueven cursos de postgrado y doctorados en psicoanálisis sin esta exigencia. Cosa que hemos mostrado como la paradoja de las paradojas. Me parece todo un logro lo que la Asociación Psicoanalítica Uruguaya ha conseguido en este sentido y creo que para todos nosotros, para el movimiento psicoanalítico internacional, es un antecedente importante. Cuando yo me enteré de esto inmediatamente se lo envié a la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU), que es la institución acreditadora en Buenos Aires como antecedente para nuestro propio proyecto y que eso creo que va a servir como otros elementos más que estamos impulsando, aún cuando como les digo el destino del proyecto está todavía por verse si va a ser aceptado o no. Mucha gente pregunta, a lo mejor es una pregunta que se hacen ustedes también acá: con el transcurso del tiempo y frente a la incertidumbre que plantea un nuevo formato académico, ¿que seguridades tenemos para el futuro de la formación en psicoanálisis? En general yo devuelvo la pregunta: las seguridades las damos entre todos, de que lo más ponderable del psicoanálisis, de la formación psicoanalítica tal como la conocemos, basada en la estructura del trípode, la tenemos que mantener entre todos, no hay otra seguridad. Nadie desde afuera nos va a decir qué tenemos que hacer. Así que está en nosotros poder mantener esto que me parece que es una oportunidad inmejorable y un desafío estupendo. Nuevamente los felicito y muchas gracias».

Dr. Javier García⁹, Co-Chair del Comité de Educación de la Asociación Psicoanalítica Internacional para América Latina.

«Hoy hablo como representante de la IPA, de su Comité de Educación. Pero inevitablemente soy de la casa y estoy muy consustanciado con este proyecto desde su inicio y muy satisfecho de que haya llegado a un buen fin. No fue fácil. Yo creo que más que plantearnos la acreditación como algo que pueda tener que ver con la relación entre la Institución y el psicoanálisis mismo, la institución y la formación, la institución y la clínica, la institución y los análisis personales, el tema de la acreditación me parece que habla más de la relación entre la institución y la sociedad en la cual está inserta. El tema de la institución en relación con la actividad científica y clínica es un tema interno, conflictivo, difícil, pero que seguirá dependiendo de nosotros y no de ninguna

⁹ Miembro Titular de APU. Juan María Pérez 2885 Ap. 202. 11600 Montevideo, Uruguay. Tel. 711 9679.

reglamentación o acreditación ni organismo externo. Podemos ser masters, doctors o no y el psicoanálisis no va a depender de ese título. Pero sí esperamos poder avanzar en la relación de APU con la sociedad, otras instituciones y en el reconocimiento a nuestros Psicoanalistas.

El psicoanálisis es una disciplina que tiene poco más de cien. Desde el punto de vista histórico es relativamente joven. Pero en esos cien años es mucho lo que ha hecho en cuanto a aporte de teoría y de influencia en todos los ámbitos de la cultura y podríamos mencionar realmente todos los ámbitos y el conocimiento que la gente tiene del psicoanálisis. Llamó la atención afines del milenio cuando hicieron una encuesta en la CNN de las personas de mayor influencia en el milenio, la posición elevadísima que tenía Freud, no sé si uds. recuerdan que estaba antes que muchos de otros grandes genios. Esto tiene que ver con el crecimiento. La Asociación Psicoanalítica Internacional, hablaré refiriéndome a este sector de educación, hoy tiene más de 11.000 miembros y tiene más de 4.000 – 5.000 candidatos. En Latinoamérica tenemos alrededor de 28 Institutos de Psicoanálisis en 8 países con una tendencia que se está tendiendo a aumentaren aquellos países en donde no hay instituciones y además aumenta en aquellos países en los que tienen varias sociedades. 28 Institutos que tienen más de 1500 candidatos en formación. Hay un crecimiento. Pero esto no es un problema numérico, porque a partir de números podemos plantearnos una visión exitosa que no es conducente. En realidad el psicoanálisis, como otras disciplinas, está dentro de una crisis social y cultural muy importante. Pero nosotros sabemos por ejemplo que la región más crítica en lo social, que es Latinoamérica, es la que ha tenido más crecimiento, a no ser Europa del Este que también es bastante crítica. O sea que hay algo paradójal allí, ha crecido el número de sociedades, de institutos, de miembros y candidatos en los lugares más críticos. Otra cosa que sabemos nosotros en relación a Educación es que a pesar de las diferencias de los modelos, de las teorías, en todos los institutos del mundo, hay una cosa que es bastante constante y es que el compromiso de todos los candidatos y los docentes con la formación es muy intenso y lo es ahora como lo era hace diez años, no ha cesado de ser muy intenso. Candidatos y docentes, ya personas universitarias, muchos de ellos ya con sus postgrados, encaran una formación de 5-7 años intensa para después de egresados seguir en las sociedades psicoanalíticas que tienen una estructura muy particular como sociedad científica, una formación permanente en la actividad científica o en la actividad docente dentro del instituto, o sea que el psicoanálisis en todas sus instituciones tiene una exigencia de compromiso muy grande con todos sus miembros. Ahora bien, con todo esto que sabemos, ¿qué más derecho puede tener alguien que dedica tanto tiempo a su estudio, a la docencia que a recibir desde el punto de vista social un reconocimiento por toda esta actividad que le permita con eso poder hacer un intercambio con otras instituciones universitarias gubernamentales, no gubernamentales, de participación en la docencia, en la asistencia o en la cultura, que lo habilite a ese tipo de intercambios, que lo habilite a hacer proyectos que tengan una capacidad de extensión social de acciones en la cultura. El psicoanálisis necesita trabajar en la sociedad, necesita poder retroalimentarse, es decir, el psicoanálisis se recrea a partir de las realidades actuales y no a partir de los textos anteriores, ellos nos sirven para recrearlo en la actualidad. Entonces parecería que todo esto es un instrumento que nos ayuda en el reracionamiento y la inserción social. Por todo esto pienso que tomado en su medida justa no es algo espectacular, no es ningún premio que se le da a nadie que no se lo merezca, es simplemente instalar un sistema de relacionamiento e intercambio con otras instituciones que puede favorecer el desarrollo del psicoanálisis. El resto va a seguir dependiendo de nosotros como hasta ahora. Les quiero comunicar en nombre del Comité de Educación, todos los integrantes del Comité

me mandaron mails haciendo un reconocimiento muy especial, una felicitación muy especial para APU».

Dr. Ricardo Bernardi¹⁰, Ex Vice-Presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional y Presidente del Comité Científico del 43º Congreso Internacional de Psicoanálisis

«En primer lugar quiero agradecer a las autoridades de la APU la invitación para compartir con todos Uds. este momento tan especial. El reconocimiento del Instituto de la APU como Instituto Universitario marca un cambio cuyo significado no sólo incumbe a la APU, sino que se inscribe en cambios más amplios que abarcan al psicoanálisis en nuestro país y en la región, a la formación universitaria y a la situación de las psicoterapias frente a la población.

Hace cuatro o cinco años, como recordó Paulina Constanzo, se estaba discutiendo en el Comité de Psicoanálisis y Sociedad (CPS) de la IPA la posibilidad de llevar adelante iniciativas de este tipo a nivel universitario en nuestra región. Yo participé en dichas discusiones como Co-coordinador para América Latina del CPS, junto con Claudio Eizirik, quien era Coordinador del Comité a nivel de la IPA y con Héctor Ferrari quien también lo integraba; es una alegría contar con ellos hoy aquí entre nosotros. Se realizaron reuniones, en las que estuvo también presente Clara Uriarte, en las que se discutieron distintas iniciativas. Los colegas mejicanos, por ejemplo, ya habían desarrollado Doctorados en el campo de la psicoterapia, pero aún no se habían oficializados postgrados específicos en el área del psicoanálisis. Realmente me siento muy feliz de que haya sido Uruguay donde esta iniciativa se concreta en América Latina en primer lugar, y quiero también expresar el deseo de que pronto otras iniciativas similares tengan éxito en otros países de nuestra región.

Bien, como se decía recién, esto quiere decir que el mundo cambia y que felizmente también cambiamos nosotros. Cambia el Uruguay al crear condiciones que favorecen el desarrollo de maestrías y doctorados. Esto ya se daba en algunos países de América Latina desde hace tiempo (pensemos en el caso de Brasil), pero es en los últimos años que nuestro país revisa sus programas, dando lugar a nuevas reglamentaciones y a discusiones en torno al problema, como es el caso de la Universidad de la República. Seguramente en los años próximos estos criterios y reglamentaciones van a ir cambiando a medida que se propicien nuevas formas de integración regional, y nosotros seremos parte de este proceso, lo cual nos traerá nuevos desafíos y también nuevas oportunidades de crecimiento. En este mundo cambiante el psicoanálisis comenzó por cambiar él mismo en su relación con el mundo académico y con los organismos encargados de la educación. Este cambio implica una pregunta clave para todo el conjunto de las psicoterapias. La pregunta es: ¿qué significa que haya instituciones que busquen la acreditación como Institutos Universitarios para, de esa forma, estar en condiciones de certificar la formación de sus miembros? Yo diría que en lo esencial esto significa que la población esté más protegida en la atención que recibe. Que la APU sea reconocida como Instituto Universitario no significa sólo un reconocimiento interno para la APU, sino que ese reconocimiento abre un camino que ofrece beneficios a la población, quede esa manera recibe mayores garantías públicas respecto a cuáles la formación de quien le presta asistencia. El carácter universitario implica además otro compromiso: “Universidad” está relacionado con “universitas”, en el sentido de universalidad del conocimiento, lo cual obviamente no quiere decir tener

¹⁰ Miembro Titular de APU. Santiago Vázquez 1144. Montevideo 11300 Uruguay. Tel. 709 2382.

un conocimiento universal, sino una disposición de apertura ante el conjunto del conocimiento y el estar inmersos en un mundo donde todos los conocimientos potencialmente interactúan, incluyendo al psicoanalítico. Sabemos que el psicoanálisis ha influido la cultura actual, y también es cierto que la cultura actual influye en el psicoanálisis. Esto que siempre fue claro en relación a las Humanidades, es notable como volvió a darse con las Ciencias de la Salud, y en especial con el interés por las neurociencias. En Marzo próximo, en la conferencia inaugural del 43° Congreso Internacional de Psicoanálisis en Nueva Orleans, la conferencia inaugura la cargo de Antonio Damasio será sobre la neurobiología del afecto, y habrá paneles donde se discutirá que significan hoy día términos como neuropsicoanálisis o el trabajo clínico informado por las neurociencias. Valga esto como ejemplo de la necesidad de una apertura al diálogo entre distintas disciplinas. Una Maestría implica entonces una apertura a un mayor diálogo interdisciplinario y una mayor preocupación por las cuestiones metodológicas. Por supuesto que este diálogo puede ser a veces conflictivo y puede cuestionar nuestra identidad o más bien las formas tradicionales de representar nuestra identidad. Pero hasta ahora el psicoanálisis salió fortalecido de estas crisis y no hay motivo para pensar que esta vez sea diferente.

El interés del psicoanálisis por el mundo académico tiene una larga historia, hecha de avances y retrocesos. Hace 101 años Freud fue nombrado Profesor Asistente de la Universidad de Viena (unos años antes había sido nombrado docente libre). En 1919 Ferenczi creó una clínica universitaria en la Universidad de Budapest durante el breve período de gobierno comunista que siguió a la primera guerra mundial. A lo largo del siglo se fueron dando distinto tipo de experiencias que toman perfiles propios según el momento y el lugar. El perfil de nuestro Instituto sin duda responde a las circunstancias y a la historia de nuestra Asociación, y seguramente irá perfeccionándose en el futuro y permitirá que la formación psicoanalítica incorpore aspectos de la relación con el mundo académico que le resultarán beneficiosos, pues, como dije, expresarán los efectos de un mayor diálogo interdisciplinario y de un mayor interés por los aspectos metodológicos y académicos. ¿Hacia dónde se dirigirá todo esto en el futuro? Aquí podemos soñar, y yo comparto el sueño que mencionaba Claudio cuando hablaba de la creación de un Instituto Latinoamericano o Internacional de Psicoanálisis, en el que las distintas Sociedades puedan cooperar para el desarrollo de maestrías y doctorados en psicoanálisis y en campos relacionados. En lo interno, creo que el futuro nos va a traer desafíos crecientes a partir de la integración regional, dado que en el Mercosur existen grados diversos de desarrollo de este tipo de postgrados. Creo que no sólo a nuestro Instituto sino a todo el sistema universitario uruguayo le va a hacer mucho bien el que tenga que enfrentarse a estos desafíos. Estoy seguro que esto no nos va a desviar de nuestro trabajo como psicoanalistas, pero es probable que pueda complicarnos en algo la vida, como ocurre con toda exigencia de crecimiento. Recordemos que el psicoanálisis siempre se desarrolló a través de crisis y cuestionamientos. Por eso quiero transmitir un mensaje de optimismo y estímulo.

Quiero destacar el agradecimiento y la congratulación a quienes dentro de nuestra Asociación han trabajado con especial ahínco para hacer posible al Instituto y a Claudio Eizirik y Héctor Ferrari que, como evaluadores externos, nos han ayudado en esta tarea. Estoy también expresando mi reconocimiento a los pioneros y alas distintas generaciones que participaron en el desarrollo nuestra Asociación, desarrollo en la cual el Instituto constituye una nueva etapa en la que considero un privilegio el poder participar».

Dra. Luz M. Porras: «Los invitamos a hacer un brindis con nosotros conmemorando este evento y que creo que hoy nos vamos todos pensando un poco más. Lo único que tenemos que seguir haciendo es seguir trabajando como lo hemos hecho hasta ahora, dentro nuestro tenemos otros desafíos como ha sido siempre en esta institución. Muchas gracias».

RELACIÓN DE OBJETO

Representación y relación de objeto

R. Horacio Etchegoyen¹

Desde el comienzo de su investigación psicoanalítica, y aún antes, en su libro sobre las afasias (1891), Freud estuvo siempre preocupado por los procesos que van del cuerpo a la mente y de ésta al mundo exterior. Lo más distintivo de su obra es que hay fenómenos mentales ajenos a la conciencia, que la sexualidad ocupa un lugar principal en el funcionamiento psíquico y aparece desde el comienzo de la vida y que las relaciones entre las personas son más de lo que parecen. Tenemos así los tres pilares de la teoría psicoanalítica: inconsciente, sexualidad infantil (y complejo de Edipo) y transferencia.

En este sentido, se puede afirmar que la *representación* y el *objeto* están operando continuamente, del principio al fin, en la obra del creador. Sin embargo, cuando nos planteamos, con un sesgo algo dilemático, la alternativa de la representación y/o la relación de objeto nos estamos refiriendo principalmente al Freud de la metapsicología de 1915.

Esos imperecederos escritos se ocupan, por una parte, de los instintos y las pulsiones y, por otra, del singular destino que el objeto tiene en la melancolía, donde el genio de Freud (1917[1915]) comprende que los autorreproches están dirigidos, en realidad, a un objeto introyectado, con lo que sienta las bases de un mundo interno, donde pronto va a aparecer el superyó.

Es amplia y sutil la forma en que Freud va a entender estos procesos y prácticamente infinita la forma en que nosotros intentamos entender a Freud.

Como todos sabemos, en «Pulsiones y destinos de pulsión», Freud (1915) define a la pulsión (*Triebe*) como «un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante [*Repräsentant*] psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma...» (p. 117). [«a concept on the frontier between the mental and the somatic, as the psychical representative of the stimuli originating from within the organism and reaching the mind...». (*Standard Edition*, 14, p. 121-122)].

La pulsión fluye del cuerpo continuamente y no cesa hasta que logra su descarga, de acuerdo con el principio de placer. La pulsión es un estímulo constante, de naturaleza endógena, de la que el individuo no se puede apartar (como de los estímulos externos). Esta diferencia entre lo interno y lo externo queda a cargo de lo que Freud llama *yo de realidad primitivo*.

Recordemos que en los trabajos metapsicológicos, Freud opera con su primer teoría de las pulsiones, pulsiones sexuales (libido) y pulsiones de autoconservación o yoicas (Freud, 1910), que le permiten explicar satisfactoriamente las neurosis de transferencia, pero no la psicosis, porque le faltan elementos - piensa - para comprender el funcionamiento del yo. A esta tarea se van a abocar, después, Tausk, Federn,

¹ Miembro de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires Posadas 1580, 13°1112, Buenos Aires

Rickman, Melanie Klein, Lacan y más recientemente Winnicott, Hanna Segal, Herbert Rosenfeld, Bion, Ahumada, Green, Carlos Paz, Edith Jacobson, Kernberg, Pichon Rivière, Liberman, David Rosenfeld, Resnik y Grinberg, entre otros.

Freud define a la pulsión por su fuerza (*Drang*), su meta (*Ziel*), su objeto (*Objekt*) y su fuente (*Quelle*). La fuente de la pulsión es somática, la meta es psicológica. En el camino que va de la fuente a la meta se cumple el misterioso salto (como dijo Felix Deutsch, 1933) que une lo biológico a lo psicológico. De este tema se ocupa Freud (1891) penetrantemente en su libro sobre las afasias, donde distingue la representación sensorial simple, que llama más precisamente representación-objeto (*Objektvorstellung*) de otro tipo de representación que denota implícitamente la representación-palabra, con sus resonancias sonoras, motrices y kinéticas.

Freud considera que la pulsión nunca puede llegar a la conciencia, sólo pueden hacerlo sus derivados (retoños) y aún que la pulsión no está en el inconciente sino sólo su representación (*Vorstellung*).

En éste y los otros trabajos metapsicológicos de 1915, Freud se preocupa de la representación y del afecto que le va unido, y afirma que sólo la representación es reprimida, mientras que el afecto queda como un valor potencial. La forma en que Freud trata la representación y el afecto como dos entidades separadas es, me parece, uno de los puntos más débiles de su aparato teórico, aunque algunos estudiosos eminentes - de Francia, sobre todo- piensan que el problema se resuelve considerando que la célebre y para mí enigmática *Vorstellungsrepräsentanz* da cuenta de la representación y el afecto. Así lo piensa Green en la *La metapsicología revisitada* (1995), una visión profunda y bien lograda de la metapsicología freudiana. En el capítulo III, «Reflexiones libres sobre la representación del afecto», Green afirma taxativamente que «es totalmente necesario distinguir el representante psíquico de la pulsión del representante-representación» (p.124) y se remite a su teoría de los afectos en *Le discours vivant* (1973), que marca su alejamiento de Lacan.

Al estudiar los cuatro elementos con que define a la pulsión, Freud acentúa su *Drang*, que es inexcusable, mientras que el *Objektes* siempre contingente, un punto en que van a divergir coincidentemente todos los autores que abrazan la doctrina de las relaciones de objeto. La naturaleza contingente del objeto de la pulsión es una consecuencia inevitable - me parece - de la teoría del narcisismo primario de Freud y su correlato, la noción de un aparato psíquico a la Fechner en busca de descarga. Green (1997) piensa que la teoría de la relación de objeto va en desmedro de la pulsión, pero yo no lo creo así: Fairbairn (1941) desestima, en efecto, la pulsión por completo y Winnicott (1945) la pone en cuestión para los primeros meses de la vida; pero no otros.

La teoría de las pulsiones cambia en 1914 con la introducción del narcisismo y muta después, rotundamente, en *Más allá del principio de placer* (1920), cuando Freud propone su teoría final de las pulsiones, que es de nuevo dualista, y contrapone *eros* (pulsión de vida) y *tánatos* (pulsión de muerte). En esta concepción no se aprecia, tal vez, la prístina diferencia de la anterior entre hambre y amor, que me parecen más pulsátiles; pero, de todos modos, es evidente que Freud asienta su nuevo dualismo entre la vida y la muerte, reconociéndole a ambas el valor de las fuerzas que dirigen toda la vida psíquica.

Es notable el esfuerzo que hace Freud para poner al recién nacido instinto de muerte en un plano semejante al de la pulsión de vida, que tiene su sólido apoyo corporal en la libido.

En el capítulo VI de *Más allá del principio de placer*, que Freud agregó en 1920, como lo demostró Ilse Grubrich-Simitis (1993), Freud se pregunta si la muerte es una contingencia o un fenómeno natural y necesario... pregunta clave si las hay. Freud se

apoya en los célebres trabajos de Weismann, que dividía la sustancia viva en una parte mortal (el soma) y otra inmortal (el plasma germinativo) que tiene potencialmente la posibilidad de no morir cuando desarrolla un nuevo individuo, gracias a la reproducción. Freud señala la notable coincidencia entre la concepción de Weismann y la suya, que distingue dos clases de pulsiones: las que pretenden conducir la vida hacia la muerte y las que continuamente aspiran a la renovación de la vida como complejidad. De acuerdo a la concepción de Weismann, que Freud querría compartir, pero al final no puede, la muerte es un privilegio o una cruz de los organismos pluricelulares, pero no de los unicelulares, donde individuo y célula de la reproducción son una misma cosa. De esto se sigue que los organismos unicelulares son potencialmente inmortales. La muerte sería, entonces, un patrimonio de los organismos pluricelulares, los más complejos y desarrollados, que pueden morir de muerte natural; pero no asienta en una propiedad originaria de la materia viva. Así pues, los protozoos, pueden ser inmortales.

Si así fuera, dice entonces Freud, podría sostenerse la inmortalidad del plasma germinal, aunque lo que sucede realmente es que en los protozoos la muerte coincide, justamente, con la reproducción, aunque en ella parezca que toda la sustancia del ser original se traslada a sus descendientes, que ya no son - como diría Neruda - los mismos de antes. («Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos»).

Freud se inclina a pensar, luego de este arduo desarrollo conceptual, que también los protozoos mueren de muerte natural y nada impide suponer que en ellos existe el mismo impulso hacia la muerte que es visible en los seres más complejos. En contra de sus propias esperanzas, Freud debe concluir que nada habilita a pensar que el impulso hacia la muerte no esté presente desde el comienzo de la vida. De esta forma, encuentra que su hipótesis de la pulsión de muerte, que surge como inevitable contrapartida de la vida, se mantiene en pie. La distinción de Weismann entre un soma que muere y un plasma germinativo potencialmente inmortal no puede sostenerse en ningún argumento biológico.

Me detuve un tanto -quizás demasiado- en el razonamiento del capítulo VI de *Más allá del principio de placer* para examinar una vez más el camino que recorre Freud hasta arribar a lo que considera la verdad científica de una pulsión de muerte, de una fuerza muda e inexorable que nos conduce hacia la muerte, no como un destino, sino como una pulsión, un anhelo inscripto en nuestra existencia en el momento en que la materia inerte cobra vida. Sobre este tema reflexiona Jacques-Alain Miller en su nuevo libro *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica* (2003), donde expone, como en otros de sus textos recientes, lo que llama la biología lacaniana, según la cual «para la especie humana la repetición es fundamentalmente inadaptación» (p. 325), dado que «la repetición no es en absoluto de un registro biológico sino que sólo puede pensarse en el orden del lenguaje» (Ibidem, p. 325), un punto en que Ahumada (1999) y yo discrepamos darwinianamente. Como dice con claridad Ahumada en el libro recién citado, y en otros trabajos más recientes, la apoyatura epistemológica de Freud debe buscarse más en Darwin y en las ciencias biológicas que en la física de Galileo y Newton.

Todos sabemos -y Freud antes que nadie- que la teoría de la pulsión de muerte tropieza con grandes resistencias. De hecho no fue aceptada por la mayoría de sus discípulos. Ni Ferenczi, ni Abraham, ni Jones la acataron. Anna Freud, Hartmann y los psicólogos del yo prefirieron hablar de agresión. En su riguroso ensayo de Marsella de 1984 André Green habla de narcisismo de vida y narcisismo de muerte, que coloca en la perspectiva de la función desobjetalizante y la psicosis blanca. La función desobjetivizante se parece mucho, a mi juicio, a la envidia, como lo expone Herbert Rosenfeld (1971) al estudiar los aspectos agresivos del narcisismo; pero Green no lo

piensa así. Klein aceptó rápidamente, hacia 1932, la teoría de las pulsiones de vida y de muerte, y en ese sentido pudo presentarse -con cierto énfasis- como la verdadera continuadora de Freud. Es cierto, sin embargo, que el instinto de muerte de Klein no es mudo como el de Freud, esto es, que no tiene inscripción en el inconsciente, ya que se inscribe en el momento mismo en que empieza la vida como una amenaza que desde el ello se dirige al yo y pone en marcha los mecanismos de proyección e introyección que son, para ella, la clave de la vida psíquica. Digamos de paso, y con todo respeto, que la gran defensora de la relación de objeto desde el comienzo de la vida piensa que la pulsión de muerte es narcisista, ya que va originariamente del ello al yo, y sólo en un segundo momento se hace objetal. Freud le llamó a esto deflexión del instinto de muerte, algo que hace *el organismo*, mientras Klein piensa que lo hace *el yo*.

Agreguemos para terminar esta rápida, incompleta y desmañada recorrida por la obra monumental de Freud, que el punto básico de la teoría de la relación de objeto, que anuncia Abraham en 1924 inspirado en «Duelo y melancolía» y desarrolla Melanie Klein en la década siguiente, sostiene y se sostiene en que el objeto está de entrada, desde el primer minuto de la vida. Esto equivale a decir que *no* existe el narcisismo primario, que Abraham había restringido a la primera etapa oral (de succión). El yo y el objeto están desde el comienzo y desde el comienzo interactúan a partir de los mecanismos de introyección y proyección, supremos arquitectos del mundo psíquico, como dijo Paula Heimann en su famoso trabajo «Some aspects of the role of introjection and projection in early development», muy kleiniano, demasiado kleiniano para ella, que lo leyó en las *Controversias* en junio de 1943 (*The Freud-Klein Controversies, 1941-1945*, editadas por Pearl King y Riccardo Steiner, 1991): pero no lo incluyó después en sus «collected papers», *On children and children-no-longer* (1989), la obra póstuma de esta gran pensadora.

La teoría del narcisismo primario, que Freud formaliza en *Introducción del narcisismo* en 1914, sostiene que las pulsiones están de entrada, es decir que pertenecen -digámoslo así- a la naturaleza humana, mientras que el yo ha de constituirse «por una nueva acción psíquica» (*A. E.*, 14, p. 74) [«a new psychological action», *S. E.*, 14, p. 77], cuando las heteróclitas pulsiones parciales de la sexualidad infantil convergen en un punto, que es el yo. Las pulsiones parciales son inicialmente autoeróticas y configuran el placer de órgano, donde fuente y objeto son lo mismo. Los destinos de pulsión que estudia Freud en su célebre ensayo de 1915 «dependen de la organización narcisista del yo» «(*A. E.*, 14, p. 127 [«... are dependent on the narcissistic organization of the ego...», *S. E.*, 14, p. 132]. Incluso los dos pares de pulsiones que necesitan de hecho un objeto (sadismo y masoquismo; exhibicionismo y voyeurismo) son en realidad autoeróticas, aunque necesiten de un objeto para satisfacerse. Es por esto que *el yo de realidad primitivo* (que discrimina estímulos externos de estímulos internos o pulsiones) y *el yo de placer puro*, que pone adentro todo lo placentero y deja (o manda) afuera lo que causa displacer o dolor, son sin objeto para Freud, o, en todo caso, el objeto existe para las pulsiones yoicas y no para las sexuales.

En «Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico» (1911) Freud aplica consecuentemente su primera teoría pulsional y señala que el yo se conecta con el objeto a partir del instinto (pulsión) de conservación, mientras que los instintos sexuales (pulsiones eróticas) pueden satisfacerse a sí mismas y permanecen en el reino de la fantasía. Para superar este impasse teórica, Freud va a recurrir en 1914 al *Anlehnung* (apoyo, apuntalamiento), es decir que las pulsiones sexuales llegan al objeto a caballo de las pulsiones yoicas, son enclíticas como los pronombres reflexivos, un punto que había tomado Jung en 1912 para sustentar su teoría de un *interés yoico*, que no es ya sexual.

Si queremos expresar más claramente y de otro modo el pensamiento de Melanie Klein podremos decir que, para ella, no existe un objeto de la pulsión y un objeto del yo, con lo que puede prescindir completamente del *Anlehnung* y afirmar que las pulsiones autoeróticas de la sexualidad infantil se sostienen en fantasías donde el objeto de las pulsiones (de vida y de muerte), los mecanismos de defensa, la ansiedad y la culpa están presentes, están operando.

Para ser kleiniano desde esta perspectiva hay que aceptar que la fantasía (*phantasy*), ese corolario mental del instinto, como la definió Susan Isaacs en enero de 1943 en las *Controversias*, es el fundamento de la vida mental, es el inconciente. En este punto Anna Freud y Glover disienten airadamente. (*The Freud-Klein Controversies, 1941-1945*, passim).

Si alguien dice que la fantasía inconciente no está al comienzo, que no puede haber de entrada un yo operando sobre objetos y con mecanismos de defensa no será por definición un analista kleiniano; y tiene todo el derecho a pensar así.

Cuando pongo como eje del pensamiento kleiniano al famoso trabajo de Susan Isaacs (1948, [1943]), «The nature and function of phantasy», con *ph*, cuando hago girar sobre ese eje toda la arquitectura de esta teoría estoy señalando, también, que el narcisismo primario y la primaria relación de objeto son la divisoria de aguas en el pensamiento psicoanalítico. Cada una de estas alternativas teóricas se sostiene por sí misma; y pertenece al ámbito personal de cada analista pronunciarse por una o por otra. Es bueno que todos sepamos que en esta disyuntiva tenemos que optar y saber que, cuando lo hacemos, ganamos en algún terreno y perdemos en otro. Inevitablemente - creo yo -. Son como las geometrías euclidiana y no euclidianas. El estudio más completo y actual de la fantasía inconciente puede encontrarse en la Introducción *Representación y relación de objeto*⁴⁸ -de Riccardo Steiner para el libro homónimo, que acaba de publicarse (2003).

A partir de *El psicoanálisis de niños* (1932), Klein va construyendo un *mundo interno* de objetos, que culmina en su teoría de las posiciones. La noción de objeto interno, que los Sandler discuten minuciosamente en *Internal objects revisited* (1998), sigue siendo el articulador teórico de Klein y de Fairbairn.

La teoría de la relación de objeto se inicia con Melanie Klein; pero no se agota con ella. Así como me fue difícil resumir a Freud- ¡y qué mal lo hice! - quiero intentar también la imposible tarea de recordar a los grandes pensadores que aceptan, sin ser kleinianos, la teoría de las relaciones de objeto.

El primero es, sin duda, Fairbairn (1941, etcétera), un escocés solitario, independiente, creativo y amigo de la gente, que empezó un poco después de Melanie Klein y tuvo con ella un largo intercambio científico.

Fairbairn situó al yo en el eje de su reflexión y pensó que poner la pulsión en el centro de la explicación es como poner el carro delante de los caballos, porque la libido es, ante todo, buscadora de objetos. Olvida sin duda Fairbairn, como me señaló Max Hernández (2003) en Lima, que la pulsión nunca va delante sino que puja desde atrás; pero, de todos modos, el instinto (o la pulsión) no es, para Fairbairn, sin objeto; y de allí que decida abandonar la teoría pulsional de Freud y, por tanto, el esquema tripartito de *El yo y el ello* (Freud, 1923) por un *yo central* y dos secundarios, el *saboteador interno* (o antilibidinal) unido al *objeto rechazante* y el *yo libidinal* en conexión con el *objeto necesitado*. (Fairbairn, 1944).

Fairbairn rompe decididamente con la teoría estructural de Freud, lo que Melanie Klein nunca hizo, pero es más coherente que ella al abandonar la segunda tópica por una estructura endopsíquica donde lo primordial es la relación de objeto y a ella que dan subordinadas la libido y la agresión (no al instinto de muerte). Es un gran

mérito de Fairbairn haber definido claramente los mecanismos esquizoides, hasta el punto de que la misma Melanie Klein cambió su teoría inicial de una posición paranoide y, en su trabajo de 1946 «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides», habla de una *posición esquizo-paranoide*.

Fairbairn (1943) explica bien la represión, que se ejerce sobre los objetos malos internalizados; pero su teoría no alcanza a dar cuenta de la culpa y de lo que Klein (1935, 1940) llamó *posición depresiva*. El complejo de Edipo mismo termina por ser, para Fairbairn, una especie de efecto colateral de los mecanismos esquizoides. El énfasis en las relaciones interpersonales y su cualidad real lo llevan a Fairbairn (1958) a modificar algunos preceptos técnicos: no usa más el diván, que quita una cuota de realidad a la relación analista/paciente, y cuestiona la sesión de tiempo fijo, como Lacan (1966), pero con otros presupuestos teóricos.

Después de seguir muchos años al lado de Klein, Donald Winnicott (1945, 1958, 1971, etcétera) llegó a ser el paradigma del Grupo Independiente (*Middle group*) de Londres. Winnicott se ubica a sí mismo en el medio de Melanie Klein y Anna Freud (y de Freud). Acepta sin cortapisas la teoría de la posición depresiva de Melanie Klein, a la que prefiere llamar de *concern* para acentuar la preocupación por el objeto y quitarle a la nomenclatura kleiniana su connotación psicopatológica o psiquiátrica.

Discrepa netamente de Klein en lo que ella llama posición esquizo-paranoide y el *desarrollo emocional primitivo* en 1945. Winnicott hace un aporte fundamental, en cuanto ofrece una teoría de la relación madre-bebé, que Klein no desconoció pero nunca desarrolló conspicuamente. Para Winnicott (1958, *passim*), el bebé es una abstracción, ya que no se lo puede comprender y reconocer si no es con su madre. Los cuidados maternos son para Winnicott algo más que una ayuda, algo más que empatía y simpatía. Los cuidados maternos son parte de la mente del bebé y la mamá, donde opera el área de la ilusión y se constituye el *objeto subjetivo*. La madre (y su pecho y sus brazos) son una creación del bebé y la crianza consiste en que una madre *suficientemente buena* vaya siguiendo esta fantasía del bebé de crearla y, al mismo tiempo, lo vaya desilusionando. Es la forma en que Winnicott entiende la omnipotencia infantil.

Donde Klein pone las angustias persecutorias, la pulsión de muerte y la envidia primaria, que marcan trágicamente los primeros meses de la vida del niño, Winnicott privilegia el deseo del niño de crecer y de integrarse. No visualiza el crecimiento como conflicto, con lo que no estoy de acuerdo, y tampoco Brenner (1982), porque pienso que crecer es difícil y doloroso por más que puede ser placentero. Un acierto de Winnicott es señalar que no sólo hay procesos de disociación, con sus concomitantes angustias persecutorias, sino también procesos de no-integración durante el desarrollo emocional primitivo, a la espera del amor materno, que viene a ser la capacidad de sostenerlo y contenerlo (*holding*), un fenómeno que la escuela kleiniana reincorporó (o incorporó) en el concepto de *reverie* de Bion (1962, etcétera) y de *piel* de Esther Bick (1968).

El objeto subjetivo y el área transicional de la ilusión implican, y así lo dice Winnicott, un retorno al narcisismo primario, sin recurrir, creo yo, a la teoría del *Anlehnung*, que aceptan menos los autores ingleses que los franceses, como Green y Laplanche con su lectura profunda y cuidadosa de Freud desde una raíz lacaniana. Para estos autores la primera dualidad instintiva se mantiene al lado de la segunda y el tiempo es fragmentado por el *après coup* (Laplanche, 1999; Green, 2000).

Un camino diferente tomaron Heinz Hartmann y los psicólogos del yo de Estados Unidos, que abrazan la teoría estructural y reflexionan sobre el yo a partir del quinto capítulo de *El yo y el ello* (Freud, 1923).

En su famoso ensayo de 1939, que leyó en la Sociedad Psicoanalítica de Viena en 1937, un año antes del Anschluss, Hartmann lanzó su teoría de un yo con una parte

libre de conflictos, en el intento de integrar el psicoanálisis a la psicología, donde la adaptación tiene una clara raíz darwiniana, biológica. Hartmann apoya decididamente la teoría de las pulsiones en el instinto animal, algo que nunca le va a perdonar Lacan.

En sus “Comentarios sobre la teoría psicoanalítica del yo” (1950), Hartmann define (o redefine) al yo como una estructura y por sus funciones, en relación con la realidad y su función sintética (u organizadora), la percepción del mundo exterior y del self y los instintos (o pulsiones).

Si bien Hartmann sigue al Freud de la teoría estructural de los años veinte y a *El yo y los mecanismos de defensa* de Anna Freud (1936), se inclina a pensar que el yo, aun no siendo congénito, tiene un origen autónomo, y lo entiende como la resultante de tres factores, los instintos, la realidad externa y ese postulado factor autónomo. Con esto se refuerza su idea de que el yo y el ello tienen una matriz común, que surge del instinto animal.

Otra idea fuerte de Hartmann en este trabajo es que el yo debe distinguirse del self, que abarca las tres instancias del aparato psíquico. El yo tiene, así, una percepción del self o mundo interno (*representación del self*) y una percepción del mundo exterior (*representación de objeto*), que pasan a constituir dos funciones del yo. De esto se sigue que el narcisismo debe ser reconsiderado como la catexia libidinal y agresiva del self, más que del yo.

Esta línea de investigación inspira el estudio de Edith Jacobson (1964) y luego de Kohut (1971, etcétera) y de Kernberg (1977, etcétera). Estos dos autores desarrollaron una obra importante sobre la teoría del narcisismo y su patología, si bien divergen en muchos puntos de su investigación, principalmente en la forma de entender el desarrollo temprano, el papel de los padres y el valor de la agresión.

Lacan nunca simpatizó con la teoría de la relación de objeto, como puede verse en su Seminario 4, *La relación de objeto*, 1956-57 (1994), donde no cesa de recordarnos, con cierta razón, que Freud nunca habló de relación de objeto sino de *hallazgo* del objeto. El hallazgo del objeto nos remite por una vía al *Proyecto* de 1895 (Freud, 1950), con la primera experiencia de satisfacción, y por otra al *significante* y al *Otro*, que es la forma francesa de definir las relaciones humanas en el discurso analítico. Todo esto cambia en la última etapa de Lacan cuando el *goce* toma el centro de la escena y aparece la *no relación* en el Seminario 20, *Aun*, 1972-1973 (Lacan, 1975). La insistente y apodíctica afirmación de Lacan de que no hay relación sexual lo conduce finalmente a *Representación y relación de objeto*⁵² -una concepción narcisista del goce Uno y muestra a las claras su concepción monista de *la pulsión*.

Jean Laplanche, a partir de la teoría del *significante* de Lacan y del *Anlehnung* freudiano, construye su teoría de la *seducción generalizada*, en sus *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis* (1987). En éste y otros libros últimos, Laplanche sostiene que el niño recibe el impacto de la sexualidad de la madre como un *significante enigmático*, *seducción generalizada*, un poco a la Ferenczi (1932) con el lenguaje de la ternura y de la pasión, si bien su teoría es más abarcativa, ya que comprende al niño y a la madre; y denuncia el carácter endógeno de las pulsiones como un extravío biologizante de Freud (Laplanche, 1993). También como Lacan, Jean Laplanche arriba finalmente a un monismo de las pulsiones subsumiendo la de muerte en la sexual, mientras que para Lacan el monismo tiene su eje principal en la pulsión de muerte y la *no relación*.

André Green (1983, 1995) se apoya siempre en Freud y reivindica la metapsicología de los años quince, con una reconocida influencia de Winnicott, de quien admira la teoría del simbolismo, y de Bion con su teoría del pensamiento. Una idea central de Greenes, creo yo, la función desobjetalizante, que apoya más en las fallas maternas a la Winnicott que en la teoría de la envidia primaria de Klein (1957).

La teoría de la *envidia primaria* de Klein, discutida desde siempre por los miembros del Independent Group (Winnicott, Paula Heimann), por Anna Freud, por los psicólogos del yo de los Estados Unidos de América y aún por ciertos esclarecidos miembros actuales del A Group de Londres, cierra para mí cumplidamente la teoría de la relación de objeto, ya que es algo que, desde adentro, se opone al eros que liga, al eros que une el yo (o el sujeto) con el objeto. Melanie Klein siempre dijo que la envidia es el corolario de la pulsión de muerte; pero nunca usó la navaja de Guillermo de Ockham para concluir que los dos principios que nos rigen son la libido y la envidia.

Si nos atrevemos a esquematizar lo que hemos dicho, podremos proponer que la teoría de la representación apoya en un yo cartesiano y/o kantiano, que busca en Dios o en la trascendencia el concepto de verdad, mientras la teoría de la relación de objeto coincide más con las ideas filosóficas que buscan su justificación en el consenso entre los sujetos del mundo de la vida, que le llama Habermas (1999). En los años recientes distinguidos pensadores como C. Fred Alford (1989), Emilia Steurman (2000) y Michael Rustin (2001), consideran que las teorías kleinianas pueden utilizarse válidamente para iluminar algunos problemas filosóficos y sociológicos, del mismo modo que Herbert Marcuse, uno de los más destacados pensadores de la escuela de Francfort de Horkheimer y Adorno, en *Eros y civilización* (1953) aplica a los mismos propósitos las últimas teorías de Freud.

En los años recientes se ha propuesto con fuerza una teoría del *vínculo* (intra, inter y transobjetivo) que va más allá de la relación de objeto (Berenstein y Puget, 1997, etcétera; Rodolfo Moguillansky, 1999) y está más allá, también, de los límites de esta exposición, lo mismo que la reciente contribución de Samuel Arbiser (2001) en las huellas del maestro Pichon Rivière, el grupo interno y la perspectiva vincular del psicoanálisis.

Llega así el fin de esta conferencia, que no pretende ser un trabajo que haga justicia a su ambicioso título, pero puede al menos ser una propuesta para pensarlo y discutirlo.

Agradezco a Jorge Luis Ahumada, Gregorio Klimovsky, Roberto Doria Medina, Pablo Grinfeld, Samuel Zysman y Rogelio Rimoldi los valiosos comentarios al borrador de este trabajo. Agradezco también a Saúl Peña, Max Hernández, Moisés Lemlij, Hilke Engelbrecht y Carlos Crisanto sus juiciosos aportes y el generoso aliento que le dieron a la primera lectura de este trabajo en Lima.

Resumen

El trabajo explora las características de dos nociones centrales del psicoanálisis: la de representación y la de relación de objeto. El autor muestra cómo, ambas nociones se insertan en marcos teóricos diferentes, dando origen a desarrollos en parte divergentes. Así, la concepción del narcisismo primario y la noción de representación, centrales en la teoría pulsional de Freud, aparecen contrastantes con la concepción de Klein de que el objeto está presente desde el inicio de la vida constituyendo parte esencial de la interioridad del ser humano. En un trabajo cuidadoso y condensado el autor sigue la evolución de ambas nociones en pensadores como Hartmann, Fairbain, Winnicott, Lacan, Laplanche y Green entre otros.

Summary

Representation and object relation.

R. Horacio Etchegoyen

This piece of work explores the characteristics of two main notions in the development of psychoanalysis: representation and object relation. The author shows how both notions come from different theoretical settings and give rise to developments that are partly divergent. In this way, the ideas of primal narcissism and representation that are a central point in Freud's drive theory differ from Klein's notion that the object exists from the beginning of life and is an essential part of human interiority.

Careful and condensed, Etchegoyen's piece of work follows the evolution of both notions in authors such as Hartmann, Fairbairn, Winnicott, Lacan, Laplanche and Green among others

Descriptores:

**REPRESENTACIÓN / PULSION /
RELACIÓN DE OBJETO / RESEÑA
CONCEPTUAL /**

Bibliografía

- ABRAHAM, K. (1924). Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales. En *Psicoanálisis clínico*, 26. Buenos Aires: Paidós, 1959.
- AHUMADA, J. L. (1999). *Descubrimientos y refutaciones. La lógica de la indagación psicoanalítica*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- ALFORD, C. F. (1989). *Melanie Klein and critical social theory. An account of politics, art, and reason based in her psychoanalytic theory*. New Haven y Londres: Yale Universities Press.
- ARBISER, S. (2001). El grupo interno. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, 4: 97-114.
- BERENSTEIN, I. y PUGET, J. (1997). *Lo vincular*. Buenos Aires: Paidós.
- BICK, E. (1968). The experience of the skin in early object-relations. *The International Journal of Psycho-Analysis*, 49: 484-486. (*Revista de Psicoanálisis*, 27: 111-117, 1970).
- BION, W. (1962). *Learning from experience*. Londres: William Hainemann.
- BRENNER, Ch. (1982). *La mente en conflicto*. Madrid: Tecnipublicaciones, 1989.
- DEUTSCH, F. (1933). Studies in pathogenesis: biological and psychological aspects. *Psychoanalytic Quarterly*, 2: 225-243.
- FAIRBAIRN, W. R. D. (1941). A revised psychopathology of the psychosis and psychoneurosis. *The International Journal of Psycho-Analysis*, 22:250-279. (*Revista de Psicoanálisis*, 4:751-781, 1947).
- _____ (1943). The repression and the return of bad objects (with special reference to the 'war neurosis'). *The British Journal of Medical Psychology*, 19.

- _____ (1944). Endopsychie structure considered in terms of object relationships. *The International Journal of Psycho-Analysis*. 25:70-93.
- _____ (1952). *Psychoanalytic studies of the personality*. Londres: Roulledge & Kegan Paul.
- _____ (1958). On the nature and aims of psycho-analytic treatment. *The International Journal of Psycho-Analysis*, 39: 347-385.
- FERENCZI, S. (1932). Confusión de lengua entre los adultos y el niño. El lenguaje de la ternura y de la pasión. En *Psicoanálisis*, 4. Madrid: Espasa Calpe, 1984.
- FREUD, S. (1891). *La afasia*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1973.
- _____ (1910). La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis. *A.E.*, 11.
- _____ (1911). Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. *A. E.*, 12.
- _____ (1914). Introducción del narcisismo. *A. E.*, 14.
- _____ (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. *A. E.*, 14.
- _____ (1917 [1915]). Duelo y melancolía. *A. E.*, 14.
- _____ (1920). Más allá del principio de placer. *A. E.*, 18.
- _____ (1923). El yo y el ello. *A. E.*, 19.
- _____ (1950 [1885]). Proyecto de psicología. *A.E.*, 1.
- GREEN, A. (1973). *Le discours vivant*. París: Press Universitaires de France. (*La concepción psicoanalítica del afecto*. Buenos Aires: Siglo21, 1975).
- _____ (1975). The analyst, simbolization and absence in the analytic setting (on changes in analytic practices and analytic experience). *The International Journal of Psycho-Analysis*, 56: 1-22. (*Revista de Psicoanálisis*; 32:65-114, 1975).
- _____ (1983). *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires. Amorrortu, 1986.
- _____ (1984). Pulsión de muerte, narcisismo negativo, función desobjetalizante. En *La pulsión de muerte*. Primer Simposio de la Federación Europea de Psicoanálisis (Marsella, 1954). Buenos Aires: Amorrortu, 1989.
- _____ (1995). *La metapsicología revisitada*. Bs Aires: Eudeba, 1996.
- _____ (1997). *Las cadenas de eros. Actualidad de lo sexual*. Buenos Aires: Amorrortu, 1998.
- _____ (2000). *El tiempo fragmentado*. Buenos Aires: Amorrortu, 2001.
- GRUBRICH-SIMITIS, I. (1993). *Volver a los textos de Freud. Dando voz a documentos mudos*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2003.
- HARTMANN, K. (1939). *Ego psychology and the problem of adaptation*. New York: International Universities Press, 1964.
- _____ (1950). Comments on the psychoanalytic theory of the ego. En *Essays on ego psychology*. New York: International Universities Press.
- HERNÁNDEZ, M. (2003). Comunicación personal.
- HEIMANN, P. (1943). Some aspects of the role of introjection and projection in early development. En *The Freud-Klein controversies, 1941-1945*.
- _____ (1989). *About children and children-no-longer. Collected papers, 1942-80*. Londres: Tavistock.
- ISAACS, S. (1948 [1943]). The nature and function of phantasy. *The International Journal of Psycho-Analysis*, 29: 73-97.
- JACOBSON, E. (1964). *The self and the object world*. New York: International Universities Press.
- JUNG, C. G. (1911-1912). *Wandlungen und Symbole der Libido. (Psychology of the Unconscious*. New York, 1916).
- KERNBERG, O. (1977). *Object relations theory and clinical psychoanalysis*. New York: Aronson.

- KING, P. y STEINER, R., editores (1991). *The Freud-Klein controversies, 1941-1945*. Londres: Tavistock.
- KLEIN, M. (1932). *El psicoanálisis de niños. Obras completas, 2*. Buenos Aires: Paidós, 1987.
- _____ (1935). Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos. En *Amor, culpa y reparación y otros trabajos (1921-1945)*. Buenos Aires: Paidós, 1990
- _____ (1940). El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos. En *Amor, culpa y reparación y otros trabajos (1921-1945)*. Buenos Aires: Paidós, 1990.
- _____ (1946). Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. En *Envidia y gratitud y otros trabajos*. Buenos Aires: Paidós, 1987.
- _____ (1957). Envidia y gratitud. En *Envidia y gratitud y otros trabajos*. Buenos Aires: Paidós, 1987.
- KOHUT, H. (1971). *The analysis of the self*. New York: International Universities Press.
- LACAN, J. (1956-57). *La relación de objeto, 1956-1957*. El Seminario de Jacques Lacan, 4. Barcelona: Paidós, 1994.
- _____ (1966). *Écrits*. Paris: Seuil.
- _____ (1975). *Aun. 1972-1973*. El Seminario de Jacques Lacan, 20. Buenos Aires: Paidós, 1981.
- LAPLANCHE, J. (1987). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*. Buenos Aires: Amorrortu, 1989.
- _____ (1993). *El extravío biologizante de la sexualidad en Freud*. Buenos Aires: Amorrortu: 1998.
- _____ (1999). *Entre seducción e inspiración: el hombre*. Buenos Aires: Amorrortu, 2001.
- MILLER, J-A. (2003). *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós, 2003.
- MOGUILLANSKY, R. (1999). *Vínculo y relación de objeto*. Buenos Aires: Pólemos
- ROSENFELD, H. A. (1971). A clinical approach to the psychoanalytic theory of the life and death instincts: an investigation into the aggressive aspects of narcissism. *The International Journal of Psycho-Analysis*, 52: 169-178.
- RUSTIN, M. (2001). *Reason and unreason. Psychoanalysis, science and politics*. Londres: Guilford.
- SANDLER, J. y SANDLER A. M. (1998). *Internal objects revisited*. Londres: H. Karnac.
- STEINER, R. (2003). Introduction. En *Unconscious phantasy*, ed. B y Riccardo Steiner. Londres: Karnac.
- STEUERMAN, E. (2000). *The bounds of reason. Habermas, Lyotard and Melanie Klein on rationality*. Londres: Routledge.
- WINNICOTT, D. (1945). Primitive emotional development. *The International Journal of Psycho-Analysis*, 26: 137-143. (*Through paediatrics to psychoanalysis*, cap. 12, *Revista de Psicoanálisis*, 5).
- _____ (1958). *Through paediatrics to psycho-analysis*. Londres: Hogarth Press.
- _____ (1971). *Playing and reality*. New York: Basic Books.

Comentarios a Horizontes de la relación de objeto

Saúl Paciuk*

Seguramente podemos convenir en que lo que se nombra como “relación de objeto” trajo un giro (y para muchos un aporte fecundo) en el pensamiento y en la práctica del psicoanálisis, un giro de tal entidad que se lo califica como concepto posfreudiano, (Laplanche y Pontalis, 1973), inscripto por lo tanto en el desarrollo de una comprensión cada vez más abarcadora del hecho psicoanalítico.

Al mismo tiempo, en su entorno aparecen dos curiosas ocurrencias. Una: se suele considerar que *relación de objeto* es una expresión oscura a pesar de que con frecuencia se la emplea como si fuera improblemática; otra, que el concepto “relación de objeto” ha sido poco atendido por la literatura psicoanalítica.

Ambas ocurrencias sugieren que es pertinente preguntar qué es lo que se nombra como “relación de objeto” y también si hace falta esa expresión, si hay algo de lo que ella dice que no dicen expresiones más o menos afines. El itinerario de una posible respuesta requeriría precisar lo atinente al objeto y al sujeto y ubicarlos respecto de los modos de darse la alteridad en el arco que se abre entre ser *objeto* y ser *otro* de un *sujeto*.

¿Qué interés puede tener el recorrer este camino? La valoración será variable y dependerá de qué respuesta demos a la pregunta acerca de cómo entendemos el trabajo del psicoanálisis; la relación de objeto importa en tanto el marco del trabajo es la transferencia y la relación analítica es entendida como articulada y expresada en fantasías, en narraciones. En este caso, se asume que en esa relación ni el psicoanalista ni el paciente ni aquellos a quienes el paciente nombra *trabajan* en tanto personajes mundanos, sino en tanto objetos y sujetos, los cuales son estructuraciones parciales y “distorsionadas” respecto de los personajes mundanos. En otros términos, la atención a la relación de objeto se vuelve un concepto y una herramienta necesaria para el trabajo psicoanalítico que propone al analizando una suspensión de su relación conciente y activa con el mundo (la “realidad” propia y ajena) para librar así el acceso a su fantasía. Una distinción que va en el mismo sentido que la que Freud descubre entre la experiencia de la seducción y la seducción que narran sus pacientes, su “histérica”. Se podría decir que así el psicoanalista invita al analizando a que en la sesión ponga entre paréntesis (que no es ni dudar ni negar la “realidad”) su inmersión cotidiana y su prisión en lo mundano.

* Asociación Psicoanalítica del Uruguay. L. A. de Herrera 1042 Ap. 708. Montevideo.

Cuestión de palabras

Tomemos lo de la oscuridad. Se suele sortear la intransparencia de “relación de objeto” haciendo valer como sinónimos expresiones tales como relación, vínculo, conexión u otro de ese orden, y también se dice “relación *entre* sujeto y objeto” y, más frecuentemente, “relación *con* un objeto”. Por ejemplo, lo hace el Vocabulaire (Laplanche y Pontalis, 1973) en la entrada “Relation d’ object” (relación de objeto), a la que explicita como *relation du sujet avec son monde* (relación del sujeto con su mundo). En el mismo sentido, otro diccionario define relación de objeto como “relación del sujeto con su entorno”. (Chemama, R.) Anotemos que si bien relación *con* un objeto es de uso común, relación *de* objeto sólo se usa en el campo del psicoanálisis.

Podemos preguntarnos si efectivamente estamos ante meras equivalencias. ¿Acaso *relación de* se aclara diciendo *relación con*, o debemos tomar el deslizamiento como un síntoma que encubre algo nuevo? Si la equivalencia fuera total, no habría razones para mantener ambas expresiones, y si no lo fuera se vuelve necesario retomar la oscuridad y atender lo peculiar de “relación de objeto”. Como de esto se trata aquí, intentaremos una primera aproximación considerando el nombre en sus tres términos.

“DE”. - La preposición en este contexto no dice nada de lo mucho que acostumbra decir. Como se sabe, “relación de objeto” traduce una expresión del alemán (*objektbeziehung*) o del inglés (*object relation*), idiomas en los que unir dos sustantivos es una construcción habitual y donde el primer vocablo toma valor de adjetivo.

Balsas (Balsas, H., 2003) recuerda que la construcción que nos ocupa también aparece en expresiones tales como relación de pareja, relación de paciente, relación de padre, agregando que “para el entendimiento cabal de estos sintagmas se requiere su inserción en un contexto o situación.” Según el mismo autor, en “relación de objeto” el complemento de “relación” se constituye como *frase* por reunir una preposición y un sustantivo; advierte que la simple aposición de los dos sustantivos (relación objeto) rechinaría para el hablante castellano y recordaría aberraciones posibles, como serían “sistema estrellas” -*star system*- o “club noche” -*night club*-, y agrega que ello no excluye que ocasionalmente la asociación de sustantivos sea aceptable, como ocurre con *cine verdad*.

Por otro lado, variantes de traducción como “relación objetal”, que es correcta en lo gramatical, son menos empleadas.

“OBJETO”. -El sustantivo “objeto” parecería habilitar una comprensión inmediata. Si seguimos al diccionario Larousse, su principal referencia es alguna “cosa que se ofrece a los sentidos”, pero también es habitual que se diga “objeto de mi amor”, donde objeto habla de “lo que ocupa el espíritu” y suele remitir a una persona. También habla del objeto de una acción, como aquello sobre lo cual se ejerce una acción o como fin de la misma.

Más en general, lo que se llama objeto remite a ser y a entemundanos, a todo aquello *que es* en cualesquiera de sus presentaciones: persona, cosa, idea, institución, nosotros mismos, y en lo que sigue habremos de utilizar el vocablo *ente* para referirnos a los objetos mundanos y diferenciarlos de objeto. (Decimos aquí mundano y no real, para evitar las implicaciones que tiene lo que refiere a real y a realidad).

En psicoanálisis el sentido de “objeto” se particulariza y adquiere matices y hace nacer oscuridades metapsicológicas, como ha señalado W. Baranger. (Baranger, 1980).

Comenzando porque lo llamado objeto se desdobra y menta tanto el ente (mundano) como el objeto del mundo interno; y el objeto en este segundo ámbito queda descentrado respecto de lo que es el ente, lo cual lleva a que, por ejemplo, el «pecho» de que se habla en psicoanálisis no se identifique con la mama, y a que falo no sea otro nombre del pene.

En efecto, el objeto del mundo interno no es un objeto natural y no lo impone la especie, es histórico (propio de la historia de un sujeto) y por ello arbitrario respecto del objeto natural. Y para complicar más las cosas, ese objeto del mundo interno puede estar encarnado en un ente mundano, en una persona por ejemplo, y puede ser bautizado con el nombre de ésta.

Recordemos que Freud habla de objeto desde los comienzos del psicoanálisis (Freud, 1905) y que a los pocos años (Freud 1915) aplica el nombre al “correlato de la pulsión”, apuntando a lo que anotamos antes como objeto de la acción. Freud distinguió el fin (satisfacción) del objeto (medio). Es al objeto que se dirige la impulsión (en este nombre comprendemos aquí cuánto instiga o puede mover al sujeto: deseo, pulsión, demanda, necesidad, haciendo abstracción de sus obvias diferencias), aquello que se ofrece como oportunidad o medio de realización de su fin.

Este objeto de la impulsión cabalga entre dos mundos, desde que siendo interno puede estar encarnado en un ente; ahora bien, este objeto menta sólo “parte” del ente (geográfica o una función), sólo lo que interesa en vista del cumplimiento del fin, por lo que el objeto toma aquí un fuerte tinte de objeto parcial, lo que es decir que hay un exceso del ente respecto del objeto. Por esa parcialización (que es una escisión inspirada por la impulsión) es que el objeto puede estar encarnado en una variedad de entes o, para decirlo de otro modo, el objeto como tal es constante –una estructura- mientras que puede ser variable, intercambiable y hasta contingente aquello que lo encarna, la persona. Por ello en lo que atañe al objeto nos tienta el prejuicio de lo mundano, el poner a la persona, al ente, en el lugar del objeto de la relación.

El objeto vive en el mundo interno, es un objeto creado, por lo cual, para saber qué y cómo es el objeto no nos sirve el diccionario. Para saber de ese objeto debemos escuchar o interrogar a aquel para quien ese objeto existe como tal, al llamado “paciente”. Con lo cual ya nos topamos con la evidencia de que lo que estamos llamando objeto sólo es objeto *para* alguien, sólo es el tal objeto en el marco de alguna relación, y relación y objeto comienzan a presentarse como términos fuertemente ligados.

“RELACION”. -Relación habla del *tener que ver* unos entes con otros; es un hecho o dato primario, dado que el ente aislado es más bien una ficción a la cual, en rigor, ni siquiera se le podría dar nombre -es que nombrar o conocer es saber de diferencias, de relaciones.

Las relaciones toman formas diversas: vecindad, adyacencia; actuar sobre o responder a otro ente, afecto, involucramiento, intersección y, en fin, el intercambio.

Quizá la medida más irrenunciable en que un ente pesa en el ser de otro, sea el establecimiento de la igualdad y la diferencia entre ambos. Es la relación lo que funda decir que otro ente es otro (otra cosa, otro sujeto), en la medida en que se hace visible una discontinuidad entre ambos. Es de ese modo también que se hace presente un otro, un no-yo para un yo, vía por la que aparecen lo mío y lo ajeno, gérmenes de lo que serán lo interno y lo externo.

Sin embargo las relaciones (y el objeto) a menudo se consideran como adventicias, secundarias a la pulsión (Bouchard, 1995), por ejemplo, cuando se sostiene que el ente guarda en sí mismo todo cuanto necesita para ser. A ello apunta, por ejemplo, el concepto de narcisismo: Freud pone el énfasis en lo propio (Freud, 1930)

afirmando (con aire cartesiano) que: “Normalmente no tenemos más certeza que el sentimiento de nuestro sí mismo, que el sentimiento de nuestro yo propio.

”Este modo de entender la fuente de la certeza de sí viene de lejos. Platón (en el “*Sofista*”) hablaba de entes que “son únicamente por sí” y de entes que “se hallan siempre en relación con otros”; caracterizar un ente por lo que tiene de diferente o de idéntico respecto de otro sería un ejemplo de este segundo caso. Para Platón no es en la diferenciación que radica el ser de esos entes, puesto que las diferencias serían más bien accidentes. Reafirmando este punto de vista, mil quinientos años después y desde otro ángulo, Avicena sostuvo que: “Todo lo que es tiene una sustancia por la cual es lo que es y por la cual es la necesidad y el ser de lo que es” (Abbagnano, 1961).

El concepto corriente acuerda en que los entes son lo que ya son y los confirma como portadores de un ser propio ya formado, una sustancia a la que reconoce solidez y permanencia. Tratándose de las personas, la permanencia de su ser es un punto en que se reúnen la necesidad de la persona (el querer tener un ser sólido) y la de los demás (que los otros sean previsibles).

El psicoanálisis, en su práctica, se encuentra con el yo propio de alguien -una persona que tiene sus constancias, entre las cuales está su “historia oficial”, reiterada una y otra vez- pero de inmediato invita a la persona a ponerse en suspenso como tal, por ejemplo, asociando libremente, sin buscar coherencias.

En ese nuevo marco ese alguien puede aparecer como sujeto cambiante de relaciones cambiantes y de una historia que se está haciendo y que puede ser rehecha una y otra vez. (Sujeto del cual, y en acuerdo con Husserl, debemos decir que “se constituye para sí mismo en la unidad de su “historia””, unidad -se diría que mítica, porque el sujeto nunca tiene una aprehensión definitiva, total, acabada, de sí mismo- que nunca deja de ser precaria y expuesta encada relación, y es de esto, de la posibilidad de rehacer su historia, de lo que trata la “cura” psicoanalítica.)

A partir de dar por sustancial al yo propio se pueden valorar las relaciones como alejadas de lo central del ser propio, como adventicias, y valorar al objeto como contingente; en consecuencia, y yendo en la dirección del atomismo, se puede suponer una vida fuera de las relaciones y la socialidad puede ser tomada como un aglomerado. Es posible llegar al extremo de hallar etapas caracterizadas por lo anobjetal y enmarcadas en un narcisismo considerado como primario, en el sentido de primero y en el sentido de primordial, organizador del yo. (Freud, S. 1914).

Todo lleva a pensar que merecen ser revisados los conceptos que hablan de lo secundario de la relación.

Centralidad de la relación

La afirmación de la centralidad de la relación -y por lo tanto del objeto- es lo que caracteriza al movimiento general del pensamiento contemporáneo, habiendo decaído el interés por el concepto del ser por sí o sus derivaciones antropológicas, el atomismo (los sujetos tienen existencia estando aislados), el solipsismo (la propia existencia tiene un valor que el sujeto no le reconoce a las demás: ellas sólo son “mis ideas”).

En particular la fenomenología realizó un decidido reconocimiento de la relevancia de la relación. Afirmó que conciencia es siempre conciencia de algo, que toda conciencia tiene -y habla de- un objeto. Pero dice más, dice que la conciencia sólo sabe de sí por el objeto: no hay una aprehensión inmediata de sí sino que los objetos le enseñan lo que el sujeto puede saber de sí -y también y a la vez, de ellos (Merleau Ponty, M. 1945). El sujeto conoce a partir de cómo eso otro -fundamentalmente ente, cosa mundana- lo hace sentir, por el *cómo hace que se sienta en su presencia*.

En favor de la hipótesis que afirma la centralidad de la relación, y desde otra perspectiva, argumentará Heidegger en estos términos: “La esencia de este ente -o sea del ‘ser ahí’ del hombre está en su ‘ser relativamente a’. El ‘qué es (*essentia*) de este ente (...) tiene que concebirse partiendo de su ser (*existentia*)”. (Heidegger, M.1927, par. 9) Siguiendo a este autor, habría que hablar de la primacía de la coexistencia con otros, del *mitsein*, de la relación por lo tanto.

Viniendo más acá, en el psicoanálisis lo que conceptualizamos como contratransferencia (cómo me hace sentir el objeto) ejemplifica el valor decisivo de la relación.

Estos avances nos ofrecen una vía de entrada a la discusión del concepto de relación de objeto.

Relación de objeto

Se puede decir que el psicoanálisis afirma la preeminencia de la relación desde el momento en que sostiene que el sujeto requiere de un objeto para alcanzar sus fines, aseverando incluso que ese objeto podría ser tanto uno mundano como uno imaginario, como ocurre en la satisfacción alucinatoria. Freud ocasionalmente llega más lejos, como cuando dice que “En la vida anímica del individuo el otro cuenta con total regularidad (...) y por eso desde el comienzo mismo la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato pero enteramente legítimo.” (Freud, S. 1920)

No obstante ello, Freud también habló de un narcisismo primario (Freud, S. 1914) y también sostuvo la existencia de un estadio anobjetal (Freud, S. 1905), (aun cuando señale que el sujeto podía tomarse a sí mismo -narcisismo- o a su cuerpo – autoerotismo- como objeto).

Quizá nos ayude el atender las diferencias en cuanto al objeto, al sujeto y a la relación, dado que pueden estar en juego conceptos diferentes a pesar de recibir un mismo nombre.

Hay diferencias acerca de qué se considera “objeto”. El objeto al que remite Freud (y también buena parte de los autores psicoanalíticos) es el objeto mundano, sea el ente -persona, cosa u otro; pero al lado de esta residencia del objeto el psicoanálisis considera otra, el mundo interno, con relación al cual “objeto” es entendido como lo que tiene *lugar* de objeto en la relación, lugar por su función, la de ocasión de que se cumpla un cierto fin.

También hay diferencias en cuanto al sujeto. En particular la consideración quizá más típica entre las que propone Freud (sujeto volcado a cumplir con las demandas de sus impulsiones) fue radicalmente discutida por Fairbairn (Fairbairn, W.R. 1944). Para el olvidado psicoanalista escocés la impulsión orientada a calmar tensiones internas es, antes que nada, *buscadora de objetos*, por lo que ella (y el sujeto) apetece la relación, a lo que Klein agregará que la relación no es ocasional, sino consubstancial al sujeto.

Por último se hace necesario *diferenciar entre modos de relación*. Expresiones como vínculo o relación (hablando de relación *entre* o *con*) apuntan a intersecciones entre sujeto y objeto mundanos. Por ejemplo, acerca de *vínculo*, se dice que “es una organización inconciente constituida por dos polos (dos yoes, descrito desde un observador virtual, o un yo y un otro, visto desde sí mismo) y un conector o intermediario que los liga.”(Pachuk, C. Friedler, R. 1998)

¿Cuál es entonces el valor de la relación?

Algunos autores recuerdan la diferencia conceptual (Moguillansky, R. 1996; Merea, C. 1998) entre vínculo y relación de objeto y plantean que la primera habla de

relaciones interpersonales (es decir, mundanas), mientras que la relación de objeto habla de relaciones intrapsíquicas, las que transcurren como fantasías inconcientes propias del mundo interno.

Pero cualquiera sea el plano que podamos atender, el mundano o el interno, todo sujeto forma un par con algún objeto -mundano, imaginario, o como sea- y si hay algo como un yo es porque hay algún no-yo, y el hecho de la centralidad de la relación parece incuestionable.

Ahora bien, mientras el término “relación” (o vínculo, o relación con) habla de intersección *entre* dos actores ya definidos y unidos por un conector, **“relación de objeto”** *menta el todo, a partir del cual sujeto y objeto toman definición* (y, como veremos, todavía se puede ir más lejos y sostener que el ser de cada uno se gesta en la relación de objeto). Se establece así una fuerte diferencia entre considerar un ser ya hecho que interviene en una relación y un ser que sólo se define en una relación -al modo de lo que se anotó antes respecto de la percepción.

Si bien es cierto que los sujetos llegan a la relación de objeto con *algo*, “una” historia -que llega a ser una entre las varias que pueden armar-, con un cierto *dado*, este *dado* no es sino virtualidad y sólo se define al cobrar actualidad (lo transferido) y sólo se actualiza cursando relaciones de objeto. (Parafraseando a Croce, en psicoanálisis también toda historia es historia contemporánea.)

Es claro también que una relación de objeto actual no agota el ser de cada uno.

La persona en que encarna el sujeto (ser escindido, como veremos) no puede participar entera en cada relación, ella excede lo que pone en juego en la relación actual; pero ese exceso de ser queda posicionado de un cierto modo respecto de la relación actual: como lo excluido (que alude al tercero) y como posibilidad de retoma.

En ese ámbito resulta que al ser del sujeto le es esencial el objeto: aquel no sabe de sí fuera de alguna forma de relación -imaginaria o real- y esta coexistencia es tan radical que Melanie Klein sostiene (Klein, M., 1948) que las relaciones de objeto existen desde el comienzo de la vida, desde que hay algo que llamamos humano, y que persisten a lo largo de la existencia de algo que llamamos humano.

El lugar del objeto

En los vaivenes que presenta la historia del psicoanálisis puede anotarse que la noción de objeto había cobrado también otro relieve en sus comienzos, a partir de que Freud des-encubriera la transferencia: el analista aceptaba encarnar el objeto del paciente y no ser, para el paciente, quien el analista creía ser “realmente”; reconocía que hay un *malentendido* que lleva a que el paciente tenga una “percepción deformada” del analista a quien configura como objeto, y tal objeto deviene lo “real” para el paciente. Freud reconoció que no debía “corregir” ese malentendido, sino más bien dejarlo ser para poder comprenderlo en la vida del paciente, y lo hizo tomándolo como reedición de algo ya vivido.

El texto “Duelo y Melancolía” marcó otro paso hacia el reconocimiento del valor central del objeto en la definición de sí del sujeto. En el duelo tienen un lugar privilegiado las identificaciones del sujeto con sus objetos; el objeto perdido es restablecido en el yo, “alterando” el cómo era el yo antes de ese restablecimiento. Freud sigue por este camino con el énfasis en el super yo, que instituye en la interioridad los objetos edípicos abandonados, y aun cuando estos mantengan dentro del sujeto cierta amenidad (por lo que el super yo se puede oponer al yo), ellos contribuyen a la forma que toma el yo.

Freud utiliza muy contadas veces la expresión “relación de objeto” (Malestar en la cultura y Sobre la sexualidad femenina)(Freud, S. 1930, Freud S. 1931) y más bien tiene en vista lo que podemos llamar relaciones *con* un objeto, ya que ambos, el sujeto (que sabe qué es lo que lo mueve, qué quiere obtener para que algo se modifique en él) y el objeto (definido por su capacidad “objetiva” de satisfacer el requerimiento del sujeto) aparecen con un ser propio, definido antes de la relación.

Fue en Budapest, hacia fines de la década de los años 20, y entorno a Ferenczi, Balint y otros, que comenzó a desarrollarse el concepto relación de objeto, el cual adquirió importancia creciente en particular en el ámbito de la llamada “Escuela inglesa” que la orientación kleiniana integró. Este desarrollo fue paralelo al que ocurría en el panorama general de las ideas, como señalamos antes.

El objeto *configurado*

Ingresemos a la sesión de psicoanálisis. El sujeto cuenta cuanto le pasa, y lo que le pasa se articula como ocurriéndole con objetos, los que suelen estar encarnados por -y estar bautizados con el nombre de- personas, las que son el soporte del objeto, como lo es el analista en el caso de la transferencia. Por lo tanto, lo que dice del objeto no lo está afirmando acerca de un personaje mundano, sino de una creación del sujeto.

¿Qué sabemos de esos objetos y cómo lo sabemos? Pues *sólo* por la presentación que de ellos hace el sujeto: él los configura y lo hace *para* el analista, tan *para* que hasta procura *convencerlo* alegando pruebas de que ellos son *realmente* tal como los presenta.

Por principio (porque no nos corresponde tomar el lugar de quien intenta una observación objetiva ni dictaminar), ni sabemos ni averiguamos y más bien nos perturba conocer la persona en quien se encarna el objeto, ni interesa lo que un tercero nos diga de ella o lo que ella diga de sí. Nos interesa en cambio lo que el sujeto dice, su fantasía - que no es “deformación de la realidad” sino modo de presencia real en su mundo privado- y tomamos su presentación del objeto como una *configuración* hecha por el sujeto, la que dota al objeto de ciertas cualidades o condiciones, y asumimos que la cantera de la que han sido tomados esos rasgos es lo propio del sujeto: es una configuración hecha por atribución, por proyección. Pueden ser rasgos que el sujeto no admite como propios, y en ese caso el objeto y el sujeto se configuran como opuestos (el sujeto como no teniendo lo que encuentra en el objeto).

Sabemos que este objeto es por varias vías una *parte*, que hay aquí una doble escisión (lo que el sujeto escinde de sí y proyecta, y lo que escinde de la persona para configurarla como objeto). El objeto resulta ser a un tiempo la total ajenidad y la total identidad con el sujeto, pero para el sujeto esta tarea de configuración es inconciente y defiende su resultado rechazando (resistencia) saber (integrar, hacer conciencia) otra cosa acerca del objeto, y de sí mismo. Desde que lo hallado en el objeto es lo propio, decimos que tiene lugar una *relación espejada* (Paciuk, S. 1977).

Que se trate de una proyección no obsta a que ciertas cualidades que el sujeto presenta como del objeto puedan, para un observador, estar presentes también en la persona que encarna al objeto: la operación de la proyección no desaparece, puesto que es diferente cómo encaran la situación un observador y el sujeto. Por ejemplo, la proyección existe cuando frente a un rasgo del objeto el sujeto se ocupa de definirlo y mantenerlo, y ese rasgo funda un marco denigratorio para la relación, o lleva a entablar una relación que toma la forma de la persecución, en la que el sujeto se constituye como víctima que denuncia -combate- al perseguidor.

Me permito presentar un breve ejemplo de esta situación en palabras de una paciente: “Hace poco fue la primera vez que me di cuenta que yo estaba celosa de

alguien. Fue con una amiga, a la que siempre critiqué por ser celosa. Antes estaba segura de que nunca sentí celos. Es feo, no me gusta tener ataque de celos. Me da rabia, bronca. Me pongo histérica y reclamo todo. No me gusta que ella tenga más amigos que yo, o más nada que yo. Me hace sentir mal reclamar por una pelotudez así, que si me la reclaman a mí, yo me enojo”.

Hasta aquí hemos considerado un momento de lo que Melanie Klein (Klein, M. 1948) describió como el proceso de la posición esquizo paranoide, por hacer particularmente visible la textura de la relación de objeto; al servicio de esa visibilidad de la estructura de la relación hemos dejado de lado otros elementos que integran la posición -angustias, defensas, etc.-, si bien corresponde anotar que la estructura esquizo-paranoide sólo se vuelve visible desde una perspectiva de posición depresiva (el “darse cuenta” de la paciente).

El objeto *constituido*

Recapitulemos. Hablamos de proyección y de objetos y también de personas definidas por un sí mismo o un ser propio que la proyección, activamente, des-conoce. Ahora varios de estos conceptos son puestos en cuestión por la formulación del concepto de identificación proyectiva (Klein, M. 1946), el que nos lleva más allá de la proyección conceptualizando otra modalidad de relación de objeto, una que pone el acento en la *realización* y que se sustenta en la fantasía del sujeto de “entrar” en el objeto controlándolo al punto de dar lugar a la fantasía de ser su *hacedor*. De tal modo pasa a residir en el sujeto la condición de la realidad del objeto: el sujeto se vive como habiendo predeterminado las posibilidades e imposibilidades de ser (lo que será, lo que no podrá ser) del objeto. En otros términos, diremos que el sujeto *constituye* al objeto.

La creación del concepto de identificación proyectiva representa un cambio de paradigma: para el sujeto aquello que es el objeto pasa a ser su factura, un arte-facto. Mientras en la proyección lo afirmado acerca del objeto puede quedar en el “pienso”, la identificación proyectiva se instala en el “*hecho*”. Mientras en la proyección el ente en que se encarna el objeto oficia como superficie, como siendo un maniquí del que el sujeto cuelga un disfraz, en la identificación proyectiva se trata de un objeto que tiene “interior”, el que es ocupado y colonizado por el sujeto. Es decir, la identificación proyectiva recuerda que en la relación de objeto se presume que en el objeto anida en silencio *algo diferente* de aquello que el sujeto asegura que es lo propio del objeto, algo a lo cual el sujeto intenta desterrar y sustituir por un ser en correspondencia con él.

Pero obsérvese que estamos hablando ya de un “interior” en el objeto, con lo cual se está estableciendo un puente con otro sujeto que estaría existiendo en el lugar del tenido como objeto.

Si la identificación proyectiva “hace” al objeto ¿cómo ocurre este acto de magia?

¿Cuál puede ser el asiento de esta fantasía de hechicería? Diremos que lo son las palabras y el trato al objeto, cabalgando sobre el afecto que es la atmósfera en que transcurre la vida humana. (Paciuk, S. 1984)

Relación habla de un sujeto afectable por otro y que también puede, a su vez, afectar a otro. ¿Cómo es esa afectividad? En el contexto clásico, el afecto presenta a un sujeto en contacto sufrido con el mundo; y mundo nombra lo capaz de afectar, sean personas o cosas. Lo afectivo resultó así ser la parte de la respuesta (relación por lo tanto) que se manifiesta como fantasía que da cuenta de un clima interior, cuyo tono en ciertos momentos de la obra de Freud se ubica en la escala placer-displacer y es el correlato de la intensidad de los estímulos.

Pero el afecto no sólo se hace eco de actos de otros sino que, sobre todo, aparece anunciando el sesgo de la situación que se vive; por ejemplo, insinúa intenciones o aquello que puede sobrevenir. El afecto *da a entender* acerca de lo amenazante y lo favorecedor, da al sujeto un conocimiento que toma la forma de fantasía, e instala una segunda clasificación, ahora en la escala del amor odio.

Partimos del afecto que es efecto sufrido por un sujeto pasivo y debemos ver que la acción sufrida a su vez *mueve* al sujeto, es e-moción: un cambio en el mundo incita a un cambio (angustia) en el sujeto (le recuerda que es afectable, blanco de vicisitudes que no domina); cambio que a su turno incitará a que el sujeto promueva un cambio en otros sujetos, o en el mundo. El afecto hace al sujeto agente y anuncia la dirección que tomará su acción: amar no es constatar un sentimiento, sino anunciar que el actor habrá de alentar en sí mismo aquello que lo hará amable a los ojos del objeto y es así que se pro-moverá en el objeto amor hacia el actor (en términos de Freud, lo carga, lo inviste).

Por supuesto, se trata de pro-mociones (que ofrecen opciones) y no de reflejos ni de causas y efectos; se trata de dar al otro motivos para moverse en la dirección que propone (que pone delante o dentro del otro) el sujeto.

Confundida con el afecto, la identificación proyectiva promociona en el objeto modalidades de ser y de relacionamiento, sentidos para el curso de la relación. Pero debe tenerse en cuenta que lo que el sujeto mociona en el objeto es hasta cierto punto ambiguo, que presenta opciones y que sólo llega a tener definición por la respuesta del objeto; respondiendo el objeto “elige” qué y cómo lo afecta.

Es pertinente retomar ahora el hecho de que la identificación proyectiva tiene en vista y se dirige a un “interior” del objeto, interior definido por ser lo que el sujeto no posee; lo es para decir que con ello la teoría está reconociendo que el objeto deja de ser pura exterioridad. Con este giro el sujeto aparece como que no accede a *todo* el objeto y como saturado por la sospecha acerca de qué se guarda el objeto.

La identificación proyectiva supone intentar que se ilumine ese interior, meta a la que puede llegar por el control y la constitución. Pero es más aun, la misma identificación proyectiva se ocupa de hallar las confirmaciones acerca de que esa iluminación se logró y las obtiene por una doble vía, promoviendo una forma de ser confirmatoria en el objeto y desalentando o excluyendo (negación) cuanto pudiera desmentir o cuestionar el ser que el sujeto “introduce” en el objeto. La identificación proyectiva ahuyenta esa sombra de un interior desafiante, ahuyenta el para sí del objeto, para sí que a un tiempo oculta al tercero y que niega la negación que lo hace objeto, con lo cual el objeto se des-encubre como *otro* del sujeto y coloca al sujeto ante la relación edípica (temprana, permanente), entorno de toda la situación.

De modo que en este marco esquizo paranoide la presunción de un interior en el objeto desemboca en acentuar la necesidad de *ocupar* al objeto, de hacerlo plenamente objeto. Lo cual puede ser un buen argumento para comprender la relación de objeto típica de la posición esquizo paranoide como estructurada en torno a la identificación proyectiva y no a la proyección.

El objeto aparece ahora como un sujeto cuya condición de sujeto -su interior- es ahogada y en el análisis del sujeto surge que el modo de ser el objeto (que suele motivar su queja) es el que busca, apetece, necesita, conviene al sujeto (para satisfacer su impulsión o para trabajar su angustia).

Pero además, por la misma vía por la que constituye al objeto, el sujeto se constituye a sí mismo, por cuanto se dedicará a cumplir con su tarea de hechicero, creando un cierto objeto, y luego viviendo para mantenerlo como ese tal objeto.

Pero preso de esta dialéctica, ¿qué especie de sujeto resulta ser este que vive para el objeto? ¿No habíamos partido de la situación inversa, en que el objeto vivía para el sujeto soberano?

El sujeto es un objeto

En este recorrido hemos dejado en la sombra a ése que está en tratos con el objeto, al sujeto de la relación de objeto. Vayamos a su rescate retomando la cuestión relativa a con qué versión del psicoanálisis trabajamos, porque en lo que atañe al sujeto también nos acosa el prejuicio de lo mundano que nos inclina a poner a la persona, al ente, en el lugar del sujeto (de la fantasía, de la relación de objeto). Así como lo llamado objeto se desdobra, así también pasa con lo llamado sujeto y el sujeto mundano no equivale al sujeto del mundo interno. Hablamos de sujeto del mundo interno y no de persona, sujeto mundano; este sujeto está descentrado y es parcial respecto de la persona y ya en este sentido el sujeto del mundo interno es un objeto.

Privilegiamos al sujeto cuando en el análisis tomamos su punto de vista, y lo hacemos porque en el psicoanálisis interesa verlo en cuanto actor de su peripecia, no en cuanto mero destinatario o producto de las acciones de otros, hipótesis que es precisamente la que el paciente trae y que se articula en una historia en la cual dice -y él entiende que prueba- que lo que le pasa es el resultado de lo que le hicieron o le hacen.

Recordemos que Freud no presenta al yo como totalidad sino como escindido, y que en una relación lo que entra en juego del sujeto es siempre una parte en relación con un mítico todo.

Pero, ¿es correcto decirlo de ese modo? Ese modo no tiene en cuenta los hechos, porque, en un sentido, tanto objeto como sujeto son totales en cada momento de la relación de objeto; ellos son lo que están siendo.

Es decir, son totales de hecho, pero al mismo tiempo son parciales de derecho: son parciales para un observador, para el sujeto en otro momento, o cotejados con la persona en quien se encarnan. Ser parciales significa que “exceden” lo que entra en juego en una relación: ambos tienen en reserva otras relaciones en las que participan, contemporáneamente o no, y en las que juegan otros aspectos de su ser.

De modo que, al igual que en el objeto, el cómo resulta ser el ser del sujeto de la relación de objeto se define por lo que de él -la parte- se juega en la relación.

Conviene anotar aquí que el ser parcial no tiene la misma significación en la percepción y en la relación de objeto: mientras lo que excede la actualidad es accesible en la primera, en la segunda el acceso a lo que está más allá de la “parte” del sujeto o el objeto está trabado por la “defensa”.

Pero... El objeto objeta

De modo que el sujeto, en ejercicio de su *soberanía*, puede negar en el objeto lo que lo revelaría como otro sujeto.

Ante un abordaje que atendiera “el problema del otro”, el objeto representaría a un sujeto degradado, negado -no reconocido-en su condición de sujeto, ignorado en su esencial alteridad; y en relación a esto parecen encontrarse dos puntos de vista diferentes. Desde el ángulo de la relación de objeto, el sujeto pretende imponerle que sea un mero “funcionario” vivo para cumplir su tarea y muerto para toda otra vida; (Paciuk, S. 1984 b) para el punto de vista que sostiene que el psiquismo se orienta hacia

el placer, se presenta al objeto como lo que sería capaz de ofrecer al sujeto la ocasión de esa completa satisfacción (mítica e irrealizable).

¿Negación hasta qué punto? La relación de objeto vive en una angustia -una tensión, una angostura- que se despliega entre la meta y el logro, entre el haber *hecho un objeto* y lo que hay de sujeto en el objeto, lo que ha sido escindido y negado por el sujeto-que, por lo tanto, subsiste y pugna por volver y que de continuo el sujeto debe alejar.

La tensión recuerda que el objeto mantiene vivas sus raíces y que le es inherente la condición de objetar por la cual, para el sujeto, el objeto guarda la capacidad de negarse al requerimiento del sujeto sea en cantidad, calidad u oportunidad. Pero lo que angustia no es la falta del alimento, sino que esa falta haga patente que el objeto sigue siendo sujeto.

De modo que el objeto “contiene”, mantiene latente un irrenunciable desacuerdo -el conflicto- con el sujeto manifestado como angustia. Precisamente, en la raíz del vocablo “objeto” está el que sea lo que objeta, ser el no-yo del sujeto, ser lo arrojado delante del sujeto, aquello con lo cual el sujeto tropieza (en el sentido del *Gegenstand* del alemán): enfrenta al sujeto en lo que guarda de objetor y de obstáculo, pero en ello es que también anida en el objeto su condición de sujeto.

Por otro lado, que el objeto pueda aparecer como del todo complaciente y acordar a la perfección con lo que le requiere el sujeto -siendo dócil ante su demanda voraz- no deja de ser una simplificación. Precisamente porque el objeto es el resultado de haber sido *hecho objeto*, el sujeto no tiene certeza acerca de si ha obtenido el total de la satisfacción esperada (vaciar al objeto, hacer que entregue todo), y si la tuviera, para el sujeto ello no dejaría de entrañar una cierta violencia al objeto desde que éste podría no acordar con el vaciamiento.

En otros términos, deberíamos decir que mientras el sujeto pretende que el objeto sea solo *para-el-sujeto*, en el objeto permanece un *para-sí* (un marco edípico) que anuncia un *para otro*; hay un sujeto que es *otro*. El sujeto lo barrunta y por ello la negación del sujeto que anida en el objeto es una tarea permanente, no un acto que se cumple de una vez, y a esa tarea el sujeto debe dedicar parte de su propia vida. El sujeto se convierte así en un objeto del objeto, es decir, del sujeto que en alguna medida se convirtió en el objeto que el sujeto pretende.

Hemos recorrido un sinuoso camino que nos ha llevado desde considerar un objeto que se define como tal *sólo* por satisfacer el requerimiento del sujeto, a un objeto que para el sujeto se define como tal en la medida en que está *solo*.

Concluyendo, objeto resulta ser una primera forma de presencia del otro, un otro a quien la ley del sujeto impone ser sólo para el sujeto, objeto cuyo para-sí y cuyo para-otro son negados y que por lo tanto está privado del tercero, de lo que lo instituye como sujeto, como otro. A pesar de ello, es claro que este objeto nunca deja de entrañar un otro y que se podrá revelar como alteridad -como negándose al sujeto, por ejemplo- en lo esquizoparanoide, o como objeto “total” -lo que entre otras cosas significa “unido al tercero”- en la posición depresiva.

Volviendo a la cuestión planteada al comienzo de este trabajo relativa a con qué versión del psicoanálisis trabajamos, digamos que al diferenciar objeto y persona no se trata de expulsar del psicoanálisis a la persona, sino de descubrir cómo el sujeto y el objeto pueden devenir alteridades en el marco del proceso de las relaciones de objeto.

Queda para el psicoanálisis lo que resta de la tarea: el proceso de integración del sujeto (superación de las escisiones) y de sus relaciones de objeto en el sujeto mundano. Una tarea de edificación de la persona.

De objeto a sujeto

En las consideraciones acerca de la relación de objeto hemos partido de un objeto parcial, configurado o constituido por el sujeto y que debía ser puro objeto, sin trazas de un otro, de un sujeto. Pero lo que hemos ido encontrando es que cualquiera fuera nuestro acceso al objeto, este aparecía “contaminado” por *contener* un sujeto y, lo que le es concomitante como sujeto, un tercero. Y que el trabajo de escisión y negación de esta alteridad imponía al sujeto una fuerte renuncia a su propio ser como sujeto. Todo un juego de espejos.

La relación de objeto pone en evidencia que el acceso a la alteridad no se da de entrada y en bloque, sino que reconoce pasos y matices que se pueden ordenar en un proceso en el que podemos reconocer los momentos que Klein (Klein, M. 1948) llamó posiciones. Y pone en evidencia también que la alteridad no está al final de un camino sino que esos pasos “anteriores” a su reconocimiento en lo que el sujeto tiene por objeto, muestra ya las formas de presencia y relación con la alteridad.

Entre sujetos hay unidad y hay diferencia, el objeto es otro y es como el sujeto. El término otro tiene dos vertientes: analogía (otra cosa, más de lo mismo) y diferencia (otro como yo, pero divergente, ya que toma otro camino) y es otro a partir de ser reconocido.

En todo este planteo el otro -manifestado como objeto o como sujeto- aparece como *condición* de la propia vida, en una relación de inherencia, y la historia de sus relaciones de objeto es su propia historia. El otro, la alteridad, es aquel por cuyo motivo toma cuerpo cada uno, por lo cual la relación de objeto reconoce e instauro, en el campo del psicoanálisis, una dimensión social del ser que, como se recordó antes, había sido reconocida por Freud. (Freud, S. 1920).

Así, pues, lo que llamamos objeto concreta una de las formas de presentarse o ser tomado el otro por parte del sujeto, y el proceso que allí se inicia (centrado en la escisión y en la integración) puede llevar a otro momento, en que el objeto es reconocido como alteridad y el sujeto espera del otro igual reconocimiento, de modo que puede hablarse de un proceso que lleva de objeto a sujeto en ambos.

Comprender en una teoría

¿Atomismo? ¿Relación? ¿Vínculo? ¿Relación de objeto? ¿Relación de objeto desde cuándo? ¿Se trata de “realidades” o de estructuras de la comprensión? En todo caso, todas estas opciones, en principio contradictorias, parecen estar vigentes en el campo del psicoanálisis.

Páginas atrás se señaló que mientras Freud postulaba un narcisismo primario y la ausencia de objeto (y de relación de objeto) en cierto período -inicial- de la vida, Klein era enfática al sostener que: “La hipótesis de que las primeras experiencias del lactante con el alimento y la presencia de la madre inician una relación de objeto con ella, es uno de los conceptos básicos presentados en este libro.” (Klein, M. 1952, pág. 178). Yendo un poco más lejos, digamos que “relación de objeto” representa un sistema de comprensión abierto al hecho del otro frente a lo cual el aparato psíquico freudiano en tanto centrado en la impulsión, aparece como un sistema cerrado a la alteridad (o apuntando sólo a una de sus formas, el objeto de la pulsión).

¿Qué valor debemos dar a estas discrepancias?

Podríamos aventurar una primera respuesta diciendo que en el plano de la teoría, parecen estar en juego diferentes antropologías (Paciuk, S. 1981, 1985). La afirmación

del narcisismo como primario parece responder a una tradición de pensamiento atomista, una hipótesis que muestra puntos cuestionables. Uno de ellos podría formularse así: si se sostiene que el objeto no está desde un comienzo, será muy difícil explicitar qué es lo que puede llevar a que el objeto ingrese luego a la vida del sujeto y cómo puede hacerlo.

Desde otro ángulo, y si lo anobjetal se refiere al objeto mundano, la hipótesis contradice los hechos, ya que precisamente son el recién nacido y el bebé quienes más dependen y necesitan perentoriamente de otros -dada su incapacidad para sobrevivir sin su auxilio- y para ellos el objeto, la relación, es todo. Además ¿la pulsión *sabe* qué es lo que demanda antes de ser satisfecha? ¿No es acaso a partir de la experiencia de satisfacción que ella puede definirse?

El punto de vista de Klein abona en el sentido de considerar como concomitantes lo que llamamos sujeto, una vida humana, y sus relaciones de objeto. Sostener que hay relaciones desde el comienzo de la vida ¿acaso no equivale a decir que las hay *siempre*?

Pero entonces ¿debe hablarse de dos psicoanálisis, el que atiende las relaciones de objeto y el “centrado en el individuo aislado”? (Chemama, R.).

Digamos primero que es un mismo psicoanálisis, de lo que el individuo tiene de inaccesible para sí mismo, sus fantasías inconcientes, su mundo interno.

Segundo, que si bien como teorías las diversas concepciones mencionadas pueden ser vistas como excluyentes entre sí, una consideración detenida nos muestra que el atomismo (o lo anobjetal) hablan del objeto mundano (la persona), y que el atomismo también puede ser considerado como un momento sostenido por la fantasía de prescindir del objeto de modo que tras la(aparente) ausencia de objeto mundano, en la trama inconciente tiene lugar una relación de objeto que es “defensa” y ataque, en la cual el objeto mundano es repudiado.

Desde este punto de vista, diríamos que las formas del atomismo se comprenden en lo esquizo paranoide (Klein, M. 1952) como relación de objeto, y que esta permite también comprender en otro marco la impulsividad. Así, por ejemplo, la voracidad puede ser vista como expresión de una fuerza interna redoblada, o bien, en el marco de la relación de objeto, como un intento de solución a un conflicto y a su ansiedad, solución que procura la posesión ilimitada del objeto vaciando su “interior”, lo oculto; de modo que el objeto no tenga para sí y que no sea de otro. Ello supone que el conflicto -la ansiedad- que se “soluciona” es la fantasía en la cual el objeto puede tener a un tercero (situación edípica); un camino que lleva a ubicar la situación en el campo de la envidia.

Pero de una forma u otra y como vimos antes, ese interior del objeto está siempre presente. Ni el recorte (esquizo) que configura al objeto, ni la ocupación que constituye al objeto son exitosas; siempre dejan lugar a la sospecha (paranoide) acerca de que en el objeto anida un otro, y que lo pretendido como objeto se une a un tercero -tercero que es precisamente aquel por el cual el tal objeto se rescata como otro.

La peculiaridad de la relación de objeto como estructura de comprensión, consiste en que incluye al sujeto y a sus objetos en una historia, una narración, a la que llamamos fantasía, que muestra los momentos del proceso dialéctico que siguen las relaciones de objeto. Y bien, volviendo al inicio de este trabajo, es precisamente por ofrecer una comprensión mas abarcadora que decimos que la hipótesis que afirma la centralidad del objeto y la validez de la relación de objeto como estructuras de la comprensión aparecen como un momento particularmente significativo en el desarrollo del psicoanálisis.

Resumen

¿Qué implica “relación de objeto”? No habla de “relación *con* un objeto”, ni de personas en relación, sino que es coextensivo con lo “humano”: y dice que sujeto supone objeto. Ambos son parciales (escindidos) y cambian tanto como la relación de objeto en la que se involucran y hasta se puede decir que la relación los “genera”. La escisión en el objeto (escisión de su apertura a un tercero) niega su condición de sujeto; pero el objeto objeta al sujeto y nunca se pierde el misterio de su “interior” y en la tarea de aclararlo haciéndolo objeto el sujeto gasta su vida y se vuelve objeto del objeto. Lo pulsional (y el atomismo) y la relación de objeto pueden entenderse como antropologías excluyentes o bien como que una es un caso particular de relación de objeto. Ello nos pone frente a los niveles de la comprensión, resultando la relación de objeto una más abarcadora.

Summary

Horizons on object relation

Saúl Paciuk

What does “object relation” involve? It does not imply the “relation with an object” nor persons in a relationship. It is applied to humanity and refers to the idea that “subject” includes an “object”. They are both partial (both are split) and both change as the object relation in which they take part. We can even say that the relation creates them. The splitting of the object (splitting of its opening up to at hird one) denies its condition as a subject; but the object objects the subject and never misses the mystery of its “inside”. And while clarifying it by making it an object, the subject consumes its life and becomes object of the object. The drive (and atomism) and object relation can be understood as excluding anthropologies, or as one being a special case of object relation. This faces us to the levels of understanding and in this way object relation becomes widespread.

Descriptores:

**RELACIÓN DE OBJETO / OBJETO /SUJETO/
OBJETO INTERNO /OBJETO EXTERNO /
MUNDOINTERNO**

Bibliografía

- ABBAGNANO, N. (1961).- *Diccionario de filosofía*. México, F.C.E. 1998
- BALSAS, H.- *Aposición de sustantivos*. Inédito.
- BARANGER, W. y cols. (1980).- *Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis*. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- BIENVENUE, J. P. (1995).- La relation d’object et la rencontre analytique.*Trans. Revue de Psychanalyse*, Eté 1995.
- OUCHARD, M-A. (1995).- La relation d’object et la structure psychique.*Trans, Revue de Psychanalyse*, Eté, 1995.
- CHEMAMA, R.- *Diccionario del psicoanálisis*. Bs. Aires. Amorrortueditores, s.f.

- ETCHEGOYEN, H. (1985).- Las vicisitudes de la identificación. En: *Libro anual del psicoanálisis*. No. 1, Ed. Ausonia, 1986.
- ETCHEGOYEN, H. (1986).- *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Bs. Aires, Amorrortu Editores.
- FAIRBAIRN, W. R (1944).- Las estructuras endopsíquicas consideradas en términos de relaciones de objeto. En: R. Fairbairn, *Estudio psicoanalítico de la personalidad*, Bs. Aires. Hormé, 1966.
- FREUD, S. (1905).- Tres ensayos para una teoría sexual. O.C., Bib. Nueva, T. IV
 ————— (1914).- Introducción al narcisismo. O.C., Bib. Nueva, T. VI
 ————— (1915).- Las pulsiones y sus destinos, O.C., Bib. Nueva, T. VI
 (1920).- Psicología de las masas y análisis del yo. O.C., Bib. Nueva, T. VII
 (1930).- El malestar en la cultura. O. C., T. XXI. Bs. Aires. Amorrortu editores 1996.
 ————— (1931).- Sobre la sexualidad femenina. O. C. T. XXI. Bs. Aires, Amorrortu editores 1996.
- HEIDEGGER, M. (1927).- *Ser y tiempo*. México, FCE 1952
- HINSHELWOOD, R. D. (1989).- *Diccionario del pensamiento kleiniano*. Bs. Aires. Amorrortu editores, 1992
- KLEIN, M. (1946).- Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. En: M. Klein, *Desarrollos en psicoanálisis*. Bs. Aires. Hormé, 1967.
 ————— (1952).- Algunas conclusiones relativas a la vida emocional del lactante En: M. Klein, *Desarrollos en psicoanálisis*. Bs. Aires. Hormé, 1967.
- LAPLANCHE, J. PONTALIS, J.B. (1973).- *Vocabulaire de la Psychanalyse*. París. PUF, 1973.
- MERLEAU-PONTY, M. (1945).- *Fenomenología de la percepción*. México. F.C.E. 1957.
- MEREA, C.- Teorías del Vínculo. En: *Zona erógena*, N° 28, 1996.
- MOGUILLANSKY, R.- Contribución a la mesa redonda "Relación de objeto y/o vínculo". *Boletín científico de APdeBA*, N° 1. 1998.
- PACHUK, C., FRIEDLER, R. (coords.).- *Diccionario de psicoanálisis de las configuraciones vinculares*. Buenos Aires, 1998. Ed. del Candil.
- PACIUUK, S. (1977).- Actuar, hablar, identificar. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, N° 56.
 ————— (1981).- Melanie Klein: El giro en la antropología. *Rev. Psicoanálisis*, N° 2-3.
 ————— (1984 a).- De relaciones y mediaciones. *Revista. Uruguay de Psicoanálisis* N° 62.
 ————— (1984 b).- El tiempo congelado del muerto-vivo. *Revista Relaciones* N° 5.
 ————— (1985).- Los sistemas de Freud y Klein: represión y escisión. *Revista Relaciones* N° 13.
 ————— (1996).- Psicosis y transferencia. En: Paciuuk, S. (comp) *Psicosis de transferencia*. Montevideo. Ed. Roca Viva.

Comentarios a “Horizontes de la relación de objeto”

*Guillermo Bodner*¹

El trabajo “Horizontes de la relación de objeto”, publicado en este volumen es una reflexión exhaustiva sobre un concepto básico en el pensamiento psicoanalítico. Considero que la tarea de clarificación conceptual es inseparable de la clínica y una condición necesaria para la escucha, la comprensión y la interpretación. Los diferentes aspectos revisados en el trabajo, nos invitan a pensar las nociones clásicas a la luz de problemas actuales.

La lectura del artículo me ha sugerido algunos comentarios, empezando por la cuestión terminológica. Creo que la expresión “relación objetal”, es la más adecuada, no sólo porque traduce con fidelidad las versiones inglesa y alemana originales, sino porque es más específica del vocabulario psicoanalítico y de fenómenos singulares como el insight.

Por otro lado quisiera hacer algunas reflexiones a partir de la idea “La relación de objeto pone en evidencia que el acceso a la alteridad no se da de entrada y en bloque, sino que reconoce pasos y matices que se pueden ordenar en un proceso en el que podemos reconocer los momentos que Klein llamó posiciones.” En efecto, considero que este acceso a la alteridad, transcurre según las vicisitudes de las posiciones y se desarrolla a través del insight.

Es importante diferenciar el objeto de la experiencia sensible (objeto “mundano”) del objeto de un tipo especial de experiencia subjetiva como es el insight psicoanalítico. Este objeto psicoanalítico comparece de modo fugaz en la toma de conciencia de una experiencia subjetiva inconsciente, de uno mismo o de otro.

Como señala el artículo, el objeto fue esbozado por Freud en el marco de su teoría de las pulsiones y más tarde, redefinido a través de las vicisitudes de la identificación, especialmente en “Duelo y Melancolía” y en “El Yo y el Ello”. Los trabajos de Klein, toman como referencia esta última versión y es respecto de ella que esboza el perfil de “*su objeto interno*” como hallazgo clínico y conceptual

El trabajo de Melanie Klein puso de manifiesto que el niño juega con sus objetos, pero incluyendo a la persona del analista en la dramatización de sus fantasías. Los objetos con los que el niño juega son objetos vivos, a quienes le atribuye sentimientos y motivaciones, lo que marca una diferencia respecto de la simple descarga pulsional sobre objetos pasivos.

Ya en 1939, ante la inminente llegada de Freud a Londres y un par de años antes de las “Discusiones controversiales”, Klein y sus discípulos se reunían para clarificar ante sí mismos y sus colegas, las elaboraciones que los diferenciaban de los postulados de Freud. Este grupo, de existencia breve y privada, se autodenominaba “grupo de los objetos internos” lo que pone de manifiesto la importancia de este concepto en la génesis del pensamiento kleiniano (Hinshellwood, R. 1997).

¹ *Sociedad Española de Psicoanálisis. Josep Irla i Bosch 2, 7-2, 08034 Barcelona, España. E-mail: gbodner@intercom.es*

En unas notas no publicadas, M. Klein señalaba: “El psicoanálisis de niños pequeños, me condujo a usar un término que no ha sido encontrado aceptable y suficientemente claro para muchos de mis colegas. Es el término ‘objetos internos’ y objetos ‘buenos’ y ‘malos’.” Y más adelante: “Mi razón para preferir este término a la definición clásica de ‘un objeto instalado en el yo’ es que el término ‘objeto interno’ es más específico porque expresa exactamente lo que el inconsciente del niño y por lo tanto las capas profundas del adulto, siente hacia él. En estas zonas no se siente que forme parte de la mente en el sentido que entendemos el superyó como la voz de los padres dentro de la mente del niño. Este es el concepto que encontramos en los estratos superiores del inconsciente. En las zonas más profundas, no obstante, se le siente como un ser físico, o mejor una multitud de seres, con todas sus actividades, amistosas y hostiles, alojadas en el interior del propio cuerpo...”. (Melanie Klein Trust, citado por Hinshellwood, 1997).

A partir de entonces la preocupación de Klein acerca de las “zonas más profundas” del inconsciente será determinante de su labor teórica. En estos niveles al objeto interno se le atribuye una realidad idéntica a la del objeto mundano y lo más sorprendente es que para el sujeto, *la tiene realmente*. Esto es lo que Klein ha llamado nivel concreto característico del funcionamiento psicótico, aunque exista en personalidades no psicóticas. La realidad concreta que adquieren los objetos internos es la consecuencia de la cualidad omnipotente de las fantasías que lo constituyen (Caper, R. 1999). Ese objeto interno sirve para designar una parte de la experiencia del individuo que no es reconocida como vivencia subjetiva sino sólo como hechos de la realidad.

Estas “zonas más profundas” están en la frontera de la diferenciación somato psíquica, en la que el objeto de la experiencia existe, pero no es discernido por el sujeto. La vivencia desborda al sujeto incipiente que recurre a mecanismos primitivos: el mismo intento de organizar la experiencia, lo organiza como sujeto de la misma.

Por lo tanto es cierto que la relación está desde el principio. Lo que ocurre es que puede o no haber conciencia de la misma. Podemos considerar la posición esquizoparanoide como la activación de mecanismos en el sujeto incipiente sobre una experiencia desorganizada. Por lo que el objeto de la posición esquizoparanoide, sería ya una “transformación” del objeto de la experiencia cruda, de los impactos sensoriales, perceptivos y emocionales. Al aceptar lo central de la relación, su existencia como algo dado, aún cuando no haya conciencia de la misma, se evita el -atasco de una perspectiva genética unilateral. Es imposible esbozar una teoría satisfactoria, que pueda decidir sobre la prioridad entre sujeto y objeto. En cambio, creo que no es forzado admitirla existencia “de hecho” de un sujeto y un objeto, como consecuencia de un mismo proceso de escisión que constituye a uno y a otro.

En efecto, como se afirma en el artículo que comento: “lo que dice (el paciente) del objeto no lo está afirmando acerca de un personaje mundano, sino de una creación del sujeto” y por lo tanto “las relaciones de objeto no equivalen a las relaciones interpersonales”. Matizaría este punto diciendo que el paciente *no sólo* habla de un personaje mundano, sino que al hablar de él, nos comunica al mismo tiempo una relación intrapsíquica, lo que pone de manifiesto el carácter estratificado del psiquismo. Podría decirse que esta perspectiva psicoanalítica, “se preocupa de la relación del sujeto con *sus objetos*, no de la relación entre el sujeto y el objeto, que es una relación interpersonal” (Kohon, G. 1985). A la luz de los debates actuales, de la concepción bipersonal del campo analítico y la intersubjetividad, podemos decir que el centro de atención es la relación del sujeto *con sus objetos (nivel intrapsíquico)*, tal como las *despliega el sujeto en una relación con otro (nivel intersubjetivo)*.

En la formulación kleiniana el objeto interno es inseparable de la fantasía inconsciente, que organiza la experiencia primitiva. La comprensión de la fantasía que subyace al relato “mundano” no sólo arroja luz sobre “contenidos” inconscientes, sino también sobre los mecanismos y procesos mentales que se activan en paralelo al plano semántico del relato.

Debido a eso, la identificación proyectiva ayuda a comprender un nivel de comunicación que se revela en las fantasías, actitudes y sentimientos que el paciente estimula en el analista. En efecto, el analista es en parte y de modo transitorio una creación del paciente, que induce actitudes que pueden pasar desapercibidas para el receptor. Cuando el analista recupera su diferencia y discierne los sentimientos o identificaciones que le han sido inducidos, puede ganar comprensión y comunicarla al paciente. La identificación proyectiva, definida en un primer momento como una defensa patológica, se fue ampliando para incluir una extensa gama de relaciones íntimas entre el inconsciente emisor y el receptor. Una particularidad de este proceso es que siendo una fantasía, es la forma de la realidad mental y promueve cambios reales en los objetos.

“El paciente, desde el comienzo de la vida, tiene suficiente contacto con la realidad, como para actuar de tal manera que evoca en la madre sentimientos que él no desea, o que desea que tenga su madre” (Bion, W. 1962). La identificación proyectiva modifica al sujeto y al objeto, debido a la escisión, proyección e identificaciones que comporta. Por ello, de manera esquemática se puede hablar de los aspectos *adquisitivos* de la IP y de los aspectos *atributivos* de la IP. Cuando observamos los aspectos atributivos, es decir lo que se le atribuye al objeto, se puede diferenciar cuando esta atribución es *evocativa* porque induce modificaciones reales en el objeto de las *no evocativas*, cuando no lo hace (Bott Spillius, E. 1988).

En los últimos años, desde diversos marcos teóricos se ha insistido en incluir el campo subjetivo del analista para observar estos procesos. En mi opinión, esta ampliación del campo de observación analítica no implica necesariamente un cambio de paradigma teórico. El concepto kleiniano de identificación proyectiva es un instrumento muy valioso para explorar la dinámica inconsciente de la intersección de lo intrapsíquico con lo intersubjetivo en la relación analítica.

Si el estado mental del analizado se encuentra bajo predominio esquizoparanoide, sus proyecciones impactan en el estado mental del analista, haciendo que éste asuma un rol, que desempeña sin crítica. En un segundo momento, cuando se distancia y observa su subjetividad, el analista puede preguntarse por el papel que está jugando y acoger la comunicación inconsciente que se canaliza a través de la actitud inducida. Es en ese momento, cuando se ponen de manifiesto “las capas más profundas del inconsciente” y su cualidad “objetal”.

El propio analista hace de su experiencia subjetiva un objeto de observación. Que esto ocurra durante la sesión, o más tarde al recoger unas notas o en una supervisión, indica la dificultad de procesar este distanciamiento bajo el impacto de las ansiedades y defensas que están activas en el campo analítico.

Este reconocimiento ha sido denominado “objetalización de la experiencia subjetiva” y es parte del movimiento oscilatorio Ps<>D, descrito por Bion. La experiencia vivida como algo disperso tiende a agruparse en unidades significativas con cualidad de objeto. Como ha mostrado Briños, (1998) la posibilidad de objetalizar esta experiencia es función de una configuración edípica interna que permita la existencia de un espacio mental, donde pueda funcionar de modo no persecutorio el tercer objeto, observador no participante.

Este proceso pretende dar nombre a una experiencia, limitarla y configurarla sobre un fondo en movimiento. Entre otros requisitos, para que esta “objetalización” sea posible, es necesaria la tolerancia al no saber, la “capacidad negativa” y la escucha cuidadosa de las respuestas conscientes e inconscientes del analizado. Esto nos orienta en cuanto a lo verosímil del significado percibido y para no tomar posibles “ideas sobrevaloradas” del analista, como datos seguros del insight.

El estudio de las relaciones objetales ha permitido ampliar el campo de observación a los delicados movimientos que tienden a promover el cambio o a conservar el equilibrio psíquico. B. Joseph (1989) ha estudiado un tipo de dolor psíquico que se asocia a la pérdida de un estado particular de la mente y que aparece cuando hay una mayor conciencia del self y de la realidad de otras personas. Esto promueve la acción de poderosos movimientos objetales, que tienden a mantener el equilibrio amenazado; uno de estos mecanismos es la utilización de los objetos para contener partes no deseadas del self. Cuanto más intensos sean estos mecanismos de proyección en el objeto y su atribución a otros sujetos, estos quedan desprovistos de alteridad y ocupados por las propias proyecciones. Así entendido, el equilibrio es el resultado de operaciones omnipotentes para evitar el insight y mantener la configuración patológica. Estos hallazgos permiten describir formas de estabilidad patológica, que se activan para contrarrestar el insight. En la clínica constituyen un recurso para observar de modo incipiente, los movimientos consecutivos al contacto con el insight. Dicho de otra manera, el insight no conduce necesariamente a la integración de la nueva experiencia. Muchas veces, la aproximación a una significación diferente, estimula defensas, que tienden a aislar y disociar la experiencia nueva para recuperar la estabilidad anterior.

Esta derivación de la fenomenología de las relaciones objetales abre un campo de comprensión muy fecundo para explorar la relación del analizado (y del analista) con sus creencias, sus convicciones o sus teorías. Desde este ángulo toda comprensión nueva, constituye al mismo tiempo, un duelo por las creencias que se pierden. La incorporación de lo nuevo, sin la elaboración del duelo por lo que se pierde, lleva a una fascinación por lo “novedoso” que profundiza la disociación e impide la integración.

Siguiendo las ideas de B. Joseph sobre la función del equilibrio para evitar el dolor, muchos autores han descrito formas “sofisticadas” de relaciones objetales, en las cuales se llega a complejas organizaciones patológicas defensivas (O’Shaughnessy, E.1981) o a la construcción de refugios psíquicos (Steiner, J.1990) en los que el paciente se instala y trata de inducir al analista a habitar dentro de él, para impedir diferenciaciones dolorosas. Es interesante el desarrollo teórico y clínico que ha promovido el descubrimiento de la “interioridad” del objeto. Si bien está señalado desde los primeros escritos de Klein, la interioridad del objeto adquiere una nueva dimensión cuando se la entiende como parte de una lucha entre la contemplación fascinada del exterior del objeto y el misterio de su interior inaccesible, como lo hace Meltzer (1988) en el “conflicto estético”.

Decíamos antes que la relación objetal designa un elemento específico de la experiencia de insight. Con esto intento diferenciarla simple comprensión subjetiva como la introspección, de la comprensión específica de la subjetividad inconsciente, adquirida en la relación analítica y propia de ella. La experiencia subjetiva es un hecho dado, mientras que el insight, la toma de conciencia y la generación de significado que aporta el análisis es una posibilidad contingente a la experiencia que no debería confundirse con la mera experiencia en sí.

La relación de objeto es siempre parcial, como lo es el conocimiento de la experiencia y la experiencia misma. Toda experiencia es contingente, determinada y por

consiguiente, el conocimiento de esa experiencia es parte de algo más amplio. No obstante ningún conocimiento es posible sin una referencia a la totalidad, sin un movimiento hacia lo depresivo, que no significa una aprehensión total del objeto, sino la inevitable ubicación de la totalidad como horizonte. Otra cosa es que el sujeto (analizado o analista) interprete su experiencia, su objeto o su conocimiento como totalidad, lo que nos coloca ante la omnisciencia, la omnipotencia y las organizaciones narcisistas.

El sujeto se constituye como sujeto para sí en la medida que descubre la subjetividad del otro y en especial las limitaciones de este conocimiento. Siempre queda algo excluido, que puede ser vivido como una amenaza o como el horizonte inabarcable que invita a proseguir. Cuanto más amenazante sea esta exclusión, como ocurre en la posición esquizoparanoide, más se estimula la fantasía omnipotente de posesión y control “total” del objeto.

La elaboración de la posición depresiva no da acceso al objeto total, sino que repara las escisiones producidas por el sujeto, promoviendo una integración y el reconocimiento de que la posesión y el control del objeto, es sólo una fantasía omnipotente. Este proceso ha sido estudiado como la configuración del espacio mental interno, en la que el sujeto puede tolerar su exclusión del vínculo entre la pareja parental. Cuando puede reconocer la separación de los padres y la libertad que tienen para relacionarse, el sentimiento de exclusión se atenúa, porque el niño no está excluido sino que puede imaginar una relación en la que no participa, lo que le da acceso a su propia libertad.

Cuando se usan poderosos mecanismos de defensa para evitar algún aspecto de la situación edípica, pueden aparecer perturbaciones en el proceso de pensamiento; de esta manera, la capacidad de preservar un espacio mental libre donde se desarrolle un pensamiento significativo, depende de la capacidad de tolerar la separación de los padres internos, permitiéndoles así, en la fantasía, la libertad de relacionarse entre ellos. (Sodré, I, 1994)

El descubrimiento de la identificación proyectiva en 1946, junto a la descripción de los mecanismos esquizoides, no fue acompañado en la obra de Klein de una revisión de su teoría de las posiciones y especialmente una revalorización de la posición depresiva. Lo que se ha llamado el Edipo precoz, fue retomado bastante más tarde por la teoría kleiniana, especialmente a finales de la década de los 80. (Steiner, J. 1989)

La elaboración simultánea de la conflictiva edípica precoz y la posición depresiva son dos aspectos de un mismo proceso de diferenciación del sujeto y la creación de un espacio mental propio. Es en la relación y en la toma de conciencia de la misma donde se constituye el sujeto. En ese proceso el sujeto se “libera” relativamente de sus sujeciones, en la medida que libera a sus objetos internos. El mismo proceso le permite reconocer la subjetividad del objeto, del objeto mundano, del objeto externo o del analista en la transferencia.

En la pluralidad actualmente reconocida en el pensamiento psicoanalítico, hay autores que consideran que la perspectiva intersubjetiva comporta un nuevo paradigma, lo que implica a veces importantes modificaciones técnicas. El trabajo “Horizontes de la relación de objeto” explica las vicisitudes de la construcción del sujeto, el descubrimiento de la alteridad y los mecanismos para negarla, siguiendo las ideas de Freud y los aportes de Klein. A partir de ellas he intentado enfatizar que el reconocimiento de objeto y la construcción de la subjetividad, es un proceso siempre inestable y en movimiento.

Descriptores: **RELACIÓN DE OBJETO / OBJETO INTERNO / IDENTIFICACIÓN PROYECTIVA**

Bibliografía

BION, W. R.- (1962) The Psycho-Analytic Study of Thinking. *Int. J. Psycho-Anal.*, 43:306-310.

BOTT SPILLIUS, E.- (1988) *Melanie Klein Today*, Routledge, London.

BRITTON, R.- (1998) *Belief and Imagination*, Routledge, London.

CAPER, R.- (1999) *A Mind of One's Own*, Routledge, London.

HINSHELLWOOD, R.- (1997) The elusive concept of 'internal objects' (1934-1943) *Int. J. Psycho-Anal.*

JOSEPH, B.- (1989) *Psychic equilibrium and psychic change*, Routledge, London.

KOHON, G.- (1988) Objects are not people, *Free Assns.* 2:19-30.

MELTZER, D.- (1988) *The Apprehension of Beauty*, Roland Harris Trust, Clunie Press, Worcester.

O'SHAUGHNESSY, E.- (1981) A Clinical Study of a Defensive Organization. *Int. J. Psycho-Anal.* 62:359-369.

SODRÉ, I.- (1994). Obsessional certainty vs. obsessional doubt: from two to three, *Psychoanal. Inquiry*, 14:379-392.

STEINER, J.- Ed. (1989) *The Oedipus Complex Today*, Karnac Books, London. (1990) Pathological Organizations as Obstacles to Mourning: The Role of Unbearable Guilt. *Int. J. Psycho-Anal.* 71:87-94.

TRABAJANDO CON WINNICOTT

Entrevista al Prof. Emérito Dr. Luis Enrique Prego¹ en el marco del XII Encuentro Latinoamericano sobre el Pensamiento de D. W. Winnicott: Violencia y desamparo²

Entrevistadores:

Sylvia Braun de Bagnulo y Damián Schroeder

S.B.- A raíz del homenaje que se le va a hacer a Ud en el marco del decimosegundo encuentro latinoamericano sobre el pensamiento de Winnicott quisiéramos conversar con Ud. Usted ha sido un pionero en introducir la obra de Winnicott en el medio psicoanalítico uruguayo, cuéntenos cómo se dio su encuentro con este autor

Dr. L.E. Prego – Mi encuentro con Winnicott tuvo dos tiempos. Uno fue en Amsterdam a raíz de un congreso internacional de psicoanálisis en el que estábamos Vida y yo y vimos en un pasillo a un grupo de dos o tres personas, de los cuales uno nos llamó la atención porque era muy movedido, con mucha gesticulación, con diferencias marcadas en relación a los otros dos o tres que estaban ahí. Entonces Vida me dijo: mirá, a mí me parece que ése es Winnicott. Yo nunca lo había visto, ni sé por qué Vida dijo que ése era Winnicott. Estábamos haciendo tiempo para asistir a una conferencia y precisamente la conferencia era de Winnicott, sobre el juego en el niño, digamos que alrededor del tema del juego.

A mí me interesó muchísimo lo que decía, porque cuando salimos, yo le decía a Vida, mirá, son todas cosas conocidas, pero las dice de una manera tan distinta que no coincide con lo que uno se ha manejado hasta ahora durante la formación y con lo que uno hace en su análisis, especialmente por la influencia de la noción de juego de Melanie Klein, entendido como una actividad sexual. Bien ... yo quedé impactado con la conferencia.

D.S. - ¿En qué año fue esa conferencia, Prego?

Dr L.E. Prego - Fue en Amsterdam, en el año 1965, a raíz de un congreso, no me acuerdo qué número de Congreso Internacional de Psicoanálisis. Eso debe haberse quedado allí, en “algún dobladillo de la memoria del olvido”, porque tiempo después, no mucho tiempo después, pero algunos años después, yo estaba leyendo un trabajo de Fairbairn, en que lo vi citado a Winnicott y me di cuenta que me debe haber quedado mucho más grabado de lo que yo pensaba, porque no es habitual que yo vaya a buscar en la bibliografía el autor que está citado, salvo que sea una cosa de particular interés.

¹ Miembro Titular de APU. Estero Bellaco2666. CP. 11600. Tel. 480 0468.

² Encuentro realizado en Montevideo el 17 y 18 de octubre de 2003.

Entonces fui a buscar el trabajo citado y Winnicott me sedujo, porque precisamente en ese trabajo él estaba hablando de su posición con respecto a la pulsión de muerte; tema que para mí fue un conflicto durante la formación, porque nunca me convenció. Como otras cosas de la Asociación (Psicoanalítica del Uruguay) que en aquella época tampoco me convencieron, como que no había otro camino, que seguir atado a los señores que en aquel entonces eran Klein y Freud. Mirar para los costados era absolutamente impensable.

A partir de ahí empecé a buscar un texto y otro texto, y un libro y otro libro, y ahí ya fue una seducción total, es decir que hubo un pre encuentro en Amsterdam y un encuentro a través de Fairbairn.

Bueno, me encontré que era como dice Levobici: “este diablo escribe muy sencillo para decir cosas muy difíciles”. Y tiene razón. La desventaja que tiene Winnicott, es que todo parece muy simple; pero cuando uno se mete a leer despacio y en las entrelíneas, uno se da cuenta que es impenetrable... Por eso Pelento (María Lucila) me dijo: “Cuando haga un grupo de Winnicott ponga siempre un hegeliano, porque se entiende mucho mejor con la ayuda de un hegeliano.” Yo esto no lo he hecho, pero tengo proyectado hacer un grupo el año que viene.

Bueno, me encontraba solo en aquel entonces. Winnicott era un hombre que no figuraba en el Uruguay, dentro del círculo donde yo me movía, seguramente los mayores ya conocían a Winnicott o lo habrían leído, no sé. El hecho es que me encontraba solo, leyendo un texto que parecía muy fácil, pero que al mismo tiempo me daba cuenta que estaba diciendo cosas que había que volverlas a revisar desde otro ángulo. Esa fue la razón por la cual me atreví a escribirle una carta a Masud Khan y otra a Renata Gaddini, diciéndoles que me encontraba solo con Winnicott y que necesitaba que alguien me aclarara cosas. Intercambiamos cartas con los dos, pero me pareció que lo mejor era formar grupos, para estudiarlo, no para enseñarlo. Formé grupos acá en Montevideo, fueron los primeros, de esto hace muchos años.

S.B. - Yo integré uno de los primeros grupos, acá en la clínica...

Dr L.E. Prego - Uno de los grupos, pero ya venían otros, tú formaste parte de uno de los primeros.

D.S. - Y yo de los últimos.

Dr. L.E. Prego - Y, tú de los últimos, es cierto. Bueno, después coincidió que en ese entonces estábamos Vida y yo formando analistas de niños en San Pablo; entonces hablando con algunas personas acerca de Winnicott, les interesó y formamos un grupo numeroso de gente que se inició en Winnicott. Fue un grupo muy lindo, porque realmente dio mucho, era verdaderamente un grupo muy estimulante, en el cual se hacían preguntas muy inteligentes. Yo iba un fin de semana a San Pablo y el segundo fin de semana iba a Porto Alegre. Ahí teníamos un grupo más pequeño, donde estaba Outeiral, que es una de las personas que vienen ahora, que también con mucho entusiasmo esperaban el día de la reunión de Winnicott. Así es que en realidad, yo sembré Winnicott acá en Montevideo y sembré también un poco de Winnicott en San Pablo y en Porto Alegre.

Después se siguieron dando grupos acá en Montevideo y en una ocasión Raquel Goldstein dice: “¿Por qué no nos reunimos uruguayos y argentinos que estamos metidos en esto para conversar?”

Entonces se programó un encuentro en Colonia, que fue muy lindo y ahí Raquel dijo: “esto tendría que convertirse en una cosa internacional”. Cosa con la cual yo no estuve de acuerdo porque tengo cierta aversión a los congresos. Pero, después el segundo encuentro fue en Montevideo en el Hotel Carrasco, y el tercer encuentro que tendría que haber sido en Buenos Aires, coincidió con que se atravesaba un momento político

medio difícil. No fuimos, aunque también deben haber habido otras razones para no haber ido..

S.B. - Usted se acuerda Prego, que antes usted organizó acá en Montevideo, con uruguayos en la Liga Antituberculosa, un encuentro...

Dr. L.E. Prego - Sí, se fueron dando varios de ese tipo, es difícil recordar pedazo por pedazo, pero es un poco el recorrido. Hasta que un día recibo de Raquel una comunicación en la que me dice que tiene todo organizado y que se va a realizar el primer encuentro sobre el pensamiento de Winnicott en Buenos Aires, auspiciado por la Asociación Psicoanalítica Argentina, con participación de gente de otros países de América. Allá fuimos, el segundo se hizo en Montevideo y de ahí fue rotando, a Montevideo le tocó dos veces y ésta es la tercera vez. Ahora nuestra asistencia a los encuentros, la asistencia uruguaya era con gente de la Fundación y la Fundación fue también un invento mío. Nos reunimos durante un tiempo y luego le dimos un cierto carácter orgánico y le llamamos Fundación. Así es que en realidad en los otros países, las organizaban las asociaciones psicoanalíticas y nosotros íbamos como Fundación, cosa que no resultaba fácil porque se consideraba que sino se llevaba el aval de una asociación psicoanalítica, la cosa no tenía validez.

Bueno, en un momento dado yo me cansé de los congresos y de los encuentros y a los últimos encuentros no fui.

S.B. - ¿Qué es lo que lo cansó?

Dr. L.E. Prego -Se estaba politizando mucho. Se formaba un grupo de influencia, lo que sucede casi siempre en los grupos humanos. Un poco el ansia de poder: que tal país, que tal otro país, que en tal lado, si yo soy presidente, en fin...Además de la edad, también me parecía que si me quedaba tres días leyendo en casa, tomando apuntes y pensando, iba a sacar más cosas de las que podía sacar en los encuentros y dejé de ir. Así que cuando se decidió hacer éste, me agarró un poco de sorpresa, porque inclusive no tenía conciencia de que existiera en la Asociación Psicoanalítica un ambiente propicio Winnicott.

S.B. - Pero usted sembró ese ambiente propicio también en la Asociación.

Dr. L.E. Prego- Bueno sí claro, yo tuve mis grupos. Por ejemplo en APDEBA, Paineira creó un sector Winnicott. Yo fui invitado a la primera reunión en la que se fundaba ese sector Winnicott, donde concurre gente de otras asociaciones, como de la APA.

S.B. -Prego, en la elección de una teoría, siempre intervienen aspectos personales, y usted habló de lo que quedó en el dobladillo, de cómo quedó seducido por Winnicott, entonces, ¿podría referirse a alguno de esos aspectos personales que intervinieron en su elección por la teoría de Winnicott?

Dr. L.E.Prego - Yo creo que más de uno. Me gusta muy poco, pero no decir no me gusta nada estar sometido a normas o a reglas de funcionamiento precisas... lo que yo llamo los grupos agorafóbicos, que todo el que está fuera de un grupo de pensamiento es peligroso. Esto lo sentía particularmente con Klein. Recuerdo que hablando un día con un analista argentino que vivió muchísimos años en Europa y que fue miembro del grupo de Melanie Klein, me dijo: "mira, el grupo de Klein tiene una fuerte identidad, una fuertísima identidad, pero Melanie Klein no permite que la gente tenga identidad propia; fíjate lo que pasó con Bion, quiso escribir sobre grupos y Melanie Klein le dijo que eso no era psicoanálisis y no escribió más.

Winnicott me puso en contacto con un desacuerdo en relación a la cuestión de la pulsión de muerte y me encontré muy, muy fortalecido. Pero sobre lo que más ha influido en mí, es en una sensación de libertad, que me da libertad para pensar, libertad para expresarme, me siento libre. El mismo tiene una actitud muy maternal, en sus clases, en

su trabajo clínico y yo me siento muy acogido, muy maternalizado por Winnicott y eso seguramente tiene que ver con mi historia personal.

D.S. - Esa misma actitud maternante que en un sentido caracteriza a Winnicott, por otro lado ha llevado a cierta banalización o a una mala comprensión de su obra.

Dr. L.E. Prego- Total.

D.S. Cómo piensa eso Prego?

Dr. L.E. Prego- Total, total. Ya dije al comienzo que tiene el inconveniente de escribir muy sencillo, entonces se toman dos o tres cosas, como por ejemplo, el objeto transicional, con el famoso osito..... Uno dice Winnicott y la gente piensa que se trata del osito de peluche, como si fuese eso toda la obra de Winnicott. O la madre suficientemente buena, es decir, son dos o tres muletillas con las cuales la gente se maneja y convence a los demás que sabe Winnicott...

El concepto de madre suficientemente buena, no es tan sencillo como la mayoría de la gente cree. Por ejemplo, la función maternante en las interpretaciones de Winnicott es un engaño, no es maternante, lo que pasa que la postura de Winnicott con respecto al paciente es tan empática, tan empática, que corre por la corriente afectiva que se ha establecido entre los dos. Yo empecé a perder rigidez y ese tipo de trabajo con uno mismo, a mí por lo menos, me lo ha facilitado Winnicott. Probablemente hayan otros autores que produzcan el mismo resultado en los lectores.

Así que como dice Renata Gaddini cada obra tiene algo de autobiografía, y yo diría que cada elección tiene mucho que ver con la autobiografía.

Me gustó de él, sus cosas. Con Renata Gaddini tenemos una buena relación, ella a su vez tenía una excelente relación con Winnicott y me puso en contacto con aspectos muy humanos de la vida de Winnicott, de la vida de hogar. Era un hombre muy admirable.

D.S.: Prego, en el año 1973, usted acuñó la noción de “los tres niños”, una noción que ha sido tan fecunda para muchos de nosotros, en los encuentros con los padres cuando vienen a consultarnos, Usted decía entonces, que en toda consulta con niños, el psiquiatra o el psicoanalista debe tener en cuenta que está ante tres niños: uno es el creado por las proyecciones de los padres cuando lo describen, el otro es el creado por el entrevistador que proyecta sobre el niño lo que proviene de esa teoría que usa y el tercero es un desconocido. A lo largo de todos estos años y al día de hoy: ¿cómo sigue pensando estas ideas?

Dr. L. E. Prego: He estado pensando exactamente lo mismo...Winnicott me ha ayudado a buscar al niño desconocido

D.S. Bueno podría plasmar un poquito esta idea, porque a su vez es una idea que no está publicada acá en Uruguay.

Dr. L.E. Prego - No, no, yo no tengo casi nada publicado aquí.

D.S. - Entonces sería interesante ver cómo es que Winnicott lo ayudó a esta noción...

Dr. L.E. Prego: Sentí que eso era un hecho clínico, absolutamente clínico, que los padres traen construido un niño, que no es el niño y uno va escuchando a los padres y ya de alguna manera lo va ubicando. Y los brasileros se ríen porque yo digo que es un niño de jaula, el niño sale de una jaula y entra en otra jaula, pero lo que me interesa es ver al pájaro volando.

S.B. -El que es libre.

Dr. L.E. Prego: El que es libre, que al mismo tiempo me ayuda a sentirme libre... es decir, lo puedo seguir sin temor. Se han escrito montones de fragmentos de análisis y de sesiones de análisis por distintos autores. Winnicott es el único al cual le he leído que pide disculpas a la sesión siguiente a su paciente, por haberle dado una interpretación errónea en la sesión anterior, el único, el único, eso es impresionante. Cuando yo me encontré con eso, dije, esto es impresionante.

Otra cosa que también me impresionó mucho es una carta muy breve que le escribe a un paciente que tuvo una pésima relación con la madre y que mejoró más o menos, pero no lo resolvió del todo con el analista.

Al cabo de un tiempo, Winnicott se enteró que la madre de este hombre había muerto y le escribió una carta, diciéndole: “Me acabo de enterar de la muerte de su madre, sé lo que debe haber significado para usted, pero le pido que piense que ella también era un ser humano.”

D.S. - En los últimos tiempos usted ha estado investigando y revisando los conceptos sobre el autismo, parafraseando el título del libro publicado en 1999. Entre las múltiples interrogantes que la problemática del autismo nos plantea, se encuentra la de las posibilidades y de los límites tanto del psicoanálisis, como de las neurociencias. Nos interesa que pueda compartir con nosotros cómo observa esta zona de interlocución entre psicoanálisis y neurociencias, cómo la piensa hoy.

Dr. L.E. Prego: Creo que hay mucho por hacer. Es decir, yo con respecto al autismo que ha pasado por muchas ondas, organicistas, ecologistas y etcétera, me he visto llevado probablemente al punto de partida del autismo, quizás, porque es un tema en el que estoy desde hace cincuenta años.

Me ha llevado a pensar una cosa que debe ser totalmente loca, pero me encontré revisando a Winnicott ahora, con una frase en la que él dice exactamente lo mismo, no es que dice lo mismo que yo, yo seguramente lo tomé como propio esto y lo dije como propio porque se me borró que lo había leído. En medicina se habla de la diátesis, que es una cierta fragilidad que predispone a que el individuo contraiga una enfermedad que afecte determinado órgano o determinada función. Yo creo que desde el punto de vista psicológico también hay una especie de punto débil, que en un momento dado, las circunstancias pueden favorecer el desarrollo de ese trastorno, modificarlo, pero no suprimirlo, y lo dice textualmente en este trabajo que se llama «de la dependencia hacia la independencia en el desarrollo del individuo».

El dice que de alguna manera hay un factor constitucional. El dice que lo constitucional es mudo y el ambiente lo hace hablar. Lo constitucional está ahí, hay un ambiente favorecedor que puede favorecer la patología y un ambiente favorecedor para que el individuo tome lo más posible su camino de la “normalidad”.

S.B. -El ambiente solo no generaría patologías.

Dr. L.E. Prego: No, los padres no hacen a los hijos. Lo vemos por otra parte en situaciones clínicas obvias. Entonces esto lo lleva a uno a una pregunta más seria: ¿Lo que yo estoy haciendo como psicoanalista o lo que yo estoy haciendo como psicoterapeuta, sobre qué aspecto del individuo incide y cuáles son las cosas que realmente logro modificar en y ese individuo? Esa es una pregunta muy inquietante, muy inquietante.

Entonces con respecto al autismo, después de ir y venir, ir y venir por distintas interpretaciones, yo creo que hay alguna falla para decirlo de una forma muy vulgar, en la fabricación, en el desarrollo de ese individuo...

Y cuando nacen, no se trata de aquellas madres psicotógenas de las cuales ya estamos muy lejos, como una vez se ha hablado. Se ha hablado de las madres que fabricaban hijos autistas, que en realidad es algo muy complejo. Ahora se habla autismos y se habla de una gran variedad. Mil cosas ayudan a movilizar al individuo autista, pero yo no he visto ningún autista que deje de ser autista... no conozco ninguno, si hay, no he tenido la suerte de encontrarlo. Los he visto mejorados que tienen capacidad de lenguaje, de comunicación, pero ninguno de ellos se puede bastar a sí mismo, solo.

S.B. - Usted dijo Prego que no había publicado, ¿por qué? Porque usted ha pensado mucho, ha escrito también....

Dr. L. E. Prego: Sabes, hay tanto material para leer y lleva tanto trabajo escribir, que durante el tiempo que estoy escribiendo le estoy sacando tiempo a la lectura y me satisface más leer que escribir.

S.B. Y tal vez enseñar.

Dr. L.E. Prego - Enseñar sí; con un grupo, con una clase, yo me siento inmensamente feliz.

S.B. – Bueno, son las elecciones que uno hace.

Dr. L.E. Prego - Y según la gente tengo facilidad para transmitir y para comunicar. En general, en los grupos se produce un fenómeno mutuo, porque no es de uno, es de los dos,... se da un encuentro. Es como el amor, se da cuando se encuentran dos cosas y si no, no se da. Tengo muy poco publicado en el terreno del psicoanálisis, tengo más en el terreno de la psiquiatría infantil, pero es más fácil, es un material menos elaborable, y tengo capítulos en libros, en distintos libros por distintos lados, pero de psicoanálisis escribo poco, muy poco, Tengo carpetas de papeles, con apuntes, con anotaciones.

D.S. – Queremos hacerle una última pregunta. A Winnicott se lo conoce más por su aporte a la práctica con niños y por el abordaje de las patologías graves. Es más conocido en estos terrenos.

Para este decimosegundo encuentro hemos buscado descentraren parte esto, y pensar a Winnicott también en el ámbito de las neurosis y con los adultos. ¿Cuáles diría usted que son los aportes de Winnicott en el tratamiento de adultos neuróticos? ¿Hay modificaciones o no a lo que en cierta forma se puede llamar el psicoanálisis de la neurosis de acuerdo a Freud?

Dr. L.E. Prego: Hay una frase por ahí: «donde hay un paciente, ponga a un hijo y donde hay una analista ponga una madre». Me parece muy buena la frase. Y la relación se va a dar exactamente a cualquier edad que tenga el sujeto, como un recorrer, revivir, recuperar cosas que el individuo no tuvo y que hubiera querido tener y eso se da absolutamente en el cien por cien de los neuróticos.

Entonces, él ha sido madre de toda una gran cantidad de niños Y no se ve en ningún análisis de Winnicott, un terapeuta padre dándole la identidad de padre; sino que surge el padre como proceso del desarrollo de la relación del paciente hijo con la madre.

Dr. L.E. Prego- El padre surge como...

S.B. - Como una potencialidad...

Dr. L.E. Prego: Claro, porque cuando él habla de la madre suficientemente buena, de la preocupación maternal primaria y de la enfermedad maternal primaria, que no es una enfermedad, en ningún momento se olvida que hay un padre detrás de esa mujer y que ese padre hace de sostén. Sin ese padre, a la madre le resultaría muy difícil desempeñar su función, su tarea, aunque haya madres solas sin marido. El padre esta ahí, a la espera del surgimiento de cuando el individuo madure, es decir de que elabore de alguna manera sus carencias, que siempre las hay en la infancia y que en algún momento pueda ir hacia el padre.

Fíjense que el mayor aporte de Winnicott es pre-edípico, él llega hasta el Edipo, después, del Edipo en adelante está con Freud. Bueno creo que he sido bastante sincero y bastante abierto.

S.B. - Como siempre.

Dr. L.E. Prego. Es otra vez la cuestión de la libertad.

Violencia y Desamparo en los orígenes*

*Sylvia Braun de Bagnulo***

“Vivir creativamente significa no estar muerto o aniquilado todo el tiempo por la sumisión o la reacción a lo que nos llega del mundo.”

Winnicott (1993)

Las formulaciones de Winnicott ampliaron la teoría y la clínica psicoanalítica, ofreciéndonos una verdadera alternativa en la comprensión de las patologías graves.

Podemos definir la originalidad de su pensamiento en términos de libertad y rigurosidad. Libertad con que actuaba en su práctica clínica pero conservando estrictamente su lugar analítico. “Confío -nos dice-, en que después de un amplio examen de mis casos, el único rasgo fijo que se observe sea la libertad con que usé mi conocimiento y experiencia para atender las necesidades de cada paciente en particular” (1965). Creo que en esto radica uno de sus aportes más ricos sobre el posicionamiento del analista, fundamentalmente por el compromiso cotratransferencial al que estos pacientes nos exponen.

Uno de los términos del tema que hoy nos convoca es el de desamparo. Esta noción ubicada en el centro de su concepción, no puede entenderse si no es en referencia a la idea de dependencia. Las primeras etapas del desarrollo del bebe dependen de lo que denominó “preocupación maternal primaria”: Se trata de una dependencia absoluta en los orígenes, que es fundante y que conlleva por un lado el riesgo del sometimiento y sentimientos de futilidad y por el otro, la potencialidad de una vida personal independiente, libre y creativa, apuntalada en la experiencia de creatividad primaria.

La importancia otorgada al medio ambiente lo llevó a considerarla relación entre la psicopatología y el desamparo (1978), sosteniendo que lo esencial es que el hombre sienta vivir su propia vida, que atañe más al ser que al sexo. Sin embargo, la sexualidad no queda fuera del área de la patología, ya que cuando se han dado fallas tempranas, la sexualidad puede experimentarse como un ataque o una intrusión. De modo que lo propio de la salud es ser y sentirse real en todas las experiencias de la vida. Poder empezar a existir y a tener experiencias del Ello.

En el desarrollo, vivir se establece a partir del no vivir y el serse vuelve un hecho que reemplaza el no ser. En este primer tiempo la muerte no tiene significación, como tampoco la tiene la noción de pulsión de muerte en su teorización.

* Presentado en el XII Encuentro sobre el Pensamiento de D. W. Winnicott «Violencia y Desamparo». 17 y 18 de octubre, Montevideo, 2003.

** Miembro Titular de APU. Rbla. República del Perú 1361, Apto 401. Montevideo 11300

Su divergencia de perspectiva, descentrando en los orígenes de la estructuración psíquica el conflicto pulsional (Pulsión de Vida - Pulsión de Muerte), orientó su atención, por un lado a lo que denominó necesidades del Yo y por el otro, a la función del medio ambiente facilitador y a sus fallas. En el seno de la dependencia y del amparo, el bebe podrá mantener su vivencia de seguir siendo, así como la continuidad de existencia o por el contrario, de reaccionar a las fallas e intrusiones del ambiente organizando estructuras defensivas rígidas que dan lugar a vivencias de futilidad y de vacío, constitutivas de diversas patologías.

Es alrededor de estas vivencias que quisiera detenerme, porque creo que abren a una serie de interrogantes desde el punto de vista metapsicológico y clínico.

De lo expuesto observamos que el centro del trabajo del encuentro analítico se va ubicando en la experiencia del “sí mismo”, al que denominó “el self personal”. Winnicott consideraba que los pacientes con fallas tempranas progresaban más en el proceso analítico cuando se les reconocía su vivencia de no existencia, que haciendo un trabajo prolongado sobre las bases de los mecanismos de defensa del Yo.

La cura pasa por llegar hasta la angustia alrededor de la cual se organizó la defensa. Esta angustia que él denominó “agonía primitiva” se vincula al derrumbe psíquico del bebe causado por la violentación que ejerció una deprivación temprana del medioambiente. Recordamos acá los conceptos de “intromisión” de Laplanche y de “violencia secundaria” de P. Aulagnier vinculados a la violencia ejercida por la madre, que invade y deforma la organización psíquica temprana del bebe.

Una de las ideas de Winnicott que nos permite profundizar en las complejidades de las fallas en los orígenes, es la que describe en uno de sus últimos trabajos “Miedo al derrumbe” publicado en 1973, dos años después de su muerte. En este artículo intenta dar cuenta del estatuto de estas fallas precoces “que no pueden ser recordadas en ese momento ni a posteriori porque sucedieron cuando la integración yoica no era capaz de abarcarlo”.

Sostiene que el derrumbe que ya tuvo lugar es un hecho escondido en el inconsciente. En este contexto, inconsciente no es el inconsciente reprimido, sino en sentido descriptivo y significa que el Yo no está en condiciones de registrarlas y representarlas, pero “carga –según las palabras de Winnicott- con el material para el recuerdo del estado en que se encontraba en el momento del desastre.” (1993).

Cabe preguntarnos cómo conceptualizamos metapsicológicamente este registro inconsciente que no es fruto de la represión, o como dice Rousillon (1991), “un inconsciente ante-represión” o “fuera de la represión”, pero que constituye “un material que tiene efectos y es susceptible de ser recordado.”

En “Variedades clínicas de la transferencia”, Winnicott sugiere que algo parecido a la represión primaria atrapa a estos traumas una vez que los mismos han sido utilizados en el tratamiento.

Sabemos que la represión primaria fue postulada por Freud como el primer tiempo de la represión y tiene que ver con la fijación de la pulsión a una representación, acto inaugural de la existencia psíquica.

Podemos entonces pensar que este “material para el recuerdo” se refiere a lo que no fue representado, que no pudo ser inscripto. Algo quedó congelado y no entró en la cadena representacional porque el psiquismo no pudo organizar una representación psíquica.

Pensamos con Rousillon (1991), en traumas que al no recibir representación psíquica quedaron perdidos. Pero estos traumas tienen un efecto de insistencia para ser representados, recordados, que se expresan en un miedo que se presenta en el presente como búsqueda de esa experiencia en el futuro, como temor a la muerte, al vacío (1973).

Esa es la experiencia que si todo marcha bien, el análisis debe de abordar y el analista sostener, ya que esto implica una dependencia que muchas veces es muy temida por el paciente.

Los cambios en el análisis, en estos casos estarían dados fundamentalmente por una labor que posibilite al paciente experimentaren el marco de la transferencia la agonía, como reacción a fallos tolerables que habiliten su registro e ingreso en la dinámica psíquica. Para que esto acontezca, algo del orden de la represión primaria en el sentido de inscripción debe tener lugar, habilitando una inscripción psíquica que sea susceptible de reinscripciones y de resignificaciones en el a posteriori.

Voy a relatar una breve situación clínica que nos permite aproximarnos a algunos aspectos de lo expuesto. Se trata de una paciente de alrededor de 25 años, de la que podría decir que posee poco contacto con el sentido de autenticidad personal.

Al análisis “la traen los padres”, sostienen que no sabe qué va a hacer de su vida. La definen como “inocente”, no sabe lo que está bien y lo que está mal. Ha perdido varios años escolares y no-ha podido terminar el liceo, ya que da los exámenes reiteradamente y los pierde.

Susana “viene” al análisis. Si bien no se opone, tampoco expresa una demanda ni un deseo propio. ¿Es que acepta, acata?

De la situación familiar relata que no hay entendimiento. No sabe si les cuenta cosas a los padres, cómo van a reaccionar. Estola lleva a no decirles la verdad. Los padres viven controlando todos los movimientos de Susana, temiendo que haga mal las cosas. La llevan a todos lados, también al análisis la traen y la esperan.

En el análisis empezamos a ver una Susana que “no se da cuenta” de las cosas que le pasan y no sabe por qué. Tampoco entendía mi propuesta de buscar en ella asociaciones o sentimientos ante esas cosas que le pasaban.

El “no darse cuenta” lo pensamos como una modalidad defensiva. Recordemos que Winnicott propone la hipótesis de que frente al temor al vacío el paciente organiza un vacío, no comiendo, no aprendiendo, en Susana diríamos no sabiendo nada, no dándose cuenta.

El trabajo de análisis parecía pobre. Yo sentía que tenía que esperar hasta que algo sucediera, aunque a veces temía que no pasara nada. Así pasó un año, cuando un día trae dos sueños:

Llega a la sesión y dice: “Tuve un mal sueño. Dormí a los saltos. Soñé que veníamos de México con mi madre. Estábamos en el aeropuerto. Mi madre ya había subido, abordado el avión y me había dejado con 3 valijas para cargar yo, una bolsa y dos carteras. Una valija abierta que yo arreglaba. Un señor se acerca y no sé qué sacó y se fue corriendo. Me habían robado toda la plata y ahí dieron la última llamada para abordar para Montevideo y no podía abordar porque no podía con las valijas. Mi madre estaba en el avión muy tranquila”.

“También tuve otro sueño: Estaba en una plaza con una amiga. A eso de las 6 de la tarde se fue y yo esperaba que viniera un amigo. Empecé a caminar y me desmayé y cuando me desperté estaba en un hospital. Como que no veía nada. Veía todo turbio. Mi teléfono se había roto. Voy abajo y pido para hablar por teléfono y me dicen que no. Yo les digo que quiero avisar a mis padres. Después me desmayo y de vuelta en la habitación, cada vez que me levantaba me desmayaba, me caía y no veía. Hoy me desperté con dolor en todo el cuerpo, estaba mareada y me dolía la cabeza.”

A mi pedido de asociaciones no se le ocurre nada. Le hago mención a la separación y el quedar sola y dice: “quedarme ahí y sola era la muerte, a cada paso me desmayaba y caía, no tenía equilibrio, era un flan, una gelatina”.

A la siguiente sesión dice que se levantó toda contracturada.

La próxima sesión, al abrir la puerta me encuentro, sin previo aviso, con los padres, quienes me informan que Susana no quiere venir más. Relatan que ella dice que no le sirve el análisis, que ella necesita que le digan qué tiene que hacer, que yo le pregunto y que ella “no sabe”. Les pido que Susana me llame, cosa que hace y arreglamos una hora para hablar. En esa entrevista me transmite que no quiere venir más porque no cree que nada cambie en su casa. “La forma de ser de ellos -dice- no va a cambiar, la única que estaría cambiando sería yo, pero ellos no. Estaríamos desfasados”.

Pudimos trabajar esto en relación a los sueños y a la transferencia. Su temor a cambiar ella y desfasarse, separarse de los padres y quedar sola, así como su angustia a sentirse como una gelatina, sin sostén, como la muerte. No sabía si yo la podía acompañar. Le planteé que hasta hoy eran los padres quienes la habían traído al análisis, que me preguntaba si podía traerse ella al análisis. Quería que lo pensara y me contestara. Quedamos en que me llamaba, lo que hizo y continuó su análisis. En éste pudimos avanzar en la comprensión de sí: cómo ella funcionaba como una gelatina en sus vínculos con los otros, amoldándose en una sumisión que no hacía lugar a sus deseos. La vivencia de flan-gelatina constituía una representación de sí misma muy primitiva, que el trabajo de análisis le permitió, a través del sueño poner en palabras, en imágenes.

También la imagen de sí “gelatina” que se va para todos lados, reaparece más adelante en otro relato sobre el auto de su madre. Manifiesta no poder manejarlo porque tiene dirección hidráulica y se va para todos lados, cuando lo usó, chocó. Prefiere usar el auto del padre que no tiene este tipo de dirección. Dice: “sabés cómo te quedan los músculos, duros”. Nueva alusión a la función de la musculatura a la que ya había hecho referencia luego de los sueños, cuando se levantó contracturada. Pensamos en la necesidad de construir un tipo muscular de “segunda piel” (Bick, 1968) autocontinente que le permita vivenciarse más integrada.

Otro aspecto que surgía de los sueños era una imagen del Yo indiscriminado, en una fusión narcisista con la madre (3 valijas, 2 carteras), que necesita para ser contenida, pero que a su vez le impone cargar con todo lo que le fue colocado por “el ambiente familiar”.

Susana carga con el peso de los conflictos inconscientes de los padres. Consideramos que su funcionamiento es construido en un “entre”, con padre y madre, un “entre familiar”.

Así como en la concepción de Winnicott, la salud y la patología no pueden describirse en relación al individuo solamente, entendemos que tampoco podemos limitarnos a pensar únicamente en términos intrapsíquicos. Es necesario incluir la perspectiva intersubjetiva. A. Ferro (1998), en el análisis que hace del niño y su grupo familiar se refiere a la distinción que realizó Bleger, de cuatro tipos de funcionamiento familiar y cito: “el grupo de tipo aglutinado funciona como una totalidad, cuyas partes (no personas), se encuentran en un juego recíproco de relaciones y compensaciones interdependientes. Hay una estructura narcisista no discriminada, sin que nunca se realice una personificación diferenciada”. Es esta relación fusionada, que no da lugar a un juego inter subjetivo, la que se constituye en uno de los obstáculos para el trabajo analítico.

Creo que son muchos los aspectos que la clínica deja abiertos para continuar nuestras reflexiones. Para terminar, queremos subrayar luego de este breve recorrido, que en el tiempo de la dependencia absoluta, violencia y desamparo constituyen un par indisolublemente ligados, en la peripeia de la estructuración psíquica.

Resumen

El trabajo aborda el tema de la violencia y el desamparo en los orígenes desde la perspectiva de Winnicott. Intenta hacer una reflexión desde el punto de vista metapsicológico, interrogándose sobre el estatuto del registro inconsciente de las fallas tempranas producidas por las intrusiones del medio ambiente. Siguiendo a Rousillon, plantea que estos traumas quedaron “perdidos” al no recibir una representación psíquica. El trabajo de análisis debe posibilitar el registro y el ingreso de estos traumas en la dinámica psíquica. Se plantea como hipótesis que algo del orden de la represión primaria debe de acontecer, en el sentido de inscripción. El trabajo muestra una situación clínica intentando aproximarse a algunos aspectos de los expuestos.

Summary

Violence and helplessness at the origins.

Sylvia Braun de Bagnulo

This piece of work approaches violence and helplessness at the origins from Winnicott's perspective. The author tries to reflect from a meta-psychological point of view questioning the unconscious register statute of the early failures produced by intrusions coming from the environment. Following Rousillon, the author states that these traumas were “lost” because they did not receive a psychic representation. Analysis' work must allow these traumas to be registered and to enter into the psychic dynamic. The author proposes as a hypothesis that something of a primal repression nature must arise as an inscription. A clinical situation is presented in order to exemplify some of the aspects shown in this piece of work.

Descriptores: DESAMPARO / MATERIAL CLÍNICO

Autor-tema: Winnicott, Donald

Bibliografía

- AULAGNIER, P.(1975).- *La violencia de la interpretación*. Amorrortu .Ed. Bs. As.1993.
- LAPLANCHE, J.(1992).- *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Amorrortu. Ed. Bs. As.1996.
- ROUSILLON, R. (1991).- *Paradojas y situaciones fronterizas del psicoanálisis*. Amorrortu Ed. Bs. As. 1995.
- BICK, E. (1968).- La experiencia de la piel en las relaciones de objetotempranas. En: *Rev. Urug. de Psicoanálisis*. T.XI, N° 2.
- FERRO. A. (1998)- *Técnicas de psicoanálisis infantil*. Ed. Biblioteca Nueva. Madrid. 1998.

- WINNICOTT, D. (1955).- Variedades clínicas de la transferencia. En: *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Laia Ed. Barcelona 1981.
- _____ (1963) - Miedo al derrumbe. En: *Exploraciones Psicoanalíticas I*. Paidós. Ed. Bs. As.1991.
- _____ (1965) El valor de la consulta terapéutica. En: *Exploraciones Psicoanalíticas II*.- Paidós Ed. Bs. As.1991.
- _____ (1967) - El concepto de individuo sano. En: *Donald. W. Winnicott. D. Winnicott, A. Green, O. Mannoni, J. Pontalis*. Trieb Ed.Bs. As. 1978.
- _____ (1987) - *El hogar, nuestro punto de partida. Ensayos de un psicoanalista*. Paidós Ed. Bs. As, 1994.

La Paradoja de la Destrucción Organizante¹

Myrta Casas de Pereda²

*“Tanto el amor como el odio implican agresión,
la agresión por otro lado puede ser un síntoma del miedo”*

D. W. Winnicott 1939
La agresión y sus raíces

*“Por lo menos el psicoanálisis nunca le cierra
la puerta a una nueva verdad”*

“La muerte es la compañera del amor”
Sigmund Freud 1920
Más allá del principio del placer

*“La hija directa de la imaginación es la metáfora
nacida a veces al golpe rápido de la intuición,
alumbrada por la lenta angustia del presentimiento”*
Federico García Lorca

Las ideas de Winnicott sobre la agresión y la destrucción ocupan un lugar importante en su obra. Ofrece en ellas elementos de indudable valor para entender el proceso de simbolización que estará presente tanto en el espacio tiempo de la subjetivación (estructuración psíquica), como en la puesta en escena transferencial.

A su vez, la capacidad de volver efectiva la simbolización³ es el resorte propio de la neurosis. Sus fallas, sus defectos o su ausencia, configuran los diversos perfiles de la nosografía psicoanalítica. También sus intrincamientos y aún los desdibujados límites entre ellos con los que nos acostumbra nuestra praxis.

Sutil observador del acontecimiento psíquico propone intelecciones-hipótesis sobre lo percibido donde se anudan subjetividad y proceso, en el contexto de una experiencia con el otro-Otro que Winnicott nombra *medioambiente* como concepto.

Se desentiende de consideraciones metapsicológicas, de la división conciente-inconciente, y propone efectos del encuentro desencuentro con el otro (en realidad entre el sujeto del inconciente y el deseo del Otro). Otorga a la estructuración psíquica (que nombra parcializadamente ‘desarrollo emocional’) una dimensión eminentemente dinámica donde progresión y regresión se alternan, donde el acontecer y el gerundio son pivots de la organización subjetiva y por ende del movimiento transferencial. **Se trata pues de una producción, que acontece en gerundio.**

Conocer la estructura del síntoma no alcanza, es decir, la interpretación– ‘esclarecedora’ - que vehiculiza conocimiento, no es necesariamente lo que incide en una transformación o modificación del sufrimiento. Winnicott propone, en especial para

¹ . En forma resumida algunas de estas ideas fueron presentadas en el Panel Violencia y Desamparo en la Neurosis en el XII Encuentro sobre el Pensamiento de D. W. Winnicott “Violencia y Desamparo”. 17 y 18 de octubre, Montevideo, 2003.

² Miembro Titular de APU. Rivera 2516 - 11300 Montevideo E-mail: mcasas@uyweb.com.uy

³ Para los alcances que otorgo a este concepto remito al lector a un trayecto de investigación, aún abierto, realizado en M. Casas de Pereda 1999.

los casos graves, ofrecer determinados comportamientos. Esto ha determinado muchos malos entendidos y facilitado también deslizamientos a una coagulación de lo imaginario.

Sin embargo, podemos leer en su propuesta una coincidencia con Freud (1937-a), donde la interpretación no alcanza ni es asunto del saber, sino que se necesita vivir, recrear y producir el acontecimiento transferencial. Todo lo cual implica con-mover representaciones, significantes y la eventual re-escritura representación al inconsciente. Creo que podemos leer en Winnicott algo más complejo que la mera facticidad del acto.

Entiendo que esto queda subsumido en su propuesta sobre *El uso de un objeto*.

Integra la paradoja a su discurso, lo cual constituye un acto relevante, dado que deja hablar a lo real, a lo no abarcable, de un modo convincente y le da a su vez el perfil simbólico de un enunciado grávido de consecuencias. Reúne lo real de lo imposible del cuerpo junto al fuerte imaginario de la imagen y los hace bascular al simbólico del concepto (RSI). Anuda afectos, imágenes y abstracciones como ocurre en la poesía.

Paradoja e inconsciente resultan pues, consustanciales (M. Casas de Pereda, 1999).

También al plantear lo transicional como potencial, le da un lugar preferencial a la posibilidad, a lo posible, y deja espacio para la insistencia pulsional de la repetición que, escritura inconsciente mediante, da lugar a fantasía y pensamiento.

Voy a referirme a los siguientes elementos conceptuales: agresión, destrucción y el uso del objeto, donde la respuesta del otro es capital y determinante del resultado que derivará en un registro subjetivador o en síntoma.

Agresión y destrucción son inherentes a todo trabajo psíquico e indican a su modo, tanto la impronta estructurante de la pérdida, como el abanico de vicisitudes que incluyen su patologización, donde desposesión y privación señalan el sufrimiento psíquico presente en el amplio margen de la neurosis, así como en las patologías graves que tienen en un extremo el temoral derrumbe (ya acontecido).

La violencia del desamparo atañe tanto a las articulaciones desarticulaciones del amor-odio que conciernen a todo momento de producción subjetiva como al rol de la respuesta del Otro. Ambas son en realidad consustanciales.

Su formulación paradójica acerca de "*La capacidad de estar solo en presencia de alguien*" implica dos realidades diferentes (realidad psíquica y realidad material) que convergen y divergen desde el sujeto hacia el Otro y desde el Otro hacia el sujeto, habilitando autonomía.

Hace así presente al mismo tiempo la necesidad de unión, así como de corte, la separación que habilita subjetivación y permite salir de la dependencia.

¿De qué manera la violencia del desamparo pone en peligro esa capacidad de estar solo en presencia de alguien y determina que el sujeto necesite objetos para colmar vacío y soledad? La violencia obra incluso en el mundo del símbolo e inunda así las instituciones sociales.

"Los déficits de simbolización dejan al sujeto expuesto a la necesidad incontrovertible del objeto (fracaso de la sustitución), volviendo una y otra vez hacia los objetos de necesidad, abriendo la puerta al uso perverso del objeto" (M. Casas de Pereda, 1999, p.186).

Peripetia donde la neurosis se organiza con un alto porcentaje de elementos depresivos con el riesgo de bascular hacia actuaciones, el acto que sustituye pensamiento o hacia fronteras que lindan con fallas más graves en torno a la simbolización. Agresión y destrucción, constituyen para Winnicott "*un nuevo enfoque sobre la agresividad*" (Winnicott, 1968).

“Tanto el amor como el odio implican agresión, la agresión por otro lado puede ser un síntoma del miedo” (Winnicott, 1939 p.104).

“El niño necesita encontrar fuera de él algo que lo frustre y que soporte el odio. El sentimentalismo contiene una negación inconciente de la destructividad que está (esta última) en la base de construcción” (idem p.112).

Cambio cualitativo, en realidad un cambio epistemológico, pues la destrucción creando objeto subraya la negatividad propia de toda simbolización que implica una marca psíquica (representación), que conduce a fantasía y pensamiento.

La ilusión de unidad, que Winnicott enriquece desde la propuesta de Marion Milner (1965), no es sino una de las caras de la imprescindible tarea de desilusión donde es el espacio entre ambas, el “between”, el que otorga consistencia al yo, consistencia, no unidad ni verdad, que señala siempre el exilio necesario de la subjetividad.

“La posesión es tan agresiva como la adquisición” (Winnicott 1950-1955, p.282) y ambas configuran un lugar común, donde poseer y adquirir son parte de una misma experiencia. Winnicott abunda en señalar de qué modo la agresión forma parte de la expresión primitiva del amor que tiende a la relación con el objeto.

A su vez, *“Gran parte de la agresión se transforma en las funciones sociales”* (Winnicott 1950-1955, p.285) momento en el que ubica junto a la agresión, la aflicción y la culpa, ambos solidarios de la perspectiva kleiniana.

Como contracara natural de la posesión, emerge el don en el cual también incursiona Winnicott. Don del otro como abstracción, mas allá del objeto, que incide directamente en la capacidad de acoger, recibir: *“El primer acto de dar (lo que la madre elige para el niño) sin el cual no existe un verdadero acto de recibir”*, (Winnicott 1954-55, p. 367).

Pienso que *posesión* en Winnicott y *apoderamiento* en Freud (pulsión de *apoderamiento*) constituyen elementos teóricos de valor similar, dado que aluden a un comienzo mítico que culminará tanto para Winnicott, como para Freud en pensamiento y creatividad. Winnicott desdeña el concepto de pulsión de muerte pero subraya la importancia de la destrucción del objeto para crear el objeto. *“Es el impulso destructivo el que crea la exterioridad”* (Winnicott, 1968), con lo que ilumina una perspectiva simbólica que aleja toda posible reducción fáctica, a la vez que desarticula el negativismo de la pulsión de muerte enfatizado por Klein. Refiere la destrucción al objeto subjetivo, para que aparezca el objeto objetivamente percibido (con todo lo relativo del término ‘objetivamente’).

Califica el impulso agresivo como extremadamente poderoso, formando *“parte del instinto que solicita relaciones, siendo a su vez parte esencial del impulso de amor primitivo”*. (Winnicott, 1952. p.96).

Apoderamiento y agresividad en Freud, posesión no-yo y destrucción del objeto en Winnicott, fundamentan la tarea de abstracción y simbolización; apoderarse, tener, incorporar, aluden a la discriminación en la medida que hay identificación. Elementos conceptuales que adquieren consistencia en la praxis en la medida que en el espacio analítico de la transferencia propone la destrucción del objeto sin odio o sin cólera, otorgando así *“un valor positivo a la destructividad”* Winnicott, 1968).

Me permito parangonarlo a la función de corte y separación vital de la pulsión de muerte que Freud propone a lo largo de su obra (1905, 1920, 1923, 1937-b).⁴

⁴ Recorrido trabajado en Myrta Casas de Pereda, 1999. «En el camino de la simbolización. Producción del sujeto psíquico». Capítulos 10 y 18. Bs.As, Paidós. 1999.

El valor positivo de la destrucción del objeto lo entiendo como el acontecimiento psíquico donde una pérdida habilita a la relación con... otro objeto sustitutivo. “Sobrevive” la disponibilidad libidinal de efectuar articulaciones, sustituciones (idem).

A su vez: “*La moción (primaria de amor y discordia, vida y muerte) es potencialmente destructiva pero que lo sea o no dependerá del objeto*” (Winnicott, 1969 p.292). Perspectiva dinámica que revierte fuertemente la perspectiva genetista.

Winnicott nos hace presente la respuesta del otro como el objeto al que va dirigido el odio y es de esa respuesta que dependerá la posibilidad de lo que denomina sobrevida del objeto. Introduce en este momento otra expresión paradójal: “*La destrucción de un objeto que sobrevive, un objeto que no ha reaccionado ni desaparecido, conduce a su uso*” (Winnicott, 1969 p. 292).

A la idea freudiana sobre la *pulsión de apoderamiento*, que nombra luego *pulsión de destrucción* y más tarde *pulsión de muerte*, Winnicott agrega explicitadamente la función del Otro en el derrotero pulsional, aunque por momentos aparezca con un perfil fáctico, dado que no alude al deseo inconciente del Otro en forma explícita.

En el desarrollo de sus conceptos sobre el uso del objeto, entiendo que estamos ante una preocupación winnicottiana proveniente de su praxis, donde está describiendo un movimiento transferencial que señala un aflojamiento del vínculo narcisista y dual.

Vayamos por partes siguiendo su pensamiento; aparece una recomendación a no comprender que lo entiendo como un no cerrar anticipadamente un derrotero representacional que conduciría, transferencia mediante, a la repetición simbólica. El ‘*Wiederholen*’, insistencia significante de la repetición, recrea o actualiza lo real del trauma y se constituye en objetivo e instrumento de la cura. Lo que relanza dicha insistencia de repetición, es el posicionamiento psicoanalítico más que la interpretación, y dirá por ejemplo, “*el principio que me guía es que el paciente y solo él, conoce las respuestas*”. (Winnicott, 1968).

Los tres pasos lógicos más que cronológicos con que Winnicott describe la relación con el objeto, conservarlo, usarlo, y destruirlo, podemos reunirlos con su idea acerca de que “*denigrar, ensuciar y destruir están en la raíz de la relación de objeto*” (Winnicott, 1965). Dado lo cual, podemos proponer que el segundo y tercer paso son consustanciales al primero y que el primero y el segundo son subsidiarios del tercero. La noción de *a posteriori* nos permite soslayar una perspectiva genetista per se. Winnicott también integra el *a posteriori* cuando enuncia que “*se podría pensar en la separación como causa de la primera idea de unión. Antes no hay idea de unión, hay solo unión*”.

En el ‘uso’ del objeto leemos la descripción de un acontecimiento sostenido en y promoviendo la simbolización-sustitución, que en la experiencia transferencial se despliega en el espacio-tiempo de la sesión analítica. Salida de una dualidad donde prevalece lo proyectivo, como lo propone Winnicott al hablar de ‘relación’ de objeto diferente del ‘uso’ del objeto. (idem)

Cuando nos propone pensar que el objeto es “*siempre destruido o en la fantasía*” y que ello “*hace que la realidad del objeto sobreviviente se sienta como tal*” (Winnicott, 1969, p.125-126), nos permite inferir que este ‘*siempre destruido*’ es lo que hace posible que el objeto sea siempre reencontrado. Y por lo tanto el destruido queda asimilado a perdido una y otra vez..

Esta idea de objeto que sobrevive es una formulación que reúne un lado imaginario imprescindible, como es la necesaria tolerancia del analista a la agresión de su paciente y a la vez un lado simbólico en el dejarse perder, es decir, ‘que no las sepa todas’ pues entiendo es lo que Winnicott considera cuando señala que el sujeto se analiza gracias a las fallas del analista, o también “*la destrucción real (la que otorga la posibilidad de construcción de la realidad) corresponde a la falla del objeto*” (Winnicott, 1968).

Recordemos que Winnicott plantea que el analista “*es un fenómeno subjetivo del paciente*” y por lo tanto le cabe ser usado, destruido, para permitir un nuevo modo de relación con el objeto. Es decir, una nueva vuelta de la repetición elaborativa. De este modo podremos asistir a la eventual transformación de reivindicaciones lancinantes de necesidades en un proceso de intercambio simbólico donde son posibles los duelos por lo perdido.

La ductilidad entre sobrevida y destrucción, contiene la función que Winnicott asigna al otro y señalan a mi entender la importancia del posicionamiento analítico en tolerar ser usado (que refiere a un despliegue narcisista de apropiaciones y destrucciones) y a la vez ofrecer esa otra dimensión que incluye límites siempre propios y ajenos. Alternancias de relaciones duales y triádicas en el imaginario transferencial sostenido por lo simbólico.

La abstracción conceptual que integra la paradoja, apunta a la idea de destrucción-pérdida que habilita (el símbolo) la simbolización, es decir una nueva articulación representacional o significativa. Lo que sobrevive a la pérdida no es sino la marca, la escritura de una experiencia de pérdida que precisamente habilita el uso de la representación constituyendo fantasma y pensamiento.

Usar el objeto abarca desde el perfil más transitivo, como el del sujeto funcionando en el objeto -transitivismo de la temprana infancia-, el uso del objeto transicional que prolonga y reúne índices del sujeto y del objeto en una suerte de experiencia en gerundio y, desde luego, lo realizado en toda re-petición-producción transferencial.

Objeto transicional y transferencia son ambos un espacio tiempo solidario del espacio transicional, donde se dirime el trabajo sobre la pérdida, implicada en la destrucción y el uso del objeto.

Perspectiva esencialmente dinámica del trabajo sobre la ausencia que conduce a la castración simbólica y permite la circulación del deseo.

En el texto ineludible sobre la “Tendencia antisocial” propone que se trata de un modo de estar en el mundo “*que es algo que puede existir en un individuo normal, o en un psicótico o en un neurótico,... y en todas las edades.*” (Winnicott, 1956).

Para Winnicott la tendencia antisocial implica una “*esperanza*” y “*la falta de esperanza, es precisamente el rasgo básico del niño desposeído*” (Winnicott, 1956). Es en ese monto de esperanza que manifiesta su tendencia antisocial que se constituye en un elocuente llamado al otro, una demanda de ayuda. Hay esperanza por ejemplo, por detrás de la compulsión al robo, y allí el desconcierto, la intolerancia o la indiferencia del otro, pueden arruinar la potencialidad esperanzada que contenía el acto.⁵

Señala con énfasis que “*robar implica la esperanza de encontrar aquello a lo que tiene derecho de poseer*” (idem. 1956). Busca a la madre a la que tiene derecho, lo cual abre un amplio abanico de fantasmas en relación a la organización subjetiva

⁵ *Tendencia antisocial y desposesión están en relación directa y presentes entre el año y los dos de edad en el sujeto infantil. Propone discriminaciones entre desposesión y privación, que apuntan sobre todo a expectativas pronósticas: el desposeído perdió, y el privado nunca tuvo, y allí incluye el trauma aislado, la condición traumática sostenida y situaciones claramente anormales o dañinas.*

inconciente. Por ello ubica el acto como esperanzado aunque queda asociado con destructividad.

“El reclamo (de lo que debería pertenecerle) se hace por medio de robos, daños, suciedades.” (idem. P 419). Es decir se constituye en una molestia en alto grado.

“...cansar a los padres es algo que el niño realiza cuando está enojado con ellos”, “el niño lastima a quienes ama”. (Winnicott, 1939).

Se trata de la esperanza de lograr la integración perdida (entre fusión y defusión de amor y odio) que constituye el meollo de la potencialidad esperanzada. Discrimina entre la satisfacción de las exigencias instintivas (pulsionales), sobre las que se debe frustrar y fallar, de la satisfacción de las necesidades del yo (que prefiero denominar demandas) y que sí deben ser satisfechas (que también prefiero pensar como atendidas más que satisfechas).

El acto del robo sería una coagulación del fantasma de apoderamiento (tener para ser) en la ausencia del deseo y reconocimiento del Otro, que es lo que hubiera permitido “sobrevivir” al objeto.

La puesta en escena del sujeto inconciente y su deseo en transferencia, es posible como acto analítico de pleno derecho, si allí se conjuga un posicionamiento analítico que “usando” su compromiso libidinal con la tarea y su paciente, asimile la agresividad como acto vital que entraña una demanda y formule su palabra como don, que lejos de satisfacer una necesidad, promueve una sustitución simbólica. Es lo que entiendo realiza la analista con su pequeña paciente en el siguiente material.

Material clínico⁶

Victoria de 5 años, presenta crisis de angustia, rabietas, y la describen como insoportable, irritante y cansadora por sus conductas que reúnen algunas escapadas (huidas), así como hechos bizarros, pequeños robos de objetos sin importancia. Irascible, insulta y enfurece al otro. Sus padres se separaron cuando tenía 2 años y la madre desde entonces prácticamente no le pone límites. Desde su destete a los 6 meses llora todo el tiempo y se enferma muy a menudo. Al año la mandan al jardín. El padre está muy presente en la cotidianeidad de la niña y cumple además verdaderas funciones maternas en momentos de claudicación materna. En el dibujo que realiza de una niña en su primera entrevista, preguntada quién es, responde ‘nadie’ y dice que le duele la panza cuando está triste. Se le pierde ‘todo’ en la sesión, lo cual recrea numerosas pérdidas acontecidas en la realidad y anuncia tormentas transferenciales, prefigurando rabias y desorganizaciones. Por otro lado es una niña encantadora, inteligente, vivaz, incluso algo sobre adaptada. A poco de comenzar el análisis, se pone en escena mucho de lo comentado, incluyendo el robo de unos caracolitos pertenecientes a un adorno del consultorio de adultos en el que incursiona furtivamente escondiendo lo sustraído. La analista entonces trae a la sesión siguiente un puñado de caracolitos para incluir en la caja.

P. *“Mirá un paquete de regalo, no es para ti, es un chanchito alcancía para poner monedas. ¿Tú tenés?”* Allí percibe los caracolitos que la analista trajo para incluir en la caja de juegos.

P. *“¡Ah, como los míos!”*

A. *“Vamos a hacer un trato, éstos son para jugar acá y los otros no son para jugar, son del otro consultorio.”*

⁶ Agradezco a Silvina Gómez Platero, analista de Victoria, el poder disponer de esta secuencia clínica.

Victoria toma los caracolutos, se los tira a la analista, luego al piso, luego al aire.
Y dice:

P. “*No me mires*”.

Se guarda algunos caracolutos en el bolsillo.

P. “*¡Tarada, estúpida! No me mires. Ahora seguimos, tirando bien alto*” se los sigue tirando a la analista.

A. “*Cuidado, que duele*”

P. “*¿Qué me mirás? Me olvidé de algo*”. Y sale...

A. “*¿Te acompaño?*”

”P. “*¡No! Espera acá (Esconde caracolutos en su campera y vuelve...) Seguimos jugando*”.

A. “*¿Qué pocos caracolutos!*”

P. “*¡Sí viste! ¡Te dije!*”

A. “*¿Qué hacemos? ¿Jugamos a buscar?*”

P. “*¿Qué raro no? Desaparecieron*”.

Entre ambas van contando varias veces y la analista dice:

A. “*¡Qué bien, no desaparecieron más!*”

Siguen jugando a buscar-esconder los caracolutos

A. “*¿Caracolutos, dónde están?, escucho ruiditos....*” (chocando entre sí en el bolsillo de la misma)

P. “*¡Aquí están!!*”

A. “*¡Qué suerte!, ¿habrá más? hay más ruiditos...*”

Me parece que hacen ruiditos para que las encontremos”.

P. “*¡Ah! ¡Están acá! ¡Estaban en mi bolsillo!*”

A. “*Se escondían ahí*”. *Debe haber pasado así con los del consultorio, se escondieron allí y después desaparecieron.*

Luego de jugar un buen rato, la niña pide de llevarse tres a su casa.

Además dice “*Juguemos a que la mamá se había muerto*”

...

La sesión comienza con la alcancía que hace presente el tener y no tener, donde ella precisamente no tiene y donde para tener, alguien debe dar o debe ofrecerse para ser tomado. Se pone de relieve toda la problemática del don, que es sustituida por un quitar al otro y que tal vez presentifica su vivencia de que no le dan y/o le quitan. El tener tiene que ver con esa trama que Winnicott describe en relación a la desposesión y la privación en lo que entiendo se hace elocuente el deseo inconciente del Otro.

La analista le trae caracolutos y hay un trato (íntegra de este modo los límites) que habilita un espacio lúdico de representaciones y la niña se dispone a representar el acto del robo ante ella, diciéndole “no me mires”. Precisamente Victoria denuncia una vivencia de ser mirada con defecto, envuelta en la modalidad de una sobreprotección, en esas señales del exceso, pegada a la madre, sin límites y a su vez depositada en el jardín al año de edad, todo lo cual implica un no ser mirada verdaderamente. Ser reconocida como separada de la madre. El ‘no me mires’ señala a la vez en la negación la necesidad de ser mirada, reconocida en sus demandas, a la vez que anticipa la próxima escenificación del acto a escondidas.

En la medida de que esto no ha acontecido de un modo saludable se instala la modalidad narcisista y paranoica del discurso. La insulta, le pega, o la mata e inmediatamente “roba”, se guarda caracolitos.

La analista sostiene bien este despliegue hostil y en vez de hablar de robo dice ‘desaparecieron’, con lo que da entrada al estar-no estar, a la dialéctica presencia-ausencia, que se reúne con el tener-no tener. Ambos momentos consustanciales de la subjetivación. El juego de escondite, que se vuelve placentero a lo largo de la sesión, culmina con un “¡Ah!, se escondieron ahí”, con lo que la analista personaliza el don de los caracolitos. Un modo de decir que ellos ‘querían’ estar allí, a lo que la niña responde en seguida con un “¿Me puedo llevar tres?” Con lo cual realiza ese viraje fundamental que necesitará repetir muchas veces y que implica pasar de la vivencia de sustracción, robo, a una demanda que abre a la posibilidad de que el otro responda. En sesiones siguientes continúan estos juegos a los que agrega el baño de muñecos y objetos. En una de ellas vuelve a ponerse en escena el acto de sustracción.

P. “*Esperame que me olvidé de algo...*” Y vuelve del auto trayendo un caracolito de los sustraídos.

A. “¡Qué bien, apareció!”

P. “*Sí, lo encontré en el auto*”. Y se dirige al otro consultorio a dejarlo, cuando vuelve dice

P. “*Ahora faltan tres, ¿puedo llevarme esto?*” Se refiere a un drypen que trae del consultorio de adultos, diciendo:

P. “*Porque finos no tengo*”. Mira su cuaderno en la caja y alternativamente el cuaderno de la analista.

P. “*¿Puedo llevarme el dibujo que voy a hacer para mi casa?*” (dibuja una casita). Se balancea y se cae de la silla y agrega,

P. “*¿Puedo escribir Victoria en tu cuaderno?*”

Vuelve a tambalearse y caer.

P. “*¿Me escribís tu nombre en el mío?*”

Juega un rato copiando letras y nombres que pide previamente que escriba la analista. Luego de un rato de estas escrituras reitera:

P. “*Me lo voy a llevar para mi casa*”.

Se pone entonces a jugar en la pileta que llena de agua y jabón para bañar a sus juguetes, vaciando el recipiente de jabón líquido, y allí dice:

P. “*Me hago caca, voy al baño*”. Vuelve rápidamente y dice:

P. “*¿Viste que rápido hice?*” En realidad fue a llenar el dispensador al baño donde había un recipiente grande de jabón líquido.

P. “*Es la bañera de los bebitos, traelos todos para bañarlos*”. Pone muñecos, juguetes y caracolitos.

P. “*¡Vamos a bañarse, hay que bañarse!*” con voz autoritaria, y le pide a la analista que dramatice a uno que no quiere.

A. “*¡No, no quiero, no quiero!*”

P. “*¡Hay que bañarse (los mete a la fuerza), estos chiquilines, hay que bañarse, si no se van a reír de ustedes!*”

Baña muñecos y caracoles. Luego de forcejeos e irritaciones, se calma y comienza a disfrutar de lo que está haciendo, lavándolos más calmadamente, utilizando mucho jabón y agua espumosa.

P. “*Ahora no sale más agua, sólo jabón. ¿Quieren que les haga unas burbujas?*”

A. *“¿Cuanto jabón que hay!, necesitas mucho jabón, si necesitas más en el baño hay”.*

Victoria detiene su juego y la mira asombrada, luego de un momento de dudas, dice:

P. *“Cuando fui a hacer caca agarré un poco... no, mentira no hice caca... no agarré ¿me traés un poco más?”*

La analista le trae más jabón.

Al poco rato dice:

P. *“Ahora vos eras la mala y matabas a los niños. Vos y yo éramos amigas y matábamos a todos, primero a bañarse, matamos a todos con una poción mágica. ¡A bañarse! ¡Limpiá Cenicienta, limpiá!, después te mataré a ti también con mi poción mágica”.*

Al terminar la sesión dice:

P: *“¿Viste que siempre me llevo algo?, y se lleva una hoja con dibujos.*

Victoria comienza la sesión devolviendo uno de los caracolitos sustraídos y pide para el final de la sesión, llevarse un dibujo aún no realizado. Verdadero trabajo sobre el don, donde se anuda el acto de recibir con la posibilidad de dar-devolver lo sustraído. Luego escenificará una vez más la sustracción, puesta en acto del retorno de lo reprimido como presentación ante otro que habilita una articulación diferente y un aflojamiento de lo reprimido patógeno.

En el pedir para ‘después’ está aludida la categoría temporal que implica contar con el otro en un tiempo diferente; sin embargo se cae repetidamente, expresando de este modo que aún no logra sostener-se en/con el deseo del Otro. También actualiza un ‘no tengo’ que se denuncia en los síntomas.

Pide escribir en Silvina (su cuaderno) y luego que Silvina ‘la escriba’ cuando escribe el nombre de la niña en su cuaderno. Marcas en el Otro, marcas del Otro en ella, también acá pide poderlo llevar y entendemos su importancia, pues se trata de un documento, escritura que implica apropiación autorizada desde el Otro y el disfrute que ello comporta. Pero la repetición convoca nuevas vueltas y Victoria escenifica lo sucia que se siente y la necesidad de limpiar, bañar, castigar, matar a todos.

Sucia, llena de caca y haciendo caca, señalan su vivencia en relación a robar, es decir obtener algo sin el consentimiento del otro, y que se torna un acto hostil. Hay que bañarlos a todos pero en el mismo acto de salir del enchastre vuelve a hacer presente su necesidad de tener y saca jabón a escondidas. Engañando a medias porque dice la verdad de su fantasma, que va a hacer caca, robar, tomar de lo que carece y que aún no se anima a pedir. La posesión o el apoderamiento que implica la vida se vuelve, transformación en lo contrario mediante, una expulsión hostil, lo anal.

Hay una certeza implícita en su subjetividad acerca de que va a ser denegada su demanda, a la que tiene derecho, como señala Winnicott. Con lo cual se organiza la fantasía del robo con todos los referentes culturales que ello implica, conducta antisocial, que la ubica reiteradamente en un círculo vicioso generando precisamente que no le den sino... rechazo o el castigo. Y se reitera su vivencia de vacío, de carencia y reclamo.

La analista no dice nada de su reconocimiento del gesto de ocultamiento, lo deja pasar, toma la situación como natural, no como un robo, se puede tomar todo lo que hay en el ámbito analítico porque es una prerrogativa del encuadre, pero además lo subraya diciendo, *“si necesitas más, en el baño hay”.*

La carita de asombro de Victoria indica un momento de reversión de la perspectiva que se hace elocuente cuando entonces la niña dice “¿me traés más?”

Reversión porque el acto de quitar es sustituido por una demanda (una vez más) que abre a la posibilidad de que el otro pueda responderle. Respuesta que en lo fáctico satisface al pedido concreto del jabón y que en lo simbólico está referida al reconocimiento del otro acerca de las necesidades del sujeto, y donde es necesario transitar una y otra vez entre demanda y frustración, en esa transicionalidad operativa.

Se trata de la creación del espacio transferencial, sostenido en la confianza, donde la magia y la ilusión tienen lugar. Victorias e permite escenificar un fantasma crucial de su estructura sintomática donde alternativamente se mata a todos los niños o se mata a la madre. El fantasma filicida que revierte en el odio que éste convoca y que aparece en todas las manifestaciones sintomáticas de la señales depresivas de su estructura, el hacerse cargar por el otro. Necesidad de escenificar destrucciones, corte, pérdidas, donde lo traumático ha dejado huellas y entorpece el reencuentro.

Mucho de su historicidad traumática es reiterada en la oralidad envenenadora de los cuentos infantiles, muerte y desamparo, donde abundan fantasmas de pérdidas y orfandades que convocan el dolor y el odio presente en sus síntomas, como las rabietas, por ejemplo.

Winnicott señalaba “*los ataques mágicamente destruyen, pero cuando la magia fracasa transforma los ataques agresivos energías en las que lanza inventivas verbales*” (Winnicott, 1939p.106).

La escena se produce ahora en transferencia, adquiriendo el perfil lúdico y placentero del destruir-nombrar-representar con lo cual se augura un posible cambio estructural.

Resumen

Se propone tomar las ideas de Winnicott, inmersas en formulaciones paradójales, acerca de la agresión y destrucción, reunidas con sus nociones acerca del uso del objeto para pensarlos momentos esencialmente dinámicos, tanto de la estructuración psíquica como del trabajo y producción transferencial.

Se trata de elementos constitutivos que determinan nociones de pérdida y sustitución contenidas en el ‘uso del objeto’ con un importante nivel de abstracción que nos permite ubicarlos en la perspectiva de la simbolización como elemento nuclear de la neurosis.

A su vez Winnicott hace depender la noción de salud o enfermedad de la respuesta del otro a la agresión y la destructividad. Allí radica, en su defecto, la violencia del desamparo que deja al sujeto inerte para disponibilidades simbólicas y estructurantes. Se realizan algunos acercamientos conceptuales entre Freud y Winnicott en lo relativo a la función vital de corte de la ‘destrucción’, (posesión en Winnicott, apoderamiento en Freud), así como la valoración de la idea freudiana de la pulsión de muerte habilitando la vida.

Se jerarquiza la idea winnicottiana acerca de que la moción será destructiva o no dependiendo de la respuesta del otro. Lo cual revierte fuertemente toda perspectiva genetista. Constituye una explicitación de la función del otro (ahora sí su deseo inconsciente como Otro) en el derrotero pulsional.

Finalmente, con un breve rastreo del texto sobre la *Tendencia antisocial* se objetivan articulaciones teórico-clínicas a propósito de una pequeña con conductas de robo que recrea en transferencia.

Summary
The paradox of the organising destruction.
Myrta Casas de Pereda

The author's intention is to take Winnicott's paradoxical ideas on aggression and destruction and combine them with the notions on the use of the object. Thus, the author intends to reflect upon moments that are essentially dynamic, both of psychic structuring and of transference work and production.

They are constitutive elements which determine ideas of loss and substitution included in "the use of the object". Their high degree of abstraction enables us to place them in view of symbolisation as a nuclear part of neurosis.

At the same time, for Winnicott, the ideas of health and sickness depend on how the "other one" responds to aggression and destruction. For want of, there stems the violence of helplessness, which leaves the person without symbolic and structuring resources. The author tries to approach Freud's and Winnicott's ideas on "destruction" in its vital function of "cutting out" (possession for Winnicott, seizure in Freud) and also assesses Freud's idea on the death impulse as enabling life.

This piece of work gives a special importance to Winnicott's idea that the motion will or won't be destructive depending on the answer received by the "other one". This strongly reverts a geneticist view. It is an explanation on the function of the "other one" (his unconscious drive as "other one") in his course to the impulse.

Descriptores: **AGRESIÓN / DESTRUCCIÓN /
SIMBOLIZACIÓN / INTERPRETACIÓN/
DESAMPARO / USO DE OBJETO /
MATERIAL CLÍNICO**

Descriptor propuesto: **CAMBIO PSÍQUICO**

Bibliografía

- CASAS de PEREDA, M. (1999). *En el camino de la simbolización, Producción del sujeto psíquico*. Bs. As, Paidós, 1999.
- FREUD, S. (1905-a). Tres ensayos de teoría sexual, en Obras Completas T. VII. Bs.As, Amorrortu, 1976.
- (1905-b). Más allá del principio del placer, en Obras Completas T. XVIII. Bs.As, Amorrortu, 1976.
- (1923). El yo y el Ello, en Obras Completas T. XIX. Bs.As, Amorrortu, 1976
- (1925). La negación, en Obras Completas T. XIX. Bs. As, Amorrortu, 1976.
- (1937-a.). Construcciones en el análisis, en Obras Completas T. XXIII. Bs.As, Amorrortu, 1976.

- (1937-b). Carta a Marie Bonaparte, en: Jones, E.: *Vida y Obra de Sigmund Freud*, Apéndice A, Bs. As, Nova T. III, 1962.
- MILNER, M.(1965).. El papel de la ilusión en la formación de símbolos .En: Melanie Klein et al. *Nuevas direcciones en psicoanálisis*”, Bs. As, Paidós.
- WINNICOTT, D. W. (1939). De la agresión y sus raíces. En: *Deprivación y Delincuencia*. Bs.As, Paidós, 1990.
- (1950-1955). La agresión en relación al desarrollo emocional. En: *Escritos de pediatría y Psicoanálisis*, Barcelona, Laia, 1979.
- (1952). Carta a Roger Money-Kyrle. En *El gesto espontáneo*.Bs.As, Paidós, 1990.
- (1954-1955) . La posición depresiva en el desarrollo emocional normal. En: *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Barcelona, Laia, 1979.
- (1956). La tendencia antisocial. En: *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona, Laia, 1979.
- (1965). Notas tomadas en el tren. En: *Exploraciones psicoanalíticas*, T. I. Buenos Aires, Paidós, 1993.
- (1968). El uso de un objeto y la relación por medio de indentificaciones. En: *Realidad y juego*. Bs.As, Granica, 1972.
- (1969). El uso de un objeto en el contexto de Moisés y la religión monoteísta. En: *Exploraciones psicoanalíticas* T. I. Bs.As, Paidós, 1993.

Entre espontaneidad y sumisión, la vida.

Cristina López de Caiafa*

Los seres humanos nos movemos entre variadas formas de espontaneidad y sumisión** en nuestro paso por la vida¹.

La historia de la humanidad en su ocupación del planeta, en sus movimientos migratorios, nos dice de ese tránsito con encuentros y desencuentros donde la relación con el ambiente físico o humano dio lugar a veces al diálogo transformador y creativo y otras al sordo y penoso aniquilamiento.

Nuestro existir personal se da en el juego acompasado de un pendular más o menos acentuado entre zonas extremas. Entre aquello que procediendo de nuestro interior, de nuestros impulsos al natural y sin cultivo emerge y se descubre, nos descubre, ante otros en conductas y gestos espontáneos, y el extremo sumiso que desde sus raíces latinas evoca la desaparición, el hundimiento, el perderse y aún el ser tragado, consumido, es decir la aniquilación de lo que es propio y personal.

Los conceptos, dice Winnicott, “no son cosas, son las formas que disponemos para hablar de las cosas”². Nos rescata así de someternos a la rigidez de una estilística de la teoría y nos devuelve la libertad de movimiento para *hacer uso* de los conceptos como herramientas o como juguetes ya que unos u otros habilitan e inauguran formas del hacer, del experimentar, del sentir y del pensar. Nos recuerda asimismo que en ciencia ninguna verdad es definitiva o absoluta y que lo que cuenta es pensar, sentir y disponer de suficiente libertad para especular.

Es en esta línea que me gustaría hoy pensar a Winnicott el hombre que **vivió su vida** que en ella se trazó al recorrerlo, su camino personal para ser analista. Atisbar allí oscilaciones espontaneidad- sumisión que entiendo van juntas como par dialéctico, para poder pensar cómo opera este par en todos nosotros. Incluyo aquí la relación que los analistas mantenemos con el psicoanálisis en nuestra práctica y en la relación con las teorías y sus autores y especialmente nuestra relación con Winnicott y su obra.

* Miembro Titular de APU. E-mail: caiafa@adinet.com.uy

** *Espontaneidad y sumisión ocupan un lugar central en la teorización Winnicotteana del self verdadero y falso. El self para D. W. W. designa la persona total en su unidad psicosomática y en su continuidad de ser, existir y sentir. Para su constitución depende de la adaptación temprana de la madre suficientemente buena, que no sólo satisface sus necesidades sino que da sentido a la omnipotencia del bebé expresada en sus gestos espontáneos. El self verdadero expresa la potencialidad creativa persona que da sentido al vivir. Cuando en cambio la madre falla repetidamente en su adaptación porque no logra sentir las necesidades de su bebé no puede satisfacer a l gesto espontáneo e instrumentar la omnipotencia de su pequeño, lo que sucede entonces es que reemplaza el gesto de aquél por el suyo propio. Aquí la sumisión del bebé al gesto materno es el origen del self falso. En la evolución normal un cierto grado del self falso se manifiesta en el desarrollo de una organización yoica adaptada al ambiente que funciona como defensa y protección del self verdadero reservorio de lo creativo, espontáneo y personal. La existencia integrada de ambas modalidades da riqueza al vivir en la salud. En la patología predominará la escisión que rigidiza y empobrece.*

Considerar esta relación es una de las formas posibles de enfocar al psicoanalista en su medio (analítico) con sus encuentros y desencuentros.

Con enorme frecuencia mencionamos a Winnicott celebrando su libertad para pensar y para formular su pensamiento en un lenguaje personal. Lo vemos independiente y espontáneo en su relacionamiento con pacientes y colegas y nos sorprende lo creativo de sus propuestas teórico-clínicas.

Pienso que idealizamos grandemente estas cualidades y que ellas llegan a formar parte de una especie de ideal del yo analítico que para muchos D.W.W. encarna.

Es posible que lo pensemos y queramos verlo así no sólo porque él pueda haber tenido esas cualidades sino porque son las que deseáramos en nosotros. Por lo tanto nos resulta fácil identificarnos con quien pensamos las posee y en él celebrarlas.

Pero con frecuencia descuidamos, olvidamos, o quizás carecemos aún de datos que permitan aquilatar el proceso de emergencia de una espontaneidad suficientemente buena junto al jalonamiento o alternancia de gestos a veces no tan espontáneos, los que “sumieron” su self, los que también sumen al nuestro.

Intentaré entonces recortar circunstancias de la vida personal de D.W.W. para considerar lo que visualizo como ese pendular entre modos opuestos de relacionamiento con el medio, en esta línea de espontaneidad y sumisión por la que el self emerge y tiende a la unidad en sus manifestaciones.

Mis recortes, también personales, tomarán algo de los tiempos de infancia y algo de la vida adulta en un movimiento que, entiendo, tiene mucho de resignificador.

Clare Winnicott, en la semblanza que hace de su marido a partir de una autobiografía inconclusa y de su propia vivencia, relata felices años de infancia en un hogar sólido y lleno de afectos, y agrega: “no faltarán los que piensen, quizás, que todo es demasiado hermoso para ser cierto y sin embargo es la verdad. Todo era muy bien.”³

Por cierto no dudamos del hogar colmado de afectos que Donald niño disfrutó, ni de que tuviera desde pequeño la certeza de ser querido en una familia que brindaba naturalmente la seguridad.

Pero nos preguntamos, como analistas debemos hacerlo, qué más habría detrás de esos dulces recuerdos tan exentos de trazas de angustia.

Al cumplir sus 67 años, 38 después de muerta su madre y sólo unos pocos antes de su propia muerte, nos sorprende con unos versos, que declara, le brotan con dolor.

Son versos que nos resultan doblemente conmovedores, por el hondo sentimiento de congoja que los impregna y por la porción de verdad que nos acerca o nos permite inferir.

El árbol*

La madre abajo está llorando
llorando
llorando

Así la conocí
Entonces extendido sobre sus rodillas
Como ahora sobre árbol muerto.

Aprendí a hacerla sonreír
A contener sus lágrimas
A deshacer su culpa
A curar su muerte interior
Animarla fue mi vivir.⁴

*

Es la poesía de un hombre con un viejo dolor por el niño que en su infancia tuvo una misión, su-misión: sostener una madre deprimida, hacerse cargo de su tristeza, darle vida, su vida.

Elizabeth Woods (el árbol) fue sin lugar a dudas una madre amorosa que amó y cuidó a su hijo, a quien sostuvo, estimuló y valoró.

Pero era también una mujer que sufrió intensas depresiones de las que su hijo la rescataba.

Winnicott dio a entender que su padre, muy involucrado en funciones comunitarias “inconscientemente delegó en él la tarea de cuidar a su entristecida madre” y que, asimismo, este tan ocupado padre lo dejó demasiado con “todas sus madres” y que las cosas nunca se arreglaron del todo.⁵

Frederick Winnicott habilitó en su hijo la libertad de pensamiento, pero no le habría dejado opciones ni lo rescató de esta su-misión con el lado enfermo de su madre.

Winnicott entregó el poema a su cuñado James Britton, le pidió que mirara aquello que de él salía con dolor. ¿Necesitó quizás de otro hombre para en él decirle a su padre del peso de la misión encomendada?

De esta misión, como mengua a la espontaneidad podemos hipotetizar prolongaciones en su vida personal y también en sus experiencias de análisis. A su vez el rescate, la recuperación del gesto espontáneo lo vemos materializarse en su obra, en su creación de una teoría que integra lo vivenciado, gozado y sufrido desde la experiencia infantil, la comprensión alcanzada en las experiencias de análisis y de formación teórico clínica, así como su experiencia como pediatra, todo a través de una notable sensibilidad y capacidad empática.

En su vida privada, su primer casamiento lo muestra en continuidad con la vieja línea de sumisión. Su esposa, Alice Taylor, una bella mujer cuatro años mayor que él, muy pronto se reveló enferma psiquiátrica. Winnicott la cuidó con dedicación y afecto en medio de una vida con ribetes de pesadilla que entrelazaba los trastornos alucinatorios y delirantes de Alice y su propio sufrimiento personal que desembocó en la búsqueda de análisis a fines de 1923, el mismo año de su casamiento.

Donald pasó 25 jóvenes años casado con una mujer psicótica, hondamente deprimida y se hizo cargo de ella aún después del divorcio, sosteniéndola económicamente hasta su muerte tres años antes que la suya.

Me pregunto cuánto del lugar en la relación con la madre deprimida se jugó en este matrimonio que sólo pudo disolver luego de muchos años de análisis.

Creo que acercarnos a la zona del análisis personal tiene un lugar especial en este enfoque sobre espontaneidad y sumisión en el hombre que pudo generar una teoría tan valiosa para entender el sufrimiento humano.

* Traducción personal

Mi intención no es enfocar la intimidad de los procesos de análisis de Winnicott, sino resaltar aspectos de la relación con los analistas y de sus intentos, deseos y frustraciones a la hora de iniciar análisis o re-análisis. Porque también allí hubo renuncia y sometimientos, así como rescate de los mismos por medio de auténticos actos de independencia y discriminación.

En 1923, con 27 años y por sus propias dificultades personales, acude a E. Jones en busca de análisis, quien lo sorprendió en ese primer encuentro pues dio cuenta de saber más de su enfermedad que él mismo. Winnicott dijo que lo alarmó al darle una lista de sus síntomas por adelantado. Impresionado se sometió al saber, pero protestó reactivamente olvidando pagarle los honorarios.

Jones lo derivó a J. Strachey, con quien se analizó diez años a seis sesiones semanales, una enormidad para esa época. En el curso de este análisis sorpresivamente muere su madre luego de una breve enfermedad pulmonar. No hay referencias a la repercusión y tramitación de este importante hecho por parte de Winnicott.

También en el curso de este análisis y por Strachey supo de Melanie Klein por primera vez.

Su analista “irrumpió en su análisis”, le habló en términos de “*debería* conocerla si está aplicando teoría psicoanalítica a niños”. Pero al igual que el padre, en el episodio de la Biblia en la infancia*, le dijo “Ud. tendrá que juzgar por sí mismo, ya que no obtendrá lo que Melanie Klein enseña en este análisis”⁶.

A pesar del *debería* (¿o debido a él?) Winnicott no corre a verla, lo hace recién después de 1932 luego de publicado “Psicoanálisis de Niños”. En su primer contacto va en búsqueda de aprendizaje y le solicita supervisión. Queda notoriamente impresionado por su conocimiento, su experiencia, su flexibilidad y la memoria con que guardaba detalles de sesiones, que él mismo a veces no recordaba.

La supervisión se extiende durante seis años.

Lo fructífero de su encuentro con Klein, la riqueza de sus conceptos sobre el psiquismo temprano y lo decisivo de estos primerísimos tiempos en la futura salud o enfermedad, así como el dinamismo que ella mostraba para sostener sus ideas junto, quizás, a lo inquietante de la vida matrimonial con su esposa trastornada lo llevaron a pedir a Melanie Klein que fuera su analista. Allí sucede algo, que creo, importa señalar; M. Klein no aceptó a Winnicott como paciente porque ella, en ese momento, lo necesitaba como analista de su propio hijo Erich ⁷.

Winnicott acepta el cambio de propuesta, depone su deseo y accede al de ella. Renuncia a Melanie, a quien buscaba quizás como madre analítica vital y pujante, para encontrar en ella a una madre preocupada por su propio hijo. No por él como hijo paciente. De este acto de renuncia y sumisión se repone negándose a supervisar con ella el material de análisis de Erich.

* Cierta día, siendo aún niño, mientras volvían caminando de la iglesia, Donald le preguntó a su padre sobre cuestiones religiosas. En lugar de responder a sus preguntas Sir Frederick lo remitió a la Biblia diciéndole que leyera y decidiera por sí mismo, ya que no tenía por qué creer en lo que él creía. Este episodio que ha sido señalad o como un acto paterno de puesta en contacto con bienes culturales y de habilitación a la independencia de pensamiento, no deja de mostrar al mismo tiempo a un chico que cuando necesita saber y disponer de la opinión paterna para gestar la propia es dejado solo.

Este acto no es una mera rebeldía reactiva, es un gesto espontáneo por el que emerge en él el auténtico analista constituyéndose en el oscilar entre el acatamiento que desdibuja al self y la natural vitalidad que lo hace surgir y afirmarse.

Luego vendrá el período de análisis con Joan Rivière, una experiencia dura, por momentos amarga y desestimulante, coloreada al parecer por el hostigamiento de su analista a medida que Winnicott se independizaba teóricamente de Melanie Klein, o criticaba algunas líneas del pensamiento Kleiniano.

Posiblemente una relación de estas características con Rivière le resultara de utilidad en ese momento para poder tramitar el odio, desde sus más profundas raíces, y ello a su vez fuera una necesaria contribución a la firmeza y vitalidad de sus propias ideas en el desasimiento respecto a las de Klein. Un desasimiento que le permitió tomar de ella lo que sintió y reconoció como valioso, fuera de la idealización inicial, pero también oponerse a lo que consideró desacertado o dogmático, y por esta vía desarrollar su propio pensamiento.

La idea de que la lealtad, cuando es sumisión, empobrece el pensamiento impregna su modo de existir en el medio analítico y aparece claramente en sus cartas cuya recopilación fue publicada precisamente bajo el título “El gesto espontáneo”⁸.

Esta fue una relación analítica muy particular, donde la oscilación sometimiento - espontaneidad fue materia palpable no sólo en la intimidad del análisis, sino en situaciones públicas en las que Winnicott tuvo comportamientos seguramente más adecuados que su analista y donde lo espontáneo de su pensamiento emergió vigoroso, dando cuenta de que los encuentros y desencuentros pueden ser generadores de transformaciones en el medio analítico.

En un trabajo anterior decíamos “las circunstancias personales dejan su impronta en la evolución del pensamiento. En esta perspectiva, la experiencia interna del sujeto se vuelve determinante generando un cierto grado de sensibilidad propia para enfocar determinados aspectos”⁹.

Circunstancias personales, experiencia interna y sensibilidad generada desde ellas, confluyen en su producción de una teoría que coloca a la relación madre – hijo en la base del surgimiento del ser, y en cómo la cualidad de esa relación puede facilitar o perturbar ese surgimiento.

La implicancia mutua del verdadero y falso self, en la salud, espejan la relación madre – hijo (falso self protector y sumiso – verdadero self espontáneo y creador) y muestran las formas de alternancia sometimiento – espontaneidad dentro mismo de la propuesta teórica de las instancias Winnicottianas del self.

Creo que se puede pensar la producción teórica de Winnicott como la emergencia de eso espontáneo y creador desde la relación dialéctica con las experiencias y vivencias sumisas de hundimiento en el otro. Y esto desde su infancia y desde su relación con las ideas de Melanie Klein, con la cual se fascinó en un comienzo, para luego gradualmente apartarse y evolucionar hacia zonas de desarrollo personal. Esto le costó trabajo y dolor, porque no encontró en Melanie Klein lo que sostenía era una necesidad básica del que crea o produce: el ser reconocido por el otro (la madre) en sus gestos, que así, se vuelven reparadores.

Retomo ahora el pensar nuestra propia relación con DWW y su obra.

¿Cuánto de la libertad y espontaneidad que celebramos en el pensamiento de Winnicott nos permitimos a la hora de pensarlo? Por supuesto, esto nos cabe a cada uno en diferentes medidas y seguramente haya también momentos diferentes en nuestra relación con su pensamiento, tal como planteábamos en el trabajo sobre nuestro vínculo con las teorías, en una perspectiva metapsicológica Winnicotteana.

¿Cuánto ponemos de repetición sumisa y cuánto de elaboración y creación a partir de él y de nosotros mismos? Muchas veces repetimos eslóganes sobre la espontaneidad parafraseándolo y hundiéndonos en la más plana sumisión facilista.

Pienso que muchas veces se da una idealización de la espontaneidad que rigidiza el concepto, lo vuelve una entidad discreta y le sustrae el esencial dinamismo que sólo al hacerlo jugar con lo sumiso lo vuelve metáfora del self como unidad¹⁰.

La espontaneidad, se me ocurre, que surge trabajosa en ese pendular desde momentos y zonas de experiencia, donde la sumisión a intermitencias nos fagocita, pero donde también sobre ese fondo de negatividad la vitalidad del ser emerge en actos, gestos, vivencias, que configuran en la salud un constante renacer de eso que llamamos espontaneidad.

Es lo que sucede cuando de lo ya sabido y transitado despuntan interrogantes nuevos, ahí vivimos, revivimos, esa emergencia del pensar creador. Creación que supone, en lo ya conocido, conjeturar un nuevo orden que permite ver lo nuevo que enriquece, amplía, integra lo anterior, o lo supera, abriendo nuevos senderos.

Como analistas, en la sesión vivimos la paradoja de un vital sometimiento transferencial del cual, la contratransferencia, su vivencia, su comprensión y utilización nos rescata en la creación interpretativa, ya sea que la formulemos verbalmente, la juguemos, como en el trabajo con niños, o la silenciemos a la espera de su descubrimiento por el paciente.

Con Winnicott recorreremos un camino que siempre arriesga quedar comprendido en lo que él afirmaba: los seguidores son por definición, sumisos y aburridos, salvo cuando buscan algo. Espero que mi búsqueda me rescate de ser sumisa y aburrida, y que en todo caso, ella resulte de utilidad para la de ustedes.

Resumen

El trabajo se propone pensar a D.W. Winnicott como el hombre que *vivió su vida* y que en ella se trazó al recorrerlo su camino personal para ser analista. Atisbar allí oscilaciones espontaneidad-sumisión (conceptos básicos en su teorización del self verdadero y falso) actitudes que considero interactúan como par dialéctico en cada ser humano.

Se enfocan algunas circunstancias de los tiempos de infancia, de la vida adulta y de la historia profesional, enlazada al análisis, procurando visualizar ese pendular espontaneidad sumisión que gesta la tendencia a la unidad del self.

Se pretende dejar abiertas líneas de reflexión sobre este pendular en las relaciones que los analistas mantenemos con el psicoanálisis en nuestra práctica, en la relación con las teorías, los autores y las instituciones psicoanalíticas.

Summary

Between spontaneity and submission, life.

Cristina López de Caiafa

This work intends to see D.W. Winnicott as the man who *lived his own life* and all along it he traced his personal way to become analyst, and be able to make out right there, fluctuations spontaneity – submission (basic concepts in his theorization of true and false self) attitudes that I consider interacting as a dialectic pair in every human being.

Some circumstances of early childhood and infancy, adult life, professional history linked with the analysis are focused trying to visualize this pendular spontaneity – submission which I think gives origin to the unit of the self.

It is intended to open lines of reflection about this pendular in the relationship that we analysts keep with the psychoanalysis in our practice, in our relationship with the theories, their authors and the psychoanalytic institutions.

Descriptores: SOMETIMIENTO / ESPONTANEIDAD
Autor-tema: Winnicott, Donald

Referencias Bibliográficas

- 1 WINNICOTT, D. W.- La distorsión del yo en términos de self verdadero y falso. En: *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Paidós, Buenos Aires, 1999.
- 2 WINNICOTT, D.- *Exploraciones Psicoanalíticas II*. Paidós, Buenos Aires, 1993. (p. 211).3
- WINNICOTT, C.- Donald Winnicott en persona. En *Donald W. Winnicott*. Trieb, Buenos Aires, 1978. (p. 51).
- 4 KAHR, B.- *Donald Winnicott. A Biographical portrait*. Karnac Books, London, 1996. (p. 10).
- 5 O.P. (p. 46).
- 6 PHILLIPS, A.- *Winnicott*. Fontana Press, London, 1988. (p. 45).
- 7 GROSKURT, P.- *Melanie Klein. Su mundo y su obra*. Paidós, Buenos Aires, 1990. (p. 251).
- 8 WINNICOTT, D. W.- *El Gesto Espontáneo*. Paidós, Buenos Aires, 1990.
- 9 LÓPEZ DE CAIAFA, C., ALTMAN DE LITVAN, M., PORRAS DERODRÍGUEZ., L. y LABRAGA, F.- Nuestro vínculo con las teorías. Relación y uso desde la perspectiva metapsicológica winnicotteana. En: R.U.P. No. 83. *Teoría hoy*. Tomo II. Montevideo, 1996. (p. 11).

10 RICHARDS, V.- Hunt de Slipper. En: *The person who is me*. Karnac Books for the Squiggle Foundation, London, 1996.

Los estigmas de una malformación congénita

*Carmen Médici de Steiner**

Introducción

El entendimiento del cuerpo ha ocupado el pensamiento de los psicoanalistas de un modo profundo y persistente desde el nacimiento de nuestra disciplina. El cuerpo como yo corporal, cuerpo erógeno, objeto de las pulsiones, imagen y esquema corporal, self corporal, psiquesoma son representantes de conceptualizaciones teóricas, producto de investigaciones y elaboraciones en torno a sus disímiles significados y simbolizaciones.¹ Ahora bien ¿qué sucede cuando se introduce en el espacio analítico el cuerpo de un pequeño con una severa y acentuada malformación congénita? Un niño, Juan Andrés, nacido a los 5 meses y medio de su gestación con una severa malformación en ambos tobillos localizada en los tendones de Aquiles. Una perturbación que introdujo profundas fallas en sus experiencias y vivencias psíquicas y físicas. Complejos obstáculos para lograr la individuación y separación que necesitaba para consolidar un existir menos conflictivo y doloroso por los estigmas de la malformación de su cuerpo.

El cuerpo roto y un cuento

Al conocerlo, cercano a los 4 años de edad, estaba prevista una nueva intervención quirúrgica y en ese primer encuentro me impactó el contraste entre la perfección de su rostro y la imperfección de sus piernas, su desequilibrio postural, su frágil sostén. Como su marcha era en tijera con pie en equino al caminar cruzaba sus pies y rodillas balanceando su tronco de un lado a otro alterando su equilibrio y propiciando caídas. Sus fallas en el equilibrio y sus miedos a las caídas inundaron y trabaron, desde muy temprano, sus intentos por alcanzar y mantener una postura vertical estable.

Durante el proceso de Psicoprofilaxis Quirúrgica Psicoanalítica² previo a la intervención, que sería en su triste y terrible historia médica la última internación hospitalaria de su infancia, estableció contacto con la caja de juegos para detenerse casi exclusiva, compulsiva y desesperadamente en las supuestas fallas, roturas, hendiduras y malformaciones que fantaseaba descubrir en las piernas, ruedas, patas del material lúdico. Tales búsquedas me introducían en el desconcierto y en el asombro al tratarse de juguetes nuevos.

* *Miembro Titular de APU. Br. España 2543. CP II.300*

¹ *Para el proceso de elaboración se han destacado aquellos pasajes que resultan ilustrativos del pensamiento de D. W. Winnicott.*

² *Psicoprofilaxis Quirúrgica Psicoanalítica realizada antes y después de la intervención quirúrgica en la cual se analizaron, especialmente, sus fantasías y emociones entorno a tal suceso.*

El tratamiento psicoanalítico comenzó luego de la intervención y pasados casi cuatro meses, debido al período de quietud por el yeso que envolvía sus piernas y por diversos abordajes corporales y neurológicos. Al hacerlo, Juan Andrés introdujo paulatinamente sus silencios. El silencio de sus palabras, dibujos y juegos y particularmente un gran silencio acerca de la malformación de su cuerpo y frágil sostén. Posiblemente porque esos silencios no trabaron el vínculo y el entendimiento transferencial y contratransferencial, un día inesperadamente, nos encontramos a través de un juego con soldados de plomo, evocando el cuento del **Soldadito de Plomo**.

Como si no hubieran transcurrido meses entre la finalización y el inicio de ambos abordajes retomó la búsqueda de descubrir malformaciones en las piernas de los soldados. Acompañando aspectos de las fantasías y atemporalidad de su realidad psíquica nos encontramos pensando y analizando sus intentos y concreciones de cortárselas o rompérselas. Dinámica lúdica que durante una secuencia me hizo recordar un tradicional cuento de la infancia. (Juan Andrés tiene dos hermanos particularmente lindos e inteligentes)

El **Soldado de Plomo** relata la historia de uno de los 25 soldados que por haber nacido de la misma cuchara de plomo son hermanos. Todos eran iguales, salvo el que por haber sido fundido cuando no quedaba plomo suficiente, sólo tenía una pierna. Vivía en un cuarto de juegos donde, según sus pensamientos, todo era hermoso excepto su cuerpo. En especial enfatizaba la belleza de una bailarina que al mostrar una pierna levantada y cubierta con una preciosa falda hizo fantasear al soldadito que también ella tenía una sola pierna.

Durante toda la narrativa se destaca el dolor, desestima, desvalorización, exclusión, accidentes y peligros a los que se expone el mal formado personaje, dentro y fuera de su entorno. Situaciones en las que aparece respondiendo con silencios, desmentidas, negación, omnipotencia, supresión o represión de los afectos.

Andersen, el autor, comenta de su protagonista que ante una situación crítica, como era valiente, no le cambiaba el semblante **«El soldadito de plomo no dijo nada y se conmovió tanto al verla que estuvo a punto de llorar, pero no era propio de un soldado.»** (Andersen, H.C.; 1874, p.154)

En un momento del cuento, cuando por esas cosas extrañas de la vida uno de los niños regresa a la casa, abruptamente, lo arroja dentro de la estufa encendida **“El soldado de plomo quedó deslumbrado y sintió un calor horroroso, pero no sabía si era provocado por el calor tan intenso, por el fuego o por el amor. De pronto notó que se derretía, pero siguió valiente con el fusil al hombro. Entonces se abrió una puerta y el viento arrastró ala bailarina que cayó al lado del soldadito... al otro día entre las cenizas se encontró algo que parecía un corazón de plomo con las lentejuelas del traje de la bailarina.”** (Idem; p. 156)

Paulatinamente logramos asociar que Juan Andrés al igual que el Soldado de Plomo tendía a negar y desmentir las experiencias y vivencias traumáticas desencadenadas por su malformación física. A guarecerse a través de contenidos, fantasías y defensas omnipotentes y maníacas, del dolor psíquico, zozobras narcisísticas y desintengrantes cuando percibía, por ejemplo, que si bien caminaba, sus talones tienen profundas cicatrices y sus piernas por momentos, continuaban trastabillando.

Es posible recopilar varias secuencias en las que expresa **“Soy un príncipe. Un príncipe hermoso. Tengo muchas espadas. Son las más fuertes y las más lindas.”** Verbalizaciones que, por un lado me hacían recordar el mito de Aquiles. Juan Andrés al igual que Aquiles parecía estar impregnado de grandiosidad y poderío, exceptuando la zona de los talones. Asistimos al despliegue de la fantasmática edípica, sus fantasías de poder fálico, la rivalidad con la figura paterna eran elocuentes, sin embargo, el trabajo

con pacientes con malformaciones físicas severas me ha tornado muy prudente en el abordaje de las mismas, dado que las angustias por el self y del aniquilamiento corporal son más intensas, en determinadas etapas, que la angustia de castración.

Son pasajes, en el devenir de la estructuración psíquica, donde la angustia por las pérdidas y frustraciones experimentadas y vivenciadas en el self y el temor al derrumbe predominan sobre otras angustias. La angustia de mutilación es más poderosa y violenta que la angustia de castración. En tal sentido me he descubierto analizando más el narcisismo herido ante un cuerpo realmente herido. Fantasías desgarradas ante un cuerpo desgarrado y emociones dolorosas ante un cuerpo que ha sufrido. Durante tales momentos me he preguntado respecto a mis intervenciones e interpretaciones ¿estaré escuchando más las demandas del yo o del ello? ¿Al cuerpo como objeto objetivo de sufrimiento o al cuerpo como objeto subjetivo de la pulsión? ¿Al estigma de su cuerpo malformado albergado en cada una de las instancias de su psiquismo? Y Juan Andrés, momentáneamente ¿no buscará ser más escuchado desde las demandas de su malformación corporal objetiva?

Durante el proceso analítico el niño fue construyendo el sendero interpretativo. Hubo períodos, en los cuales Juan Andrés, a diferencia del Soldadito de Plomo, transitaba por un intenso dolor psíquico. Un día en el cual estaba particularmente triste y mientras trataba de dibujar el cuerpo de un niño comentó “**¿Cómo es mi cuerpo? Yo no sé cómo es mi cuerpo. Decímelo tú.**” Al introducirnos en las posibles simbolizaciones de su cuerpo fantaseado y en el deseo que a través de mi mirada pudiera descubrir y conocer su cuerpo, agrega “**Mi cuerpo son pedazos. Feos y rotos. Separados como un borrón.**” Al preguntarle qué es un borrón responde “**Mi cuerpo es nada. Nada. ¿Ves? Borro y no queda nada.**”

Al interpretarle que lo que estábamos intentando era conocer esos pedacitos, las partes feas y rotas de su cuerpo, tratar de unirlos y de unirlos con las otras partes lindas y sanas de su cuerpo, dice “**Muñequita. Vos sos una muñequita. Una muñequita que voy a mandar al agua.**” Mientras hablaba había tomado uno de los muñecos de la caja de juego y mientras lo sumergía en el agua lo iba desmembrando. Primero le sacó los brazos, luego la cabeza y por último las piernas. Agregando: “**Hundíte! Hundíte!**” Antelo cual, sobreponiéndome a la intensa angustia que me aproximó a su y a mi dolor frente a enigmáticas vivencias de desintegración, hundimiento, muerte y desgarro, logré interpretarle: “Ahora parece que es mi cuerpo el que queda en pedazos. Que mi cuerpo no es nada. Que tu cuerpo y mi cuerpo son nada”. Juan Andrés responde “**Los dos somos nada**”.

A través de esta significativa viñeta ocurrida, en un a posteriori, pude comprender una de mis fallas interpretativas: la interpretación develaba mi deseo y mi necesidad de que Juan Andrés se encontrara con un cuerpo sano. Así me alejaba y lo alejaba de su deseo y su necesidad de que le sostuviera su cuerpo roto. Cuando el pequeño me mostraba que antes de unificar los pedazos dispersos de su cuerpo fragmentado que habitaban su mundo interno me correspondía transitar, subjetivamente, la nada de su y mi propio cuerpo. La nada de nuestras fragmentaciones y destrucciones. Así como permitirle experimentar la destrucción del objeto subjetivo y la sobrevivencia del objeto objetivo.

Juan Andrés me pedía que no solamente continentara la angustia relativa a las representaciones psíquicas de su cuerpo feo y roto, sino que lo sostuviera en un intenso momento regresivo. En un estado próximo, posiblemente, a una experiencia de dependencia absoluta ligada a acontecimientos tempranos de no integración y de no ser conocido. Winnicott comenta que el ser conocido está ligado al sentirse integrado. Cuando un niño no ha tenido una persona que recoja “sus pedacitos” empieza con fallas

la experiencia de integración y de autointegración y necesita, en su momento, que el analista lo introduzca en ambos procesos (Winnicott, D. W.; 1945, p.209).

Cabe adicionar que tales fallas estaban incuestionablemente vinculadas a un cuerpo que en su materialidad y por lo tanto en lo psíquico, había vivido situaciones de alto riesgo desde sus primeras horas de existencia las que lo introdujeron en hechos y no sólo vivencias de muerte, rotura, fragmentación, pérdida y soledad.³ Sólo que, se trataba de un pequeño que no deseaba continuar negando y desmintiendo como el Soldado de Plomo que, sostenido en un falso self aún mientras moría, aún cuando su cuerpo y su vida estaban siendo **abrasados** por las llamas, fantaseaba que era el **abrazo** del amor y no el **abrazo** de la muerte el que lo estaba conduciendo a la nada.

El cuerpo roto y las cuerdas

Pasada la búsqueda de malformaciones en el material lúdico y de silencios, el pequeño empezó a mostrar una intensa tendencia compulsiva a utilizar cuerdas, hilos, cordones, cinta adhesiva, bandas elásticas y papel higiénico que, apretándolo y retorciéndolo, lograba convertir en sus fantasías, en largas y fuertes cuerdas. La fantasmática del cuerpo fue ahora habitada por los significados que las cuerdas y las ataduras suscitaban en su mente dentro de una supuesta zona intermedia poblada de objetos y fenómenos transicionales. Una zona que posibilita la relación, el uso y la posesión de los objetos percibidos de un modo objetivo, y concebidos de un modo subjetivo. Percepciones y concepciones que prestan sustento a la creatividad ligada con disímiles significados. (Winnicott, D.W; 1951) Significados que se transformaban, algunas veces de un modo tan vertiginoso que nuevamente suscitaban interrogantes en los entendimientos interpretativos.

Juan Andrés comenzó tímida o intrépidamente a envolver su cuerpo o mi cuerpo unidos o separados entre expresiones libidinales y agresivas. Al tiempo que rodeaba y ataba los juguetes de la caja quedando prácticamente todos cubiertos por los distintos elementos asemejando metafóricamente a veces una especie de crisálida esperando el nacimiento y otras, una especie de mortaja **a la espera** de la muerte.

Recuerdo ciertos pasajes en los que oculta en fantasías y emociones edípicas estaba su necesidad omnipotente de alcanzar una dependencia absoluta preedípica garantizadora de vida. **“Todos los muñecos están bien atados. Son tarados cuando se separan. Ayúdame a atar más a la mamá y al papá. Dame más cuerda. Así bien ataditos no se pueden desatar. (Sorpresivamente exclama) ¡Se escaparon! ¡Atalos otra vez! Los vamos a tirar ala basura si se vuelven a escapar. Mirá le saqué un brazo y la mano a mamá y ahora no puede decir chau... chau.”**

Si bien durante algunos tramos trabajamos la fantasmática edípica, los deseos de mamá y papá de estar juntos, de escapar y así excluirlo, Juan Andrés entre expresiones irónicas y agresivas (**“Muñequita. Muñequita”** o **“Princesa. Princesita”**) rechazaba las interpretaciones revelando más allá de una resistencia, que la expectativa era otra: que la analista continuara entendiendo y sosteniendo la fragilidad de su cuerpo y su

³ *Entre otros, la madre a los 5 meses y medio de embarazo fue sometida a una cesárea como consecuencia de severas hemorragias. El pequeño a las 48 horas tuvo serios problemas respiratorios que lo obligaron a tener que recibir la ayuda de un respirador durante 14 días. A los 20 días hace un paro respiratorio por el cual fue reinternado nuevamente en el CTI y una vez más necesitó la ayuda de un respirador. Durante tales hechos tuvo severos riesgos de vida. Además por estrabismo usó lentes y parches por un largo periodo.*

psiquismo. Que su “temoral derrumbe” era aún su sentimiento más acuciante. (Winnicott, D.W; 1963, p.111) Analizamos la situación en la que todos aparecían atados. Tan unidos como si fueran una sola persona resultando difícil, por momentos, diferenciar sus pensamientos y formas de los de mamá y papá. Progresivamente comprendimos la fantasía de que cuando estaba unido lograba ser inteligente, poderoso y sentirse integrado. Cuando no lo estaba aparecían las pérdidas, el desvalimiento y la inseguridad. Desaparecía el sostén. Al estar tan apretado, mágicamente se impregnaba de los aspectos sanos, lindos y valiosos de las figuras parentales. (Los padres son al igual que sus hermanos físicamente agradables).

La fuerza de las ataduras impedían asimismo que fuera abandonado. La separación y la individuación sorprendidas y violentas le provocaban tanto sufrimiento y miedo que cuando imaginaba que los padres escapaban y quedaba sumido en la soledad y desamparo su angustia y su enojo aumentaban y ambos eran sádicamente transformados en deshechos. El cuerpo de la madre era el particularmente atacado. La figura materna era furiosamente desmembrada. El y su madre quedaban atrapados en la mutilación quedando indiferenciados en sus roturas corporales; al igual que transferencialmente la analista. Una vez más emergieron semejanzas entre el niño y el Soldado de Plomo. Es posible evocar que el personaje de Andersen fantaseaba que a la hermosa bailarina le sucedía lo mismo que a él: a los dos les faltaba una pierna. Ambos eran malformados.

Progresivamente fue posible conjeturar que para Juan Andrés el abandono, la separación y la malformación estaban vinculadas y culpaba inconscientemente a la madre por no haberlo contenido, atado y preservado dentro de su vientre por más tiempo. Sostenida en el autoanálisis algunas veces me había preguntado si la compulsión a la repetición de las ataduras no estaba expresando sus deseos de regresar al cuerpo de la madre, anular la separación, tener el espacio y el tiempo perdidos dentro del útero materno para recrear su nacimiento con un cuerpo distinto.

A través de sucesivas sesiones el pequeño había logrado introducir uno de los conflictos más dramáticos de su historia psíquica y corporal: la búsqueda de mantenerse atado. Al estar maniatado a las figuras parentales modificaba, metafóricamente, la ruptura que se había dado en la continuidad de la experiencia entre él y la madre. Se trataba de hechos analíticos que reflejaban su búsqueda en alcanzar ataduras más que abrazos. En una oportunidad al interpretar su deseo de ser abrazado o de abrazar a la madre exclamó furiosamente **“Nenita. Nenita. No estamos abrazados. Estamos atados!!”**^{4 5}

Una vez más el paciente introducía dudas en el entendimiento analítico. Se fue develando que en el pequeño existía una sutil y significativa diferencia entre la dimensión simbólica del abrazo y de las ataduras. Analizar la misma fue una tarea compleja porque entre otras cosas, Juan Andrés mostraba angustia y hostilidad ante la perspectiva de incursionar y transformar sus significados. Pasado un período se pudo comprender que en su psiquismo las ataduras poseían un fuerte poder mágico y omnipotente: eran símbolo de vida, autoconservación y crecimiento. Ubicaba en ellas, sostenido en un dominio mágico y una excesiva idealización, objetos buenos y protectores. Además, la desmentida de su malformación le trababa la perspectiva de los severos conflictos que tal idealización enmascaraba. Compartimos un tramo analítico

⁴ Durante un largo período fue muy sensible a la hora de buscarlo. Bastaban unos minutos de demora para que emergieran crisis de llanto y desesperación.

⁵ Las fantasías hacia el cuerpo materno se movilizaban entre lo libidinal y lo destructivo: deseos, reparación, sadismo, retaliación y envidia.

Cargado de resistencias mientras lograba el duelo por la creencia en la idealización omnipotente y atemporalidad de las ataduras mientras procesaba la elaboración de los límites de la idealización y la temporalidad de las mismas. Al tiempo que lograba vivenciar el complejo y doloroso tránsito de la ilusión a la desilusión de las mismas fue posible inferir, la dimensión del abrazo, como ligazón edípica.

Si bien, teóricamente, es posible ligar las ataduras y el abrazo a la necesidad y a las experiencias instintivas, clínicamente, dadas las sutiles diferencias simbólicas que el pequeño daba a una y a otras ¿sería posible entender cuándo serían expresión de handling o cuándo de holding? Acaso ¿es posible categorizar las y diferenciarlas netamente? (Winnicott, D.W.; 1945-1951)

La idealización de las ataduras y de la atemporalidad fue posible entrelazarla a su historia primigenia. En los pasajes iniciales pudimos conocer que se trata de un niño prematuro. El cordón umbilical tuvo que ser cortado abruptamente en el tramo final del embarazo y desde muy temprano fue conminado a transitar por otras ataduras que lo separaban del cuerpo y del apego con la madre a pesar de los desesperados reclamos de la misma. Durante su peregrinación médica y para posibilitarle la vida, lo sostuvieron atado a instrumentos, maquinarias, personal técnico y asistencial del ámbito hospitalario y Juan Andrés conoció en múltiples oportunidades múltiples ataduras. Tuvo que permanecer vendado, intubado, maniatado, sondado, enyesado, mientras ambos padres, angustiados buscaban preservarlo y liberarlo del aislamiento corporal y afectivo que la problemática corporal y neurológica había desencadenado. Sólo que en el marco hospitalario, en múltiples ocasiones, fueron las ataduras y no los abrazos los que posibilitaron su vida.

Tales derivaciones facilitaron el advenimiento de un nuevo y conmovedor descubrimiento. Así como el Soldado de Plomo, apuntalado en la desmentida imaginaba, mientras era devorado por las llamas, estar abrazado por el amor y no por la destrucción, Juan Andrés imaginaba, apuntalado en la idealización excesiva, desmentida y negación que las cuerdas lo ataban a la vida, al sostenimiento psíquico, corporal y emocional. Tal perspectiva no le permitía percibir que, si quedaba atrapado en las mismas quedaría atrapado en la inmovilidad de su crecimiento psíquico, cognitivo y emocional.

Se trata de construcciones psíquicas posibles de enlazar ciertas palabras de Winnicott. En niños en los que existen temores a las caídas y a situaciones que impliquen amenazas en su equilibrio psíquico y corporal aparecerá el deseo y la necesidad de aferrarse o amarrarse a algún objeto. Un objeto que sea representativo de seguridad. “A medida que el pequeño aprende a arrastrarse y luego a andar, la función de apoyo de la madre va trasladándose crecientemente al suelo; ésta debe ser una de las principales razones de que inconscientemente se equipare la tierra a la madre y de que los trastornos neuróticos del equilibrio se remonten tan a menudo a conflictos relacionados con la dependencia de la madre.” (Winnicott; D.W.; 1952, p.140) Y, como hemos observado al transitar tales experiencias con faltas y fallas el pequeño se aferró a las cuerdas como objetos internos y externos.

La deconstrucción de la fantasmática de las ataduras aproximó, asimismo, a crudas paradojas. Si, metafóricamente, el cordón umbilical fuera concebido como una cuerda, se trataría de la primera cuerda y atadura de la existencia proveedora de vida. Y si bien para el paciente tuvo ese significado su ausencia lo aproximó a experiencias de muerte. En una sesión había exclamado: “**Ahora el hijo está atado bien fuerte a la mamá ¿está claro? Si lo suelta se cae**”. Y, durante su peregrinación médica mientras le sostuvieron la vida paralelamente le incrementaban el alejamiento de sus padres, de su

hogar, y agudizaron su temor al derrumbe, la dependencia excesiva, inmovilidad y desvalimiento.

Winnicott en el apartado del Cordel, sugestivamente subdenominado “Técnica de Comunicación” comenta que el cordel así como une, ayuda a envolver objetos y sujetar lo no integrado, expresa, simbólicamente, sentimientos de inseguridad, falta de comunicación y la función de pasar de la unión a una negación de la separación. (1960)

A modo de reflexión final.

En la medida que el niño fue mostrando haber desarrollado una capacidad para el uso de los objetos dentro del principio de realidad, quebrando el círculo de ser dominado y estar dominado mágicamente por los objetos dentro del principio de placer, cabría plantear ¿las cuerdas, hilos, cordones, banda elástica, cinta adhesiva y papel higiénico serían sólo representantes de sus deseos y sus necesidades de permanecer atado a las figuras parentales para anular el abandono y la separación? ¿Expresaban sólo su miedo a perderlos porque manteniéndose atado lograba omnipotentemente sentir un self integrado y sostenido en lo corporal y en lo psíquico? O ¿comenzaron a mostrar que en su mente las cuerdas, en sus disímiles significados, dieron cabida a nuevas representaciones de aquellos arcaicos acontecimientos y representaciones de su cuerpo? En su realidad psíquica si bien continuaron existiendo las de aquel cuerpo borrón, cuerpo nada, cuerpo roto, fue posible analizar la presencia incipiente de una piel sostenedora y una estructura corporal integrada azorada por la temática de las cuerdas. Los nuevos significados dieron señales que habían entrado en un proceso de cambio simbólico. Juan Andrés fue deponiendo la creencia de encontrar la integración y el sostenimiento, exclusivamente, en el mundo externo y afirmando progresivamente la confianza en el potencial de su mundo interno. (Winnicott, D.W.; 1962) En lo subjetivo y objetivo las vivencias de separación y de individuación comenzaron a perfilarse y consolidarse. En otros términos, el niño fue elaborando el simbolismo que le otorgaban las cuerdas con función de límite ala posesión de su piel y cuerpo como los ejecutores y representantes de tal función.

Si bien la posesión estaba en proceso, Winnicott plantea una aseveración y una duda que la historia del pequeño habilita a considerar .Cuando un individuo ha llegado a tener una unidad con una membrana limitante, un exterior y un interior es que ha podido alcanzar una realidad interna, un mundo interior “que puede ser rico o pobre, encontrarse en paz o en estado de guerra. Esto es una ayuda pero ¿es suficiente?” Una duda que hacemos propia. Aunque en la mente de Juan Andrés el cambio psíquico comenzó a vislumbrarse ¿la fuerza del trauma temprano podrá ser suficientemente analizado y elaborado? ¿El falso self encontrará las condiciones para que el verdadero self haga posesión de lo suyo? (1960; p. 173)

Mientras tales y otras dudas quedaron en la mente de la analista en la realidad psíquica del niño fue posible analizar que la piel sostenedora y la estructura corporal integrada se transformaron en configuraciones capaces de dar un espacio para los pensamientos nacientes acerca de su cuerpo. A la fantasmática detener un cuerpo feo y un cuerpo lindo y no aquel cuerpo hermoso impregnado de grandiosidad y poderío sostenido en la desmentida de cuando tenía 5 años y le hacía fogosamente exclamar “**Soy un príncipe. Un príncipe hermoso**”.⁶

⁶ Durante el proceso psicoanalítico Juan Andrés estuvo en Terapia de Psicomotricidad con la especialista Blanca García con la cual sostuvimos un abordaje interdisciplinario.

Resumen

El objetivo ha sido transmitir qué se desencadena en la mente del paciente y del analista cuando se introduce en el espacio analítico el cuerpo de un pequeño con una severa y acentuada malformación congénita. Se trata de Juan Andrés, nacido a los 5 meses y medio de su gestación con una severa malformación en ambos tobillos localizada en los tendones de Aquiles. Un niño que, guarecido en fantasías y defensas omnipotentes, buscaba desmentir los estigmas de la misma.

Muchas de sus verbalizaciones permiten evocar el mito de Aquiles: Juan Andrés al igual que Aquiles parecía estar impregnado de grandiosidad y poderío, exceptuando la zona de los talones y si bien se asiste al despliegue de su fantasmática edípica, fantasías de poder fálico, su rivalidad con la figura paterna, se busca mostrar cómo el trabajo con pacientes con malformaciones físicas severas, tornan más prudente el abordaje de la fantasmática edípica, dado que las angustias por el self y del aniquilamiento corporal son más intensas, en determinadas etapas, que la angustia de castración.

Summary

The stigmas of a congenital malformation.

Carmen Médici de Steiner

The goal of this piece of work was to show what is unleashed in the patient's and analyst's mind when the body of a child with a severe and very noticeable congenital malformation appears in the analytical scene. It is about Juan Andrés, born after 5 and a half months of pregnancy, with a severe malformation in both ankles, located in his Achilles' tendons. This child, sheltered in all-powerful fantasies and defences, was seeking to deny the stigmas of his malformation.

Many of his expressions allowed to recall Achilles' myth: Juan Andrés like Achilles seemed to be full of grandeur and power except at the ankles. Although one can observe the display of his edipical fantasies, fantasies of phallic power and the rivalry against the paternal figure, the author wants to show that when working with patients with severe physical malformations, one should be more careful when it comes to tackling the edipical fantasies. The author thinks that in these patients anxieties about the self and of bodily annihilation are more intense in some stages than those about castration anxiety.

Descriptores: PSICOANÁLISIS DE NIÑOS / CUERPO /
DESMENTIDA / DEPENDENCIA ABSOLUTA /
CUENTOS INFANTILES / MATERIAL CLÍNICO /

Autor-tema: Winnicott, Donald

Obra-tema: El soldadito de plomo. Hans Christian Andersen

Bibliografía

- ANDERSEN, H.C. 1874. *El Soldadito de Plomo* En Edit Hyspamérica, Buenos Aires, 1985.
- WINNICOTT, D.W. 1945. Desarrollo emocional primitivo. En *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*; Edit. Laia; Barcelona, 1981.
- 1951. Objetos y fenómenos transicionales. En *Realidad y Juego*; Granica Editor; Buenos Aires, 1972.
- 1952. La angustia asociada a la inseguridad. En *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. (Idem)
- 1960. El cordel: Técnica de Comunicación. En *El Proceso de Maduración en el niño*. Edit. Laia; Barcelona 1979
- 1960. Deformación del ego en términos de self verdadero y falso. (Idem)
- 1962. La integración del ego en el desarrollo del niño. (Idem)
- 1963. El temor al derrumbe. En *Exploraciones Psicoanalíticas I*. Edit. Paidós; Buenos Aires, 199

SECCIÓN PLURITEMÁTICA

De agresividad y violencia en la adolescencia

*Silvia Flechner**

Pensar la agresividad y la violencia en la adolescencia, implica tomar en cuenta sus múltiples sentidos, que van desde la sana afirmación del espacio propio frente al otro, hasta la repetición de vivencias traumáticas violentas donde se incluyen situaciones tales como la violación de los límites espacio-temporales así como los corporales.

Capturado por las transformaciones corporales, así como por los cambios en relación al lugar que ocupa dentro de la familia y la sociedad; expuesto a la invasión de excitaciones internas y externas, el adolescente muestra la complejidad de su organización psíquica y los riesgos posibles de descompensación mental.

La agresividad y violencia en la adolescencia, son solo una de las variadas situaciones que convocan y provocan en nosotros la búsqueda inquietante de respuestas a interrogantes que desde la teoría y la clínica nos impiden quedar indiferentes cuando hacemos referencia al devenir adolescente.

Agresividad y Violencia: un recorrido posible

Hablar de agresividad y violencia en el adolescente, nos lleva ante todo a considerar el orden humano, el cual es de por sí violento. Un primer interrogante se nos plantearía en relación al uso del término violencia: ¿cómo emplearlo en la clínica psicoanalítica con adolescentes?

Las actitudes individuales o colectivas que los analistas denominamos habitualmente “violentas” corresponderían en gran medida a lo que Freud ha definido como aquello que se constituye como propio de la agresividad, o sea la mezcla pulsional realizada secundariamente a partir de los dos grandes dinamismos de base. En *Tótem y Tabú* (1913), Freud afirma que una tendencia natural a matar está presente en todos los individuos en los orígenes del inconsciente.

Con respecto al término agresión, el Diccionario de Laplanche y Pontalis (1981), define el término agresividad como “la tendencia o conjunto de tendencias que se actualizan en conductas reales o fantasmáticas dirigidas a dañar al otro, a destruirlo, a contrariarlo, a humillarlo, etc. La agresión puede adoptar modalidades distintas de la acción motriz violenta y destructiva... «El psicoanálisis ha concedido una importancia cada vez mayor a la agresividad, señalando que actúa precozmente en el desarrollo del sujeto y subrayando el complejo juego de su unión y desunión con la sexualidad». Esta evolución de las ideas ha culminado en el intento de buscar para la agresividad un

* Miembro Asociado de APU. Vázquez Ledesma 2993-901. E-mail: sflech@chasque.net

substrato pulsional fundamental el cual Freud conceptualiza finalmente en su noción de pulsión de muerte.

Dirá Laplanche que en la medida en que Freud tiende a situar del lado de Eros todo lo perteneciente a los comportamientos vitales, invita a preguntarse qué es lo que define el comportamiento agresivo; un elemento de respuesta puede proporcionarlo el concepto de intrincación-desintrincación pulsional.

Este significa no solo la existencia de ligazones pulsionales en diversas proporciones, sino que comporta además la idea de que la desintrincación es, en el fondo el triunfo de la pulsión de destrucción, en cuanto ésta se dirige a destruir los conjuntos que, a la inversa, el Eros tiende a crear y a mantener. Desde este punto de vista, la agresividad sería una fuerza radicalmente desorganizadora y fragmentadora.

En *Tres Ensayos* (1905), Freud invoca por primera vez la pulsión de apoderamiento, refiriéndose a que en su origen no tendría como fin el sufrimiento del otro, sino que simplemente no lo tendría en cuenta.

Antes de 1920, el término agresividad está prácticamente ausente en la obra de Freud, posteriormente a ello, con la teorización sobre la pulsión de muerte, se vislumbra la idea de que la agresividad se vuelve primeramente en contra del sujeto y permanece por así decirlo estancada en él, antes de ser reflexionada al exterior (tesis del masoquismo primario). En 1920, en *Más allá del principio del placer*, Freud afirmaba la existencia de un dualismo pulsional desde los orígenes de la sexualidad y la teoría de la intrincación y desintrincación de las pulsiones parece fundamental para comprender la agresividad.

Estas características han sido subrayadas por autores como M. Klein quien insiste en el papel predominante desempeñado por las pulsiones agresivas desde la primera infancia. Según M. Klein, las tendencias criminales existirían en el niño normal precozmente, en los fantasmas del estadio sádico oral y sádico-anal (1927). Los autores kleinianos han retomado el estudio de los fantasmas violentos muy precoces y han descrito los miedos de todo niño de ser la víctima de representaciones parentales terroríficas, poniendo en evidencia la propia violencia del niño proyectada sobre los padres en este período. Ellos muestran que la violencia no integrada en el empuje libidinal, puede conducir a actitudes que buscan la destrucción del objeto y que se continúan en el adulto en las tendencias criminales o antisociales. Para M. Klein, el núcleo violento primitivo no desaparece nunca, o se integra a la libido para conferirle su potencia, o bien se integra a una parte de la libido libre para dar nacimiento a la agresividad y al verdadero sadismo.

Winnicott (1984) retomará algunos de los aportes kleinianos planteando su punto de vista con respecto a determinar el punto de origen de la agresión; dirá al respecto: “queremos saber de qué modo un bebé destruye el mundo quizás en una etapa muy temprana de su vida. Es una interrogante de vital importancia, por cuanto el residuo de esta destrucción infantil “no fusionada” puede destruir en forma efectiva el mundo en que vivimos y al cual amamos. En la magia infantil, el niño puede aniquilar el mundo con sólo cerrar los ojos y recrearlo con una nueva mirada y una nueva fase de necesidad”. Aún queda una pregunta pendiente, nos dirá Winnicott: ¿conocemos el origen de esta fuerza inherente al ser humano, que sustenta la actividad destructiva o el sufrimiento equivalente cuando el individuo se autocontrola? Detrás de todo esto encontramos la *destrucción mágica*, normal en las fases más tempranas del desarrollo del bebé y que corre paralela a la creación mágica. La destrucción primitiva o mágica de todos los objetos tiene que ver con el hecho de que para el bebé los objetos cambian: dejan de ser “parte de mí” para convertirse en algo “distinto de mí”, ya no son fenómenos subjetivos, sino percepciones objetivas.

A. Green (1990) dará un paso más en relación a la opinión de Freud afirmando que la oposición entre Eros y las pulsiones de destrucción no se limita a connotar al primero por la ligazón, y alas segundas por la desligazón. Dirá: “En realidad, creo que sería más certero suponer que el Eros es compatible con la ligazón y la desligazón imbricadas o alternadas, pero que las pulsiones de destrucción son pura desligazón”.

A su vez, planteará una pregunta fundamental ya formulada por Freud (1915, *De guerra y muerte*): La violencia ejercida por el sujeto, ¿es ella esencial, primitiva, intrínseca o no es más que uno de los destinos posibles de otra fuerza que se ejercerá sobre el mundo y sobre el prójimo?

Para Green (1995), lo que caracteriza el aspecto específicamente humano de la violencia es su negatividad, lo cual implica una forma de violencia en la cual por decreto de inexistencia puede destruir al objeto.

Reducir un objeto a nada desconociéndolo, ignorándolo, es la forma de asesinato perfecta que conduce al otro a la desaparición. Green explicita así que la violencia debe ser concebida bajo el ángulo de la fuerza, una fuerza sorda, constante que hace presión en el seno del psiquismo para obtener satisfacción.

El término violencia sólo es usado por Freud en su escrito ¿Por qué la guerra? en su respuesta a Einstein (1932) refiriéndose más bien a una tendencia inherente al ser humano, mientras que en *Tótem y Tabú* (1913) sitúa una violencia originaria como fundante: violencia del padre primitivo todopoderoso sobre los miembros de la horda pero también violencia de los hermanos por desembarazarse del tirano e instaurar una sociedad basada en el totemismo y la exogamia.¹

Otros autores tales como Bergeret, (1994) retoman el concepto de Freud sobre la violencia natural primitiva, planteando el concepto de “violencia fundamental”. Para este autor, el término “violencia” connota de forma más precisa, la idea de un instinto natural, brutal, destinado a la defensa de la vida. Del punto de vista etimológico, el término “violencia” proviene del latín *violentia* que él mismo deriva del radical indoeuropeo que ha dado origen en griego al término *bios* y en latín al término *vita*. Esta etimología la inclina el autor a una orientación esencial en dirección de la vida. Los términos brutalidad, vehemencia, impetuosidad, cólera, lucha, combate, podrían ser más convenientes, pero no responden a una etimología que pone por delante un ostentoso esfuerzo para mantenerse vivo. Para Bergeret, los sustantivos odio o agresividad no pueden ser utilizados en razón de dar cuenta de la implicación libidinal que les comporta. Se tratará entonces de una violencia fundamental independiente de la agresividad así como de la sexualidad.

Uno de los importantes problemas que se nos plantean estaría dado por el hecho de que la acción pura y exclusivamente violenta, o sea, aquella que básicamente no atenta contra el otro, aún cuando los daños sobre el otro demuestren ser serios, según la hipótesis de Bergeret, sería frecuentemente difícil de distinguir de la acción agresiva; esta violencia fundamental no tomaría en cuenta la ambivalencia, no connotaría ni amor ni odio, se situaría como preambivalente. La agresividad en cambio, intentaría perjudicar o eventualmente destruir al objeto. La violencia fundamental se interesaría ante todo por el sujeto, su conservación. A partir de 1920, siguiendo a Freud, la

¹ Según Bergeret, el término violencia fue poco utilizado por Freud ya que implicaba tener que reconocer una diacronía pulsional, la cual hubiese cuestionado el “monoteísmo” libidinal que opone los antagonismos sincrónicos (sincronía pulsional: pulsión de vida –pulsión de muerte) y no como un dinamismo original, previo e indispensable en plena apertura progresiva y diacrónica de los dinamismos libidinales. De allí que Freud optó por el rápido deslizamiento hacia los derivados libidinizados de la violencia: agresividad, odio, sadismo.

agresividad derivará de la pulsión de muerte y no podrá ser captada, más que en su unión con la sexualidad.

Violencia es también el abuso de fuerza y su sentido en latín indica una “fuerza irresistible”. Del punto de vista psicoanalítico la etimología del término revela una gran importancia para comprender su sentido. En este caso el análisis del término parece conducirnos hacia sentidos que podrían tomarse como opuestos: la fuerza vital y el abuso de la fuerza que podría conducir a la muerte.

R. Misés (1984) toma una posición diferente, planteando que la violencia no es “fundamental”, sino ligada al sistema pulsional y aparece correlativamente a su desligazón.

Green (1990) nos recuerda que una cierta violencia es inherente a todo movimiento pulsional y que toda pulsión es potencialmente violenta. Nos aclara también que la violencia puede tomar significaciones diversas: de la violencia de sobrevivir, derivada de las pulsiones de autoconservación y cercana a esta violencia fundamental que señala Bergeret, a la violencia matricial o narcisista y sobre todo la violencia desobjetalizante que implica una imposibilidad de identificación con el objeto y un deseo de muerte psíquica de éste.

Estos elementos nos sirven para comenzar a preguntarnos acerca del propio término violencia: ¿ha devenido éste en un concepto psicoanalítico?

La imposición de un sentido llevado a cabo por la madre sobre el bebé, llevó a Piera Aulagnier (1977) a un notable desarrollo metapsicológico con su concepto de violencia primaria, usado en el sentido de instituir al bebé como sujeto al irrumpir en su espacio psíquico en el momento de encuentro con la voz materna. “El fenómeno de la violencia tal como lo entendemos aquí, remite en primer lugar, a la diferencia que separa un espacio psíquico, el de la madre, en que la acción de represión ya se ha producido, de la organización psíquica propia del *infans*.”

Las distintas acepciones que adjudicamos a este término podrían llevarnos a otro cuestionamiento: si la violencia se caracteriza como privadora de libertad, coaccionadora en el uso de la fuerza, ¿cómo usarla para designar una acción fundante en el establecimiento de un espacio psíquico?

Esto nos llevaría a pensar que distinguir los términos violencia de agresividad, puede, en muchas ocasiones, crearnos un problema, produciéndose un cierto borramiento de sus bordes lo cual los haría menos diferenciables, debido a la dificultad que nos crea su ubicación en la clínica. Este trabajo que podemos realizar, al menos parcialmente, al teorizar sobre estos conceptos, nos remite a una situación bastante oscura cuando nos aproximamos a la clínica, ya que ésta nos convoca a tener en cuenta una y otra vez que es sobre la doble trama, narcisista y objetal, sobre la cual se irán entrelazando también estos conceptos a los que hacemos referencia.

El actuar en la adolescencia

La experiencia nos demuestra que el actuar en la adolescencia es una característica, así como lo es el juego durante la infancia o la comunicación a través del lenguaje en la edad adulta. Podría ser considerado como un fenómeno típico de la adolescencia.

Si bien la condición adolescente favorece el actuar, no toda actuación adolescente connota un riesgo, nos referimos en este caso a aquellas actuaciones que por sus características connotan un peligro que muchas veces pone en riesgo la propia vida. El actuar se aparta de la vía de la renuncia dirigiéndose en busca de la satisfacción

inmediata, dejando así suspendidos los parámetros espacio-temporales en lo que atañe a la representación. La capacidad de espera, necesaria para generar la ilusión, se vuelve incontrolable y la descarga motriz se hará presente.

El trauma precoz puede ser considerado como un prerrequisito para el actuar en la adolescencia, pero éste no es específico, sino que habrá que tener en cuenta otros componentes cuando nos referimos al actuar agresivo o violento. Si el proceso adolescente se define como el arte de “volverse uno mismo”, trabajo desubjetivación (Cahn, 1991), de identificación (Kestemberg, 1999), de identidad (Laufer, 1984), la violencia se posicionaría, entonces, como un impedimento - por coacción - para volverse justamente uno mismo, oponiendo acto a representación.

La ausencia (de límites, de madre suficientemente buena) dejará en evidencia las fallas narcisistas sucedidas por las dificultades precoces en el establecimiento de la relación de objeto. El trabajo psíquico es entonces rechazado, porque puede hacer resurgir el sufrimiento y revivir aquellos primeros momentos donde predominó la ausencia.

Las decepciones consecutivas, por profundos sentimientos de pérdida y aislamiento vividas precozmente, las dificultades identificatorias, la pobreza en el proceso de simbolización, llevan a la predilección por las manifestaciones volcadas hacia el mundo externo, expresadas por medio de la actuación en detrimento de la elaboración mental. A través de estas actuaciones puede darse el riesgo de ruptura con la realidad. Desde algunos ángulos, el mundo externo aparece para el adolescente, como imagen en espejo de su realidad interna, con sus amenazas y conflictos pero experimentada como externa.

Cuando la realidad interna queda excesivamente desbordada, podemos encontrarnos con situaciones que llevan al adolescente a lo que damos en llamar el pasaje al acto con la singular característica de una inversión del movimiento pulsional sobre la persona propia (Chabert 2000). Esta inversión es determinada por los movimientos de odio dirigidos contra los objetos, hacia la figura materna, aún cuando a nivel manifiesto, es el adolescente el agredido, generalmente a nivel corporal por acciones. Estas acciones condensan la experiencia violenta de una agresividad que despedaza y que junto con la culpa agregada, configuran un cuadro intenso y desbordante.

La transformación

El advenimiento del cuerpo sexualmente maduro, marca el fin de la infancia. Este descubrimiento de la genitalidad, implica un movimiento fundamental de “metamorfosis” (retomando el título de *Tres ensayos* de Freud, 1905). Dicho movimiento es siempre excesivo, de finales e inicios - el fin de la infancia, el inicio del cuerpo sexuado - inicios referidos a una experiencia vivenciada en los bordes o límites de un aparato psíquico en tránsito (Maggi- Flechner, 1999). La crisis adolescente caracterizada por un proceso de subjetivación en curso, es un estado de desborde y también límite o aún más, una experiencia de los límites (Gutton 2001). Esta denominación remite a una frontera, un límite que a la vez separa y une y que a través de los equilibrios y desequilibrios sucesivos, de su permeabilidad relativa, logra abrir una brecha, un nuevo espacio para interiorizar aquello que adviene desde su exterior corporal.

La inquietante extrañeza (Cahn, 1991) se sitúa en ese punto límite que a veces provoca la ruptura, siendo otras veces virtual o pasajera, y en ocasiones podrá

convertirse en el punto de partida de una catástrofe entre las cuales incluimos también la violencia hacia el afuera o hacia sí mismo.

Extraño a sí mismo, el adolescente tendrá que inventar e inventarse (sus elecciones, sus mitos personales, su sistema de valores, sus puntos de referencia) la elección de su manera de ser -la pregunta de “quién soy”, que sustituye a la pregunta de “qué me está pasando” propia de la pubertad, que a veces puede responderla mejor en relación a “lo que no soy” o “lo que no quiero ser”. Dichas preguntas son altamente valoradas, ya que se vinculan con conflictos de identidad, de identificaciones, de valoraciones. Se trataría entonces de un trabajo a realizar, dicho trabajo articula la representación de sí, que incluye entre otros el par ilusión-desilusión, la reelaboración de sus interrelaciones consigo mismo, con los otros y con el mundo. La salida de este trabajo es función de múltiples factores: identificaciones, relaciones objetales, problemáticas narcisista y edípica en el espacio representativo alimentado por los dos polos extremos constituidos por el inconsciente y el mundo exterior.

La violación de los límites versus la afirmación de los límites

En la relación madre-hijo, es en el registro del pensamiento donde se va a desencadenar una lucha decisiva concerniente a la aceptación o rechazo por parte de la madre para reconocer la diferencia, la singularidad, la autonomía del nuevo ser que ha sido totalmente dependiente de ella para su sobrevivencia. Permitirle esto al infans, dará origen en éste a guardarse sus pensamientos, esto implica tener un espacio psíquico diferenciado del de la madre, donde la posibilidad de un espacio íntimo y secreto sea totalmente viable. P. Aulagnier (1977) ha insistido sobre este punto. Esto insta una huella, a través de la cual el yo del adolescente debe poder oponerse al poder materno, a que el derecho de preservación de sus pensamientos personales y secretos no sean avasallados.

La violencia en este caso está al servicio del desarrollo de un espacio psíquico propio, secreto. Se trata en primer lugar y particularmente en la adolescencia, de todo aquello que toca a la sexualidad, regida en todas las sociedades por las prohibiciones que se relacionan con la vida sexual y su intimidad. El secreto garantiza la autonomía psíquica y afirma la libertad personal, por lo tanto, ese espacio íntimo, inviolable debería ser preservado para comenzara crear esa zona de intimidad, generadora de la propia subjetividad.²

La violencia se hará presente como una reacción sana del adolescente, cuando se produzca la violación de los límites del espacio de lo privado – secreto, de los límites espacio-temporal esa sí como también de los corporales. También sabemos que la violencia confiere identidad y genera sentido de pertenencia (como se describe en el caso clínico que trataré posteriormente). Cuando la violencia viene desde lo cultural o lo social hacia la adolescencia, el hecho violento puede tener un efecto de aplastamiento de la singularidad, provocando un sentimiento de inexistencia impidiendo la socialización a través del miedo y el terror.

En los casos en los cuales se ha padecido una violencia traumática en la historia infantil, la violencia adolescente puede escenificar aquello que se siente que se ha padecido (de allí que tantos casos de adolescentes violentos tengan como base una

² En un trabajo anterior (1999) resaltábamos que el término “secreto” se asocia con las palabras ligadas a la noción de continente y contenido, así como con la problemática de la retención – incontinencia. La palabra “secreto” proviene del latín secretum, participio pasado del verbo se cerno que significa separar, poner a distancia.

historia anterior de violencia familiar, vivida en forma dramática), esto implica que la violencia puede entenderse también como una recuperación del dominio a través del padecimiento.

El terror ejercido sobre el adolescente, tanto desde el punto de vista familiar como social, tomado como violación de los límites, se basa en la intensidad del miedo que engendra, manteniendo al sujeto bajo la dependencia y la potencia del otro que lo domina. Esto implicará la ausencia de un espacio donde la inscripción marca sus huellas, es decir que el espacio psíquico se encuentra imposibilitado de recibir aquellas marcas que eventualmente podrían ser introducidas a través de la palabra. El terror se articula entonces a través de un proceso de aniquilación del lugar de la palabra, excluyéndose así la subjetividad.

Lucho, un adolescente en riesgo

Lucho tenía 17 años cuando consultó por primera vez. Su padre le había dado mi teléfono porque decía que hacía varios días que no se animaba a salir de su casa. Al papá le preocupó que pudiera perder el año de liceo por faltas.

En su llamado telefónico, en forma ansiosa me pidió que le diera hora para una entrevista en ese mismo día, su voz denotaba una mezcla de simpatía y ansiedad. Le di la hora para ese mismo día, me agradeció y cortó, sin esperar que le diera mi dirección. Volvió a llamar y con tono risueño me pidió la dirección, diciéndome que andaba un poco confundido; más tarde nos vimos.

Llegó a la entrevista a la hora fijada, alto, delgado, de ojos negros brillantes, me saludó muy afectuosamente, como si me conociera. Inquieto y movedizo, noto que tiene dificultades para quedarse sentado.

Comienza a mirar para el consultorio como si estuviera haciendo el reconocimiento de un lugar desconocido y comienza a hablar diciendo:

-Ché nadie nos oye acá cuando hablamos ¿no?, ¿no habrá nadie escondido que nos pueda escuchar?

Le pregunto qué tendrá para decirme que tiene tanto miedo de que alguien lo escuche. Me hace un gesto con la mano típico de quien fuma marihuana y con otro gesto mío le pregunto si también cocaína; Lucho asiente con la cabeza, haciéndome entender con su mano que otras drogas también.

Hasta ese momento nuestra comunicación había sido más gestual que verbal, de pronto se recuesta en el sillón, deja caer sus brazos, estira sus piernas en señal de abatimiento quizás o de haber dicho aún en forma gestual algo que le preocupaba desde hace tiempo.

Luego de unos momentos de silencio comienza a hablar en forma desordenada, cuenta que hace meses que no hace nada, que vive drogado todo el día, que sus padres creen que está estudiando, terminando sexto de liceo pero que ya no puede más.

Repite una y otra vez la siguiente frase:

-Estoy aterrorizado, estoy aterrorizado, pero... ¿cómo sé que puedo confiar en ti? Empecé a pirarme a los doce años con el novopren, ¿lo conocés?, todos los días, todo el día, hasta perder el conocimiento por un ratito nada más, empezamos porque sí, con unos amigos del barrio, no teníamos nada que hacer, siempre andábamos solos y aburridos.

De su historia relata que tiene padres profesionales y varios hermanos, ha ido siempre a colegio privado, ha sido buen alumno aunque nunca ha estudiado, su apodo es “el loquito”. Me deja en claro que con sus compañeros de liceo no se da, porque sus amigos son los otros:

Mis amigos son los otros, los del barrio, con los que desde los trece años nos la damos con pegamento, cuando fuimos creciendo a los catorce empezamos todos a chupar, a fumar de fumo, ¿entendés? Me despierto, de mañana me hago uno, si no, no puedo encarar, no sabés lo que es levantarte de mañana y sentir el vacío de todo un día por delante que no sabés ni quién sos, ni qué vas a hacer de tu vida y así todos los días. Cuando salgo de casa y me voy a la calle es mejor, me encuentro con los del barrio, a todos les pasa como a mí, algunos se pican, otros tomamos micropuntos (LSD) pero la verdad que no hay como la merca (cocaína), emparrillarse es lo más grande que hay. El problema es que nos metimos en la “merca”. Ahí tuvimos que empezar a robar, la plata no nos daba, a uno de mis amigos lo llevaron encana la semana pasada, estábamos los dos vendiendo merca y a él lo agarraron, lo metieron en cana. El tiene una madre divina, es lo único que tiene porque no sabe ni quién es el padre, ella lo fue a visitar a la cárcel, yo hablé con ella y me contó que en la cárcel lo violaron, ¿entendés que estoy aterrorizado?

Ante mi pregunta si alguien de la familia tiene idea de lo que le estaba sucediendo responde:

Una hermana mía sabe, porque ella es novia de uno de los de mi barra, es Paco, mi amigo donde nos reunimos a veces, él es el que duerme sobre una mesa porque no tiene cama. Pero mis padres no saben nada, ellos llegan justo a la hora de la cena y lo único que nos piden es que estemos a la hora de cenar, y yo siempre estoy, antes y después de cenar toman el whisky, y se van al dormitorio o no sé bien qué hacen, porque yo me voy y no vuelvo hasta la madrugada. Ahí empezamos la noche, siempre al borde de que nos agarren, disparando si viene la policía, campaneando mientras uno de nosotros roba la radio de algún auto, es la única forma de sentir la adrenalina en el cuerpo, pero desde que metieron preso a mi amigo me aterroricé, ¿vos sabés qué es eso de que te falte la libertad? ¿Y si encima te violan?, si ya te conté todo esto te cuento lo último, que lo que me terminó de decidir a llamarte y venir es que se me metió una idea en la cabeza, es que de a ratos me quiero matar.

Escuchar a Lucho había generado todo tipo de emociones en mí, transmitía claramente su desvalimiento, su ansiedad, pánico y terror pero sin que yo pudiera sentir que para él estaba yo presente de otra manera que no fuera físicamente.

Su “hacerse uno al levantarse” - me hizo comprender que Lucho sentía que tenía que armarse, juntar-se, cada mañana para comenzar el día. Su fragilidad se expresaba en los riesgos a los que se exponía en relación a su cuerpo así como a su propia vida. La inconsistencia de los vínculos, tanto familiares como sus amistades (adictos, menores infractores, violentos) iban mostrando la lucha de cada día para poder sobrevivir. Lucho no podía escuchar, no podía recibir palabras, no podía pensar. Por lo tanto, si por él hubiese sido, después de decir todo lo que dijo, se hubiese levantado e ido. Es difícil saber qué lo detuvo, quizás más difícil saber qué lo hizo volver. Lo único que él recuerda de aquellas primeras entrevistas es una frase mía que entendió más bien como un desafío, quizás por eso le quedó en su cabeza, en ella mi voz decía:

A-Tú no me podés escuchar.

Era mi voz porque durante mucho tiempo Lucho no me registraba, no sabía cómo yo era, decía que si me encontraba por la calle no me iba a reconocer, porque al

salir del consultorio se olvidaba de mi cara, lo único que recordaba era mi voz, algunas palabras sueltas, “escuchar” era la que le parecía que recordaba. Lucho deja en evidencia su tendencia a actuar y la incapacidad para escuchar a otro así como también a sí mismo, su incapacidad para pensarse.

Fueron épocas muy difíciles para Lucho, para sostener mi posición de analista, fueron tiempos donde la violencia y la agresividad se delinearón como la única manera de organizar su espacio psíquico, apaciguando así las intensas sensaciones de vacío que él comenzaba a notar. Su agresividad y violencia no tenían un carácter exclusivamente autoagresivo, sino que expresaban también una forma de sentirse, de existir, por lo tanto estaban también al servicio de la confrontación, del intento -aunque fallido-de reconocimiento de sus propios límites. Su yo frágil hacía grandes esfuerzos por no renunciar a su individualidad, tal como dijimos anteriormente; la violencia le confirió identidad y le generó también un sentido de pertenencia.

Es posible, en los inicios de un tratamiento o incluso en la continuidad del mismo, inclinarse por prestar atención a las actuaciones adolescentes, intentando darles un sentido inmediato, que dedicarse en primer término a despejar su función efectiva en el funcionamiento psíquico. Despejando su función, pueden desplegarse las significaciones defensivas de las actuaciones, así como también comprender hacia dónde se dirigen y qué elementos determinan su repetición. La comprensión por parte del analista de este aviso por parte del adolescente, enigmático y confuso, constituye un punto de aproximación transferencial muy importante.

Lucho realiza un pasaje al acto dirigiéndose hacia la satisfacción narcisista y libidinal mortífera. Nuestra experiencia clínica muestra las dificultades para lograr salir -aún en el curso de un análisis- de esta situación, que puede mostrar fuertes tendencias suicidas y homicidas las que terminan un día por manifestarse claramente.

La pregunta que surge sería ¿cómo lograr crear en el adolescente, un espacio que de cabida al pensamiento y por lo tanto permita adelantarse a la acción?

Tomar en cuenta la sintomatología, permitiría integrar dentro del espacio analítico también sus actuaciones, evitando considerarlas como un escollo externo a la vida psíquica del paciente. Las actuaciones violentas y agresivas tienen, como en el caso de Lucho, un carácter de producción psíquica, costosa y dolorosa. Será necesario reconocer los afectos que las alimentan y las representaciones que intentan a la vez evitarse y mostrarse a través de la actuación.

¿Qué demanda el paciente adolescente del analista en estas situaciones tan intensas y riesgosas? Parecería que aquello que se demanda es algo más que las capacidades afectivas o empáticas del analista, también se demanda su funcionamiento mental, esto implicará brindarse de forma tal de ser amado, odiado, idealizado o vivido persecutoriamente, en el intento de instaurar otras bases a partir de un objeto que perdure y no se destruya tan fácilmente frente a los avatares psíquicos del adolescente, lo cual le permitiría entre otras cosas, crear un pasaje diferente a través de la experiencia de presencia-ausencia, evitando en lo posible que las experiencias de separación remitan indefectiblemente a la acción.

El adolescente estará siempre expuesto a situaciones en las cuales la violencia estará presente, si bien ésta es parte del devenir humano. Dichas situaciones recorren un espectro muy amplio que van desde el nacimiento hasta la resignificación en la adultez de situaciones vividas en la infancia y la adolescencia las cuales han quedado como marcas, trazas del psiquismo que podrán haber adquirido o no una significación. El actuar en la adolescencia, el robo, la drogadicción, la anorexia-bulimia, los intentos de

homicidio o suicidio, así como también el caso de la tortura y sus efectos,³ nos hablan de situaciones que enfrentamos en nuestro trabajo como analistas en forma frecuente, algunas quedan enquistadas y sus efectos pueden ser vistos en la adultez, haciéndose presentes en los inicios de análisis con la intensidad y fuerza de un acontecimiento actual.

Tomando el ejemplo clínico que nos muestra algunos aspectos sobre la agresividad y violencia, así como el actuar adolescente, planteamos la posibilidad de que sea la situación analítica la que nos abra un campo para que la simbolización en el adolescente pase a ser una puesta en acto, es decir, un acto desimbolización (Cahn 1991).

Es en este acto donde el analista jugará y se jugará con el adolescente la posibilidad de apertura de un espacio psíquico destinado a cederle el lugar al pensamiento y su puesta en palabras, cuando los procesos de discriminación y simbolización han sido insuficientes. Es ante todo una experiencia de intimidad que el propio encuadre analítico le brindó a Lucho, para contribuir a la apertura de ese espacio psíquico que fue muy lábil en el transcurso del análisis. Fue a partir del encuadre, de los aspectos transferenciales y contratransferenciales, desde donde pudo generarse dicho espacio para comenzar a hablar de sus secretos, exponerlos, lo cual significó dar acceso a lo más íntimo de sí mismo. Confiar un secreto es ya de por sí confiar en el otro, hacer confianza en la figura del analista, sabiendo que nada de lo que se confía se hace sin afecto. Aquello que es dicho, deviene secreto compartido con otro (en este caso el analista), sellando un compromiso. Quien revela un secreto sin el acuerdo del sujeto, comete a su vez un acto de violencia. De todas formas será tarea del analista el evitar quedar atrapado como destinatario de una relación interpersonal, sabiendo que no es el depositario de las palabras enunciadas, sino que son dichas más allá de sí. Será la forma en que el analista se permitirá expresar las palabras de la interpretación, aquellas que harán surgir un secreto totalmente diferente, aquel del inconsciente.

Para concluir

Tal como decíamos al inicio, pensar la agresividad y la violencia en la adolescencia, implica tener en cuenta sus múltiples sentidos, que van desde la sana afirmación del espacio propio frente al otro, hasta la repetición de vivencias traumáticas violentas donde se incluyen situaciones tales como la violación de los límites espacio-temporales así como los corporales. El proceso de reorganización del psiquismo del adolescente en tratamiento puede ser lento y dificultoso, impidiéndole hacer uso de los procesos propios de la simbolización, dejando abierta la tendencia a la actuación. Dicha actuación puede, entre otras formas, expresarse como agresividad y violencia también a lo largo del tratamiento, dejando en evidencia una fuerza mortífera, potencialmente desorganizadora. Considerar los actos agresivos y violentos en la adolescencia dentro

³ *Maren y Marcelo Viñar (1993) dirán al respecto: El problema de la transmisión y los efectos de la violencia, en el adulto, la experiencia del horror puede ser referida a dos tiempos, un primer tiempo del terror y el horror experimentado física y psíquicamente durante la tortura como demolición, cuya salida recorre caminos inéditos en la experiencia personal y un segundo tiempo, tiempo de la palabra catártica primero y luego del relato más elaborado, cuya capacidad de resignificación a posteriori y de elaboración depende estrechamente de la calidad de la recepción los otros – amados. Cómo se receptiona el sufrimiento, el dolor y la palabra que puede dar cuenta de estos afectos, determina en gran medida el modo de elaboración. Casi nada del amor y de la bondad humana común y corriente podrán tener la calida de intensidad necesarias para poder contrarrestar el monto de horror sufrido. Solo un largo trayecto permite restaurar (y tal vez sólo parcialmente) la confianza en la bondad del otro humano.*

del marco analítico, implicará poner en marcha intensas vivencias afectivas que no han tenido ni un tiempo ni un espacio para atravesar por los procesos de representación y simbolización. Crear en el tratamiento psicoanalítico ese espacio de simbolización, implica historizar la violencia, siempre y cuando el analista sea capaz de permanecer abierto a los misteriosos y desconocidos secretos del paciente, muchos de los cuales perdurarán como eternos enigmas.

Resumen

La agresividad y la violencia en la adolescencia, implican tener en cuenta sus múltiples sentidos, que van desde la sana afirmación del espacio propio frente al otro, hasta la repetición de vivencias traumáticas violentas donde se incluyen situaciones tales como la violación de los límites espacio-temporales así como los corporales.

Un recorrido a través de diversos autores dentro de la literatura psicoanalítica nos permite interrogarnos acerca de estos términos y continuar hacia la clínica donde se jerarquiza el actuar, observándose que no toda actuación adolescente connota un riesgo. En este caso hacemos referencia a aquellas actuaciones que por sus características connotan un peligro que muchas veces pone en riesgo la propia vida del adolescente. Se adjunta material clínico, centrado en el actuar adolescente, subrayándose la pregunta acerca de cómo crear, a través del eje transferencia-contratransferencia, en la sesión analítica, un espacio que de cabida al pensamiento y por lo tanto permita adelantarse a la acción.

Summary

About aggressivity and violence in adolescence

Silvia Flechner

Aggressiveness and violence during adolescence imply taking into account its multiple senses which range from the healthy assertion of one's own space as opposed to others, to the repetition of traumatic violent experiences such as the violation of bodily boundaries as well as ones of space and time.

A look through the different authors within psychoanalytical literature allows us to question these terms and continue towards the clinical practice, where acting is ranked above all else, allowing us to observe that not every adolescent act involves a connotation of risk. In this case we refer to those acts which, due to their characteristics, have a connotation of danger, that many times endangers the adolescent's own life. Clinical material is attached, focusing on adolescent acting, highlighting the question of how to create through the axis of transference – countertransference, in the analytic session, a space that allows place to the capacity of thinking and therefore allowing anticipation of action.

Descriptores:

**ADOLESCENCIA/ VIOLENCIA/
AGRESIVIDAD/ACTUACIÓN/
MATERIAL CLÍNICO**

Referencias Bibliográficas

- AULAGNIER, P. (1976).- “El derecho al secreto: condición para poder pensar”. *Nouvelle Revue de Psychanalyse* N°14, Automne.
- BERGERET, J. (1994).- “*La violence et la vie*”. Payot, París.
- CASTORIADIS – AULAGNIER, P. (1975).- “*La violencia de la interpretación, Del pictograma al enunciado*”. Buenos Aires, Amorrortu Ed.
- CAHN, R. (1991).- “Du sujet rapport”. *Rev. Fr. Psychanal.*, 6: 1371-1390
- CHABERT, C. (2000).- “Le passage à l’acte, une tentative de figuration”. *Adolescence*, Monographie, ISAP,
- FREUD, S. (1913).- “Tótem y Tabú”. Obras completas. Tomo XIII. Amorrortu Editores Bs. As.
- (1915).- “De guerra y muerte, temas de actualidad”. Obras completas. Tomo XIV. Amorrortu Editores Bs. As. p. 273.
- (1915).- “Pulsiones y destinos de pulsión”. Obras completas. Tomo XIV. Amorrortu Editores, Bs. As. p.105.
- (1905).- “Tres ensayos de teoría sexual. La metamorfosis de la pubertad”. Obras completas. T. VII. Amorrortu Editores, Bs. As. p.189.
- (1920).- “Más allá del principio del placer”. Obras completas. Tomo XVIII. Amorrortu Editores, Bs. As.
- (1932).- “Por qué la guerra?” (Einstein y Freud).- Obras completas. T. XXII. Amorrortu Editores. Bs. As.
- GREEN, A. (1990).- “*La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud*” Amorrortu Editores. Bs As.
- GUTTON, P. (2001).- “Le sujet aux prises avec la violence pubertaire”. *Adolescence*, Monographie, ISAPII.
- KLEIN, M. (1927).- “Tendencias criminales en niños normales”. En: *Contribuciones al psicoanálisis*. Tomo 2. Paidós, Bs. As.
- KESTEMBERG, E.- “Identité et identification chez les adolescents”. En: *L’adolescence á vif*. Paris: PUF, pp. 7 – 96, 1999.
- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J.B. (1981).- *Diccionario de Psicoanálisis*. Editorial Labor, Buenos Aires.
- LAUFER, M. (1984) - “*Adolescence and developmental breakdown*”. New Haven: Yale University Press.
- MAGGI, I.; FLECHNER, S. (1999).- “Secret de la violence, violence du secret”. *Adolescence*, monographie, ISAP, p. 259 – 271.
- MISÉS, R. (1984).- “Les destins de la violence en psychopathologie”. *Journal de psychanalyse de l’enfant*. Destins de la violence. Gallimard, Paris.
- VIÑAR, M y M. (1993).- “*Fracturas de la memoria*”. Pedro o la demolición, Ed. Trilce, Montevideo.
- WINNICOTT, D.W. (1960).- “*Escritos de pediatría y psicoanálisis*”. Laia editores, Barcelona.
- WINNICOTT, D. W. (1984).- “*Deprivación y delincuencia*”. Editorial Paidós, Buenos Aires.

Del insight a la autocreación. Vicisitudes de la interpretación desde la modernidad a la posmodernidad.

Jorge L. Ahumada¹

La corporeidad de lo psíquico y la individuación están para Freud en el núcleo del advenimiento de nuestro ser personal. Así, en “El yo y el ello” (1923) afirma que el yo es primera y fundamentalmente un yo corporal, una diferenciación del ello a efectos de la percepción; esto es, de lo que se logre ir captando (y pensando) a punto de partida de lo observado. Que la inmediatez del vínculo de dependencia del lactante con su madre es base de las evoluciones psíquicas lo mostró René Spitz en sus estudios del hospitalismo (1945), donde la ruptura reiterada de la continuidad vincular por quienes cumplían las funciones maternas llevaba al daño psíquico irreparable cuando no a la muerte física. Hallazgos coincidentes, que detalla Goodall (1987), surgen de la indagación etológica.

Partiendo de la corporeidad de lo psíquico, la individuación implicará un complejo proceso de diferenciación a través de la niñez y la adolescencia hasta la adultez y en todo caso abarca una parte del psiquismo, no la totalidad de nuestra vida emocional. La concretitud e indiferenciación de nuestras dependencias emocionales originarias, y la conflictiva ligada a las mismas, están activas en el quehacer relacional durante todo nuestro decurso vital. Para dar un ejemplo, la concretitud del dolor psíquico que acompaña a los procesos de duelo puestos en marcha por la emigración se dará aún -o sobre todo- cuando ésta ocurre en etapas tardías de la vida.

Conviene acotar la vastedad del tema distinguiendo entre el *posmodernismo* como ideología filosófica y académica heredera del romanticismo generalizando a toda área el modelo del arte, y por el otro lado la *posmodernidad* como la época sociocultural -que Lyotard llama “*La condición posmoderna*” (1979)- donde la realidad cotidiana y la realidad política se pliegan al modelo mediático del espectáculo signado, dice un autor mayor de la izquierda norteamericana, Fredric Jameson (1981), por la infinitización del presente y la incapacidad de elaborar las experiencias personales ante el “olvido” del tiempo histórico. A esto se agrega la celebración: en la eclosión de lo novedoso, dice no sin ironía Milan Kundera (2001), *sólo quien celebra ser (pos)moderno es auténticamente (pos)moderno*, y la única (pos)modernidad digna de ser tal es la que se vive como antimoderna.

La bibliografía dedicada al tema de la sociedad posmoderna llenaría bibliotecas: menciono como hitos “Un Mundo Feliz” de Aldous Huxley en 1932, la obra de McLuhan en la década del 50, el libro de Guy Debord “La Sociedad del Espectáculo” (1967), “La Era del Vacío” de Gilles Lipovetzky en 1982, la obra de Baudrillard sobre la hiperrealidad mediática y el éxtasis de la negación, y los aportes de Neil Postman (1992) sobre la cultura de la diversión en el ámbito del Tecnopolo. Entre nosotros, en *El Asedio a la Modernidad* (1991), Juan José Sebrelli enfatizó el traslado masivo al plano político de la concepción wagneriana de la “obra de arte total”: ya en la época del surgimiento del nazismo, señala Sebrelli, Goebbels postulaba el predominio de la

¹ Miembro de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Miembro de Honor de la Sociedad Británica de Psicoanálisis. Av. Las Heras 2063 5ºA, 1127 Buenos Aires, Argentina. E-mail: jahumada@elsitio.net

imagen fusionando la propaganda política y la estetización en la “obra de arte total”, al modo de un todo retórico englobando lo real. *Del insight a la autocreación*. Poco después, en 1937, el historiador y filósofo del arte Roger Collingwood anotaba que bajo el impacto mediático la prevalencia social de la diversión bifurcaba la experiencia en una parte “real” y otra consistente en un “hacer creer” ilusorio, entrando en bancarrota la realidad cotidiana, con un cambio fundamental de nuestras experiencias personales.

En el pasaje a la cosmovisión de la posmodernidad los procesos de evolución psíquica viran en la sociedad global y en el ámbito del psicoanálisis, donde el eje del tratamiento y la función de la interpretación rotan del insight a la autocreación, tema que abordé en otros trabajos (1992, 1994, 1995, 1997, 2001; Etchegoyen y Ahumada 2002; 2002a, b; 2003a, b; en prensa a, b). No se me escapa que abordar el tema del psicoanálisis en la posmodernidad es entrar en un campo minado presto a mal entendidos, por la turbulencia emocional que habita la interfase entre las cosmovisiones moderna y posmoderna.

En el contexto académico, la segunda mitad del siglo XX estuvo signada por el llamado “giro lingüístico” de la filosofía y las disciplinas del hombre, donde el orden del discurso se autonomiza siguiendo impulsos nucleares de la vertiente romántica. Tomaré como guía el eje que va desde el romanticismo a Nietzsche y a Foucault.

El romanticismo como matriz del pasaje hacia el posmodernismo

Si siendo legión quienes comentan los temas del pasaje a la actual sociedad mediática sería abrumador intentar nombrarlos, no lo es menos mapear los hitos filosófico-literarios que desde la crisis de la razón y el surgimiento del romanticismo marcan el camino académico hacia el posmodernismo. El historiador de las ideas Isaiah Berlin (1960) ubica allí un punto de viraje, un cambio radical del marco conceptual donde los problemas previos se viven como remotos, obsoletos o ininteligibles, “restos de confusiones de un mundo ido” (1960, p. 168).

En el modelo romántico del arte, afirma, la creación parte de la nada, *ex nihilo*: el arte, convertido en la actividad autónoma fundamental del hombre, no es imitación ni representación sino *expresión*, mostrando la chispa divina de cada uno, *sicut Deus*. En tal clima de auto-engendramiento las rotundas palabras de Fichte, “Soy sólo mi propia creación” (Berlin 1960, p. 180) cobran pleno valor.

Aunque la abrogación de las nociones de verdad y falsedad suele atribuirse a Nietzsche y su énfasis en la “muerte de las evidencias”, el tema es rastreable a las raíces del romanticismo expuestas por Schiller en 1789, sosteniendo que todo hecho o evento es una construcción arbitraria, y “cualquier construcción, cualquier selección, cualquier ‘estructura’ es tan válida como cualquier otra” (Kolakowski 1975 p. 242). La subjetividad del presente pasa así a engendrar el pasado: con la ventaja, sostiene el autor, de obviar la necesidad de aprender.

Aún antes de Schiller, de Hölderlin y de Nietzsche, en la ancestral tradición germánica el peso salvífico del *Dichter*, señala el crítico literario George Steiner en “Una lectura contra Shakespeare”, no se transmite con facilidad a otras culturas: así, el término “poeta” tal cual se usa en inglés -o, agregó, en otras lenguas- no hace lugar adecuado a la dimensiones adánicas del término germano.

El auténtico *Dichter*, sostiene con pasión Steiner, es excepcional. En sus términos: «La verdadera *Dichtung* da testimonio. ‘Conoce objetivamente’ en el sentido

concreto en que la nominación de las formas vivientes del Edén por parte de Adán correspondía precisamente a la verdad. ... Como Adán, el *Dichter* nombra lo que es, y su nombrar define, encarna su verdadero ser» (1986, p. 121-122). Tal «conocer objetivo» de la *Dichtung* se distingue netamente del conocer cotidiano y del conocimiento científico. En el caso de Martin Heidegger, dice Steiner, «el *Dichter* ... ‘ habla el Ser’». Es ‘el pastor del Ser’; en la custodia del *Dichter* el hombre se acerca más a lo que es (a lo que podría ser si es que va a ser hombre)» (p. 122-123). Su función es a la vez ética y salvífica. Destaco a mis fines que Heidegger fue central en el pensamiento francés de la posguerra -la época de las «tres H», Hegel, Husserl y Heidegger- y que en esas corrientes del pensar la función poética asume valor vático: el *Dichter* relata eventos futuros desde el lugar de los dioses, lo cual en el contexto del posmodernismo, y como examiné en otro lugar (2001), toma la forma de la paradoja de la enunciación.

En el arte romántico la obra de Richard Wagner ilustra la expansión de las expectativas de un renacer emancipatorio desde el drama musical wagneriano hacia la sociedad global, aunando su «obra de arte total», nos dice el historiador de Oxford J. W. Burrow, el papel de la tragedia en la Grecia antigua con la tradición del *Volk* de las mitologías teutónicas. Que aquí el *Mitos* asume la magna función de la re-creación avalaría a Collingwood (1946) en la afirmación de que el mito asume siempre la forma de una teogonía.

Sólo el mito libera en las tradiciones del *Volk* y de la *Dichtung*, del pueblo y su enunciación, que compartían Wagner y Nietzsche. El romanticismo le significó a Wagner, dice Burrow, a la vez «la aprehensión inmediata, poética, de lo verdadero en formas inaccesibles al pensamiento analítico, y ... la creación colectiva de un pueblo, de un *Volk*» (2000, p. 210) en vías a la redención espiritual mediante la revitalización del mito en el arte. Por su parte Enrique Racker, en medulosa consideración de su obra y personalidad cita a Thomas Mann: «Wagner reconoce que su arte y su dolencia son una sola y misma enfermedad» (1948, p. 32-33), subrayando que llamaba *delirio conciente* a su arte. Por motivos de espacio no detallaré las idas y vueltas del tema, que Racker desglosa del periplo de sus sucesivos dramas musicales: diré sólo que en lo concerniente a la dimensión teológico-demiúrgica en la producción wagneriana y más en general en el romanticismo, Racker (p. 78n) señala que casi todos los héroes wagnerianos son a la vez deicidas y crucificados, y agrega que hacia el final, cayendo en la enfermedad mental, también Nietzsche se identificaba con el Crucificado.

El exaltado sentido wagneriano de cumplir una misión sublime se acicatea en el caso de Nietzsche por su convicción de las afinidades profundas entre el filósofo y los fundadores de religiones (1872b p. 19). Habiéndome referido ya con cierto detalle en mi trabajo «El renacer de los ídolos. El inconciente freudiano y en el inconciente nietzscheano» (2001) a estos temas nietzscheanos centrales me limitaré a resumirlos. Para Nietzsche la pérdida del mito es a la vez la pérdida del hogar primordial, el mítico seno materno, la pérdida de la extática ilusión artística, y la pérdida de la auto-aniquilación orgiástica del impulso dionisiaco en el seno de la Unidad Primordial, y es por ende la ruina de la tragedia y el ocaso del héroe épico -Prometeo, Edipo, Orestes- que bajo diferentes máscaras es siempre el Dionisos de los misterios sufriendo los desgarros de la individuación. El artista asume el rol del artista supremo, Prometeo, pues, sostiene, en la concepción aria lo sublime sólo se logra a través de un crimen² : la

² El psicoanalista inglés Ron Britton (2001) recuerda a la analista Sabina Spielrein quien describió el impulso destructivo en su trabajo “La destrucción como causa del devenir del ser” (1912). Spielrein, apoyando en Nietzsche, afirmaba que la voluntad de amar implica la voluntad de morir. En las sagas nórdicas, y en las óperas wagnerianas basadas en ellas, las mujeres sólo accedían al Valhalla como siervas de Odín, ofreciendo carne -y su cuerpo- a los guerreros: de no ser así, sólo lo hacían tras la

transgresión es la suprema virtud prometeica, en los esfuerzos del individuo de devenir el *único* ser humano. Esto se contrapone a la moral semítica y cristiana, la moral de los esclavos, que deberá ceder ante una nueva aurora en la renacida primacía de Dionisos. Esta reiteración del tema del nacimiento y del renacer en Nietzsche captó la atención de oídos psicoanalíticos: así, Helene Deutsch señala el rol crucial del éxtasis y la rabia en dicha ruta hacia la inmortalidad, enfatizando el objetivo último, “un estado permanente de unificación beatífica con su madre” (1969, p. 33).

Del cartesianismo al teoreticismo académico

Las vicisitudes del pasaje por vía del romanticismo hacia la negativa posmoderna en cuanto a la posibilidad misma de conocimiento válido se anuncian desde el vamos en los *Cuadernos* nietzscheanos de comienzos de la década de 1870 donde, como señala Breazeale, se afirma que el arte es más honesto que la ciencia dado que restablece la legitimidad de la ilusión, que había sido denigrada por la ciencia (1999, p. 37). Dicha contraposición se amplía más tarde en *Más Allá del Bien y del Mal* en palabras que merecen citarse in extenso:

“Hay verdades que son reconocidas mejor por mentes mediocres que les son afines; hay verdades que sólo tienen encanto y seducción para los espíritus mediocres: llegamos a este quizás desagradable enunciado recién ahora, cuando el espíritu de ingleses respetables pero mediocres -menciono a Darwin, John Stuart Mill, y Herbert Spencer- comienza a predominar en las regiones medias del gusto europeo. En verdad, ¿quién puede dudar de la utilidad de que a veces *tales* espíritus reinen? Sería un error suponer que los espíritus de tipo elevado que planean en sus propios rumbos sean especialmente hábiles en cuanto a determinar y recolectar muchos hechos pequeños y comunes y extraer luego de ellos conclusiones; por el contrario, al ser excepciones, están desde un comienzo en desventaja en lo que concierne a ‘reglas’. Finalmente, tienen algo mejor que hacer que la mera adquisición de conocimientos-*ser* algo nuevo, *significar* algo nuevo, *representar* nuevos valores. Quizás la brecha entre *conocer* y *poder ser* sea mayor y más enigmática de lo que se supone: quienes pueden hacer cosas en el gran estilo, los creativos, deban quizás carecer de conocimientos-mientras que por el otro lado para los descubrimientos científicos del tipo de los de Darwin una cierta estrechez, una aridez, y una inteligencia industriosa, algo inglés en resumen, podrían no ser una mala disposición (1886 p. 381).

Poco cabe agregar a tal oposición entre la mediocridad adscripta al *conocer*, a la indagación y la interpretación en el ámbito de la ciencia, y la alta estima acordada al *poder ser* en un género interpretativo diferente, el “gran estilo” del protagonismo artístico. No obstante esa tajante valuación nietzscheana, en la clínica psicoanalítica debemos sin duda conformarnos con deslindar hechos pequeños y comunes y sacar de ellos conclusiones, en un doble trabajo de las evidencias por parte del analizado y del analista.

Ocurre que la exigencia de certezas distorsiona la relación de conocimiento, arribando a negar de plano en áreas cruciales la posibilidad de conocer. Tal sucede con Nietzsche, a quien una vivencia abrumadora de crasa *injusticia* por no acceder al *conocimiento absoluto* lo lleva tempranamente a la idea de que «la verdad mata -se mata aún a sí misma» (1873, p. 92). La exacerbada vivencia de injusticia ante la ausencia de acceso a una versión hiperbólica de la verdad se liga a una visión formalista,

muerte sacrificial, y al quemarse en la pira del guerrero accedían en la otra vida al matrimonio vedado en ésta. Vida y muerte se revertían, afirma Britton, pues la idea de la muerte se vinculaba a una unión eterna más que a una pérdida, en tanto que la vida se vivía como una persistencia de la separación.

prístinamente cartesiana de qué es ciencia, donde «Todas las leyes de la naturaleza son sólo relaciones entre x , y , y z Estrictamente hablando, el conocimiento tiene sólo la forma de una tautología y es por ende *vacío*» (1872b p. 51). Cuando conocer se equipara a la certidumbre lógica y matemática, se abre -como ocurrió con Descartes- un hiatus entre el pensar, la *res cogitans*, y nuestra corporeidad, ubicada como mecánica y ajena a nuestro verdadero ser, en vez de vérsela como constitutiva. Esto conlleva un clivaje entre lo empírico como meramente natural y el lenguaje como esencia humana. Por lo cual Nietzsche procede a enarbolar, en pro de los valores de la vida, las banderas de la «muerte de las evidencias».

Acometiendo contra la idea filosófica de *la verdad como certeza ideal*, Nietzsche se propone «doblegar el conocimiento a través de los poderes que *engendran mitos*» (1872b, p. 19) en una infatigable lucha en pro del arte y en contra del conocimiento: alza pues la retórica de autocreación dionisiaca en contra de las ascesis de la moral judeocristiana y de la argumentación socrática. La contracara del nihilismo evidencial en la «muerte de las evidencias» está dada por un vector romántico central, el pasaje -en célebres términos de Marx- del reino de la necesidad al reino de la libertad. Pero si Marx ubicaba su motor en los determinismos económicos y el rol central del proletariado, en el análisis de Nietzsche los términos centrales -coincido con Jameson (1981, p.201)- de dominación y *ressentiment* organizan su metanarrativa de la historia universal: el resentimiento de quienes, privados de la única reacción válida, la del actuar, se preservan del daño mediante venganzas imaginarias, y que en la tradición judeo cristiana, en una astucia ideológica, da vuelta el sistema aristocrático y lo revierte hacia el *ethos* de la caridad, privando a los amos de su vitalidad natural y de su insolencia aristocrática.

Tal metanarrativa en términos del *deseo* en rebelión contra una realidad represiva le da su instrumento central para pensar el devenir histórico, las *genealogías*, a partir de la segunda de sus *Meditaciones Intempestivas*, «Sobre los usos y las desventajas de la historia para la vida» en 1874. Plantea allí Nietzsche que servirá a la historia sólo en la medida en que la historia sirva a la vida, que el olvido es esencial para cualquier tipo de acción, y que la fama surgida de los raros momentos de creación establece los enlaces de inmortalidad entre las eras, así como también la protesta ante el paso de las generaciones y lo transitorio de las cosas. Las genealogías, advierte Jameson (1981), no son narrativas históricas sino perspectivas diacrónicas apuntando a volver perceptibles-a la manera de los rayos X- la articulación de un sistema presente, al modo de un mensaje socio-simbólico: dichas ideologías del deseo son menos un modo interpretativo que una cosmovisión, cuyo motor de base es la transgresión.

El engarce entre la narrativa nietzscheana, apuntando como vimos a «doblegar el conocimiento a través de los poderes que *engendran mitos*» (1872b, p. 19), y el ideario intelectual francés de la posguerra, se dio en la enseñanza de Alexandre Kojève -quien contó entre sus alumnos a Georges Bataille, Maurice Merleau-Ponty, Pierre Klossowski, Jean Wahl, André Breton y Jacques Lacan, en tanto Sartre se hacía llegar los apuntes. En rotundo rechazo de nuestra naturaleza animal y de nuestras dependencias afectivas y corpóreas, para el Hegel nietzscheano de Kojève no hay verdad alguna en la ciencia: *sólo el Discurso filosófico aporta Verdad* puesto que abarca lo Real *concreto*, esto es, la *totalidad* de la realidad del Ser (1947, p. 178). Aquí el hombre se define como tal en base a su Negatividad, esto es, a su capacidad de negar lo dado en sí mismo y en el mundo, en tanto que el deseo genuinamente humano de reconocimiento implica una lucha a muerte, en la negación del deseo natural (o animal) de autopreservación.

Como amplió en otro lugar (2001), el discurso filosófico de Kojève implementa una dialéctica de autocreación de donde resulta, en los pasos de Nietzsche, una *idea*

protagonística de la verdad. La manifestación límite de dicho estilo de protagonización emancipatoria en la transgresión es la célebre proclama nietzscheana en *La Voluntad de Poder*: «¡Todo es falso! ¡Todo está permitido!» (1901, p. 326).

En las raíces del «giro lingüístico» de la filosofía del siglo XX la obra de Ludwig Wittgenstein nos da una oportunidad adicional de asistir al modo en que la pretensión de *certezas* empíricas al modo logicista-cartesiano acarrea, como ocurriera con Nietzsche, una renegación de la empiria aún en sus instancias cotidianas. Son de especial interés sus notas finales *Sobre la certeza*, escritas en sus últimos dieciocho meses de vida y publicadas por su albacea literario Georg-Henrik von Wright en 1969. Para decir brevemente lo que amplió en otro lugar (en prensa, a), Wittgenstein sostiene en las *Investigaciones Filosóficas* que no debemos buscar e indagar hechos nuevos sino entender lo que ya está a la vista, y que en vez de intentar penetrar los *fenómenos* debemos investigar si éstos son posibles y qué enunciados hacemos sobre ellos. Por lo cual su investigación es de índole *gramatical*, preguntándose *¿Qué es el lenguaje? ¿Qué es una proposición?*, en busca de respuestas dadas de una vez, independientemente de toda experiencia futura (1953, p. 36e-37e).

Pero entonces el lenguaje deviene una ontología (Black 1961) abrogando cualquier evidencia por fuera de lo lingüístico. Sus notas finales ni siquiera admiten fácilmente el argumento de George Moore «He aquí una mano, y he aquí otra», pues lo vinculado a la empiria, por más obvio que sea, no le ofrece la clase de certeza que deriva del cálculo: «el cálculo es absolutamente confiable, es ciertamente correcto» (1969, p. 7e). Y luego agrega: «Si todo habla en favor de una hipótesis y nada en contra de ella –entonces tendríamos certeza de su verdad. Podría ponérselo así. Pero, ¿coincide eso ciertamente con la realidad, con los hechos? La pregunta nos indica que estamos dando vueltas en círculo. Existe desde ya la justificación, pero la justificación se topa con un límite» (1969, p. 27e).

En función de tal íntima ligazón de la teoría y el cálculo, y de ambos con la idea de verdad como certeza a priori, se entiende mejor que Wittgenstein sostenga que Copérnico o Darwin no descubrieron teorías verdaderas sino sólo un punto de vista fértil (1980, p. 18e).

Interpretación y emancipación

En una breve intervención en el coloquio de Royaumont en 1964 donde se le propuso el tema «Nietzsche, Freud, Marx», Foucault articula la idea posmoderna de la interpretación y sienta las bases que retomará años más tarde Paul Ricoeur (1970) como la «hermenéutica de la sospecha».

Partiendo de la idea de que el lenguaje desborda su forma propiamente verbal pues en el mundo muchas cosas hablan sin ser lenguaje, tales como la naturaleza, el mar, el murmullo de los árboles, los animales, los rostros, las máscaras, los gestos mudos, las enfermedades, aventura Foucault que Marx, Nietzsche y Freud abrieron una nueva posibilidad de interpretación fundamentando la posibilidad de una hermenéutica donde nosotros, intérpretes, nos hemos puesto a interpretarnos a nosotros mismos así como debemos interrogar a esos intérpretes que fueron Freud, Nietzsche y Marx. De tal modo, dice, «somos perpetuamente reenviados en un perpetuo juego de espejos» (1964, p. 37), en una tarea de interpretación que se refleja siempre sobre sí misma y modifica la naturaleza misma del signo. La interpretación, afirma, llega a ser al fin una tarea infinita, en tanto que su carácter inacabado, siempre recortada permaneciendo en suspenso al borde de ella misma, determina un rechazo del comienzo. Tomando como

modelo lo inacabado de la interpretación en psicoanálisis por «la inagotabilidad, en el carácter infinito e infinitamente problemático de la relación del analizado y del analista», y citando la idea de Nietzsche de que «perecer por el conocimiento absoluto podría bien ser parte del fundamento del ser», afirma Foucault que cuanto más lejos va la interpretación tanto más se acerca la hermenéutica interpretativa a una región absolutamente peligrosa, «donde no sólo la interpretación va a alcanzar su punto de retroceso sino que va a desaparecer como interpretación, causando tal vez la desaparición del mismo intérprete» (p. 41). Lo que está en juego en dicho punto de ruptura de la interpretación podría, dice, muy bien ser algo así como la experiencia de la locura que fascinó a Nietzsche: la experiencia de la locura sancionaría un movimiento de la interpretación acercándose al infinito de su centro, donde se hunde calcinado.

Radicalizando la noción de la interpretación, sostendrá luego que «si la interpretación no puede acabarse nunca es, simplemente, porque no hay nada que interpretar. No hay nada de absolutamente primario que interpretar pues, en el fondo, todo es ya interpretación; cada signo es en sí mismo no la cosa que se ofrece a la interpretación, sino interpretación de otros signos» (p. 41). Y luego continúa: «la interpretación no aclara una materia que es necesario interpretar y que se ofrece a ella pasivamente; ya no puede sino apoderarse, y violentamente, en una interpretación ya hecha, que sabe invertir, revolver, despedazar a golpes de martillo» (p. 43-44). Tal como lo entiende, «Freud no interpreta signos sino interpretaciones. En efecto, bajo los síntomas, ¿qué es lo que descubre Freud? Él no descubre, como se dice, ‘traumatismos’; él pone al descubierto *fantasmas*, con su carga de angustia, es decir un núcleo que es ya en su ser mismo una interpretación. La anorexia, por ejemplo, no envía al destete como el significante enviaría al significado, sino que la anorexia como signo, síntoma al que hay que interpretar, reenvía a los fantasmas del mal seno materno, que es en sí mismo una interpretación, que es en sí mismo un cuerpo parlante. Es por esto que Freud no tiene para interpretar otra cosa en el lenguaje de sus enfermos que aquello que sus enfermos le ofrecen como síntomas; su interpretación es la interpretación de una interpretación» (p. 45), añadiendo que la interpretación precede al signo, pues éste no es sino una interpretación que no se asume como tal, una verdad que tiene por función recubrir con lo cual pierde su ser simple de significante. Concluirá pues Foucault, siguiendo a Nietzsche, que la interpretación vuelve siempre sobre quien la plantea y que el principio de la interpretación no es otro que el intérprete, pues debe interpretarse siempre ella misma en un tiempo circular. Los signos son por ende el peligro supremo de la interpretación. La muerte de la interpretación consiste en creer que hay signos originarios, primarios, como señales coherentes y sistemáticas, en tanto que la vida de la interpretaciones creer que no hay sino interpretaciones en una hermenéutica donde el lenguaje no cesa de implicarse a sí mismo en la región medianera de la locura y el puro lenguaje en la cual, dice Foucault, podemos reconocer a Nietzsche (p. 48).

Al plantear que esa variada conjunción de elementos de tan disímil nivel -la naturaleza, el mar, el murmullo de los árboles, los animales, los rostros, las máscaras, los gestos mudos, las enfermedades-hablan sin ser lenguaje, Foucault postula una omnipresencia del lenguaje y en consecuencia, en vigorosa hipérbole del voluntarismo interpretativo, una similar omnipresencia de la interpretación, que dejando de ser instrumento se convierte en un fin en sí misma. Comentando este trabajo crucial, el filósofo francés Vincent Descombes (1991, p. 79) argumenta que allí se resumen las tesis centrales del «nietzscheanismo francés» de la posguerra, añadiendo que Foucault presenta sus tesis en el tono de quien señala la vía de una liberación gozosa en la buena nueva de una «vida de la interpretación». Esto marcará dos vertientes claramente diferenciables en cuanto al pluralismo: por un lado el reconocimiento de la pluralidad de

métodos e interpretaciones en el mercado intelectual y académico, pues no existe una forma definitoria de resolver diferencias; y por el otro lado la ideología posmodernista que en base a la infinitud de los significados y métodos, tomados como equiparables y sustituibles (Jameson 1981, p. 31), impone como mandato la irrelevancia de cualquier planteo evidencial.

Tal cual ocurría con Nietzsche, una concepción formalístico mecanicista de qué es ciencia rige el pensamiento de Foucault (1969, p. 182-183), quien contrapone ámbitos científicos *formalizados* que proveen conocimiento científico (*connaissance*) y ámbitos *arqueológicos* puramente discursivos donde el saber (*savoir*) surge en prácticas diversas ubicadas a un mismo nivel: la ficción, la reflexión, las narraciones, las reglas institucionales y las decisiones políticas (p. 207). Aquí no se trata entonces de ciencias sino de «disciplinas» (1971a, p. 222) cuyas «prácticas discursivas» se emancipan de evidencias.

Con lo cual en el «realismo teórico» foucaultiano la formalización imprime por sí carácter de cientificidad, y sólo en las ciencias formales admitirá la existencia de evidencias a las cuales atenerse. En ausencia de evidencias, y esto signa los planteos del posmodernismo académico, la fuerza del «realismo teórico» derivada de la formalización se transmite prístinamente al lenguaje discursivo, en el caso de Foucault bajo el rótulo de «discursividad». Tal «realismo retórico» puramente verbal pasa a sustituir de pleno derecho a la indagación de las evidencias pertinentes.

Vemos pues que cuando el lenguaje desborda su forma verbal-pues para Foucault en el mundo muchas cosas hablan sin ser lenguaje- la oratoria interpretativo-discursiva desborda a su vez sobre las cosas, interpretándose indefinidamente a sí misma en forma circular en una deriva interminable donde «somos perpetuamente reenviados en un perpetuo juego de espejos» (Foucault 1964, p. 37). Y atestigua la violencia que se auto atribuye tal «realismo retórico» lo que cité pero merece retomarse: que en esta nueva versión de la filosofía del martillo nietzscheana, «la interpretación no aclara una materia que es necesario interpretar y que se ofrece a ella pasivamente; ya no puede sino apoderarse, y violentamente, en una interpretación ya hecha, que sabe invertir, revolver, despedazar a golpes de martillo» (p. 43-44).

Pasemos ahora a los tres usos que Nietzsche adscribió a la genealogía, tal como los retoma Foucault en «Nietzsche, la genealogía, la historia» (1971b). El primero, el uso paródico o farsesco, se dirige contra la realidad, oponiéndose al tema de la historia como rememoración o reconocimiento. El segundo uso apunta contra la identidad buscando su disolución sistemática, se opone a los eventos históricos como continuidad o representantes de una tradición, y toma la forma del carnaval o la charada. El tercer uso sacrifica al sujeto del conocimiento, dirigiéndose contra la verdad y la historia como conocimiento, en la idea de que todo conocimiento asienta en la injusticia por no alcanzar una verdad universal. A esto se unen el odio a la idea de desarrollo y el rol de la genealogía como ciencia curativa, rastreando trazas residuales de venenos para prescribir el mejor antídoto (1971b, p.90).

Todo esto abre el camino al libre juego de la *voluntad de ilusión*, como indicó en 1913 Hans Vaihinger. En cambio en el psicoanálisis la indagación de la historia personal como reminiscencia apunta a reintegrar lo hasta ahí desconocido posibilitando el desarrollo de un sujeto de conocimiento, a contracorriente de los tres usos nietzscheanos.

El desbocamiento de la voluntad de ilusión revierte la valuación de cordura y locura: la cordura deviene una carga injusta a la libertad primordial del sujeto en tanto que *el delirio, el discurso que libera la pasión de todos sus límites* se convierte en principio moral. Ya en 1961, en su *Historia de la Locura* Foucault celebró en la locura

de Sade, Goya y Nietzsche una afirmación soberana de la subjetividad, y en su violencia, la verdad del descubrimiento de un magno poder aniquilatorio, contrabalanceando la violencia ínsita en la razón. Convertido el borramiento de los límites en principio moral de base, sostendrá que tras la experiencia de Mayo del 68 deben abrogarse las barreras entre el bien y el mal, entre la inocencia y la culpa, entre la normalidad y la anormalidad, eyectando todo lo relacionado con el conocimiento, por ser cómplice con lo sucedido «hasta ahora». Lo existente «hasta ahora» se toma por falso y eminentemente injusto al ligarnos a una identidad: blandiendo el martillo filosófico de la demolición interpretativa, afirma pues: «La ‘totalidad social’ sólo debe tomarse en cuenta como algo a ser destruido» (1971c, p. 233).

Se vehiculiza así en lo social -al modo de la «obra de arte la admonición de Nietzsche: «imaginar otro mundo más valioso como expresión del odio hacia un mundo que nos hace sufrir: el *ressentiment* de los metafísicos contra el presente es aquí creativo», (1901, p. 311), asumiéndose el *ressentiment* como fuente de inocencia. Pese, pues, a los intentos de Nietzsche de deslindarse del romanticismo vemos que, como señala Habermas(1985, p. 306-307), aquí las fuerzas vitales clivadas redes cubiertas por el romanticismo -los sueños, las fantasías, la locura, la excitación orgiástica, el éxtasis- alojan a un otro de la razón encarnando la felicidad primordial de la completud fusional. Se apunta aquí pues, como reclamara ya Foucault en el prefacio de «*Historia de la locura*» (1961), a un acto de escisión para instituir una cesura entre lo inmisericorde de la cordura y la experiencia de los placeres edénicos del punto cero de unidad mítica originaria.

Abolido el sujeto del conocimiento lo que *no* existió hasta ahora, la frescura del deseo, se vuelve asertórica. Si como sostiene Poster (1989, p 55) la noción sartreana de la libertad asentaba en el poder teológico de auto-crearse desde la nada, aquí el juego de los renaceres asienta en la inocencia en cuanto voluntad de poder en ascenso: la verdad es puramente expresiva, y se volatilizan conocimiento y método. Como dice Nietzsche en el *Zarathustra*: «La inocencia del niño, y el olvido, un nuevo inicio, un juego, una rueda que se mueve por sí, un primer movimiento, un Sí sagrado» (1885, p. 25). La finalidad redentora última es, en términos freudianos, la plena vigencia del principio del placer: «transformar cada ‘Eso era’ en un ‘Así quiero que sea’ -sólo a esto llamo redención» (1885, p. 153). La «astucia de la razón» hegeliana cede su lugar a la astucia de lo espontáneo y de lo novedoso, en tanto que el desdén hacia el aprendizaje por la experiencia eyecta el crecimiento psíquico y la sensatez. Hay aquí poco lugar para hacer conciente lo inconciente, si nos atenemos al aforismo 426 de *La Voluntad de Poder*: «*no debemos analizarlos, no debemos ‘conocernos’ debemos desconfiar de corazón de mirarse el ombligo, pues para nosotros cualquier forma de autoobservación cuenta como una forma de degeneración del genio psicológico*»(Nietzsche 1901, p. 230-231, cursivas mías).

El psicoanálisis clásico y el psicoanálisis romántico

Valga, para finalizar, un comentario sobre un texto reciente que en pro de adecuarse al espíritu de una época donde prima la pluralidad sobre la singularidad y la paradoja por sobre la elaboración sistemática, despliega sin reservas el enfoque del posmodernismo: me refiero al libro del filósofo-psicólogo Carlo Strenger «*La Búsqueda de Voz en el Psicoanálisis Contemporáneo*» (2002), donde adhiriendo, dice, a una postura narrativa que pone el acento en un pluralismo lúdico y en los valores posmodernos de la intersubjetividad y la mutualidad, contrapone una postura clásica

que toma como eje el insight y el logro de madurez psíquica, y una postura romántica centrada en acceder a la plenitud del deseo. Colocándose bajo la égida de Nietzsche y Foucault en lo que supone es una concepción plenamente democrática de la psicoterapia, sitúa al psicoanálisis en una estética de la experiencia donde, en lucha abierta contra la tiranía de la identidad, el deseo inconsciente es fuente última de la verdad de la vida.

Son aquí supuestos de base: a) la primacía de la *Weltanschauung* del terapeuta, b) que la sintomatología, sobre todo en lo que concierne a los universos del sadomasoquismo y de la perversión, debe enfocarse como un proyecto de autocreación consciente por parte del paciente, como su manera de transformarse y transformar su vida en una obra de arte; c) que las significaciones se crean, no se descubren; d) que las tareas de la individualidad se modificaron mucho durante el siglo, habiendo la heterosexualidad perdido sus laureles en un contexto social donde lo que antes se hubiera tomado como transgresivo deviene en estilos de vida alternativos; y e) que es factible combinar una ausencia de vínculos y anclajes significativos con expectativas aparentemente ilimitadas.

Más allá de considerarlas como creaciones, para Strenger las neosexualidades son modos de manejarse ante traumas tempranos; no obstante, achaca al psicoanálisis instrumentar «una noción ilusoria de teoría» (p. 43), con el remanido argumento que ya visita-Jorge L. Ahumada- 201mos en Nietzsche y en Foucault, que una teoría es una estructura formalizada (p. 73) y por ende «no hacemos mayormente teoría en el sentido fuerte, científico» (p. 232). Considerará entonces que las conceptualizaciones psicoanalíticas son creaciones metafórico-míticas, un conjunto de metanarrativas que rigen disciplinas del sí mismo en continuidad con las religiones y filosofías de la antigüedad, y que en el tratamiento se aprende el lenguaje y las convenciones de una disciplina del sí mismo apoyando en la relación paciente-terapeuta y en temas-guía -en su caso, un ideal estético del sujeto acercando la función del terapeuta a la del literato. No debe extrañar que en tal clima, donde la idea de déficit oblitera a la de conflicto, adjudique a las cuestiones del método un lugar periférico.

A los ojos de Strenger, Freud, paradigma de clasicismo psicoanalítico, es un pesimista cultural -un estoico- que ve como inevitables los choques entre nuestra naturaleza instintiva y las demandas de la realidad, al tiempo que cree apasionadamente que es posible lograr la madurez psíquica por lo cual, sostiene, niega a los pacientes todo menos el insight: su interés en el inconsciente deriva, dice, del modo en que éste ataca la racionalidad, sin expectativa alguna de hallar tesoros ocultos ni interés en secretos románticos, en una moral de madurez y dignidad. Aunque reconoce al pasar que no se trata de opciones tajantes sino de cuestiones de grado pues muchas buenas interpretaciones combinan ambas posturas, y que además difieren según que un paciente dado tienda a mirarse desde dentro o desde fuera, Strenger -para quien identificarse con la cosmovisión del analista es parte nuclear del tratamiento- ve como muy diferente que el paciente incorpore de su terapeuta una actitud clásica, o una romántica centrada en el entusiasmo y el logro de la plena subjetividad rescatando el amor que subyace, afirma, tras lo agresivo, lo destructivo, lo perverso o lo incomprensible.

Situando, en las huellas de Ferenczi, a Winnicott y a Kohut como principales psicoanalistas románticos, Strenger se sorprende de que no se remitan a la narrativa romántica central, la lucha del individuo contra un destino adverso que no le permitió ser quien hubiese podido ser. Rehaciendo el camino que la psicopatología de los padres no permitió, en su visión de la terapia los deseos son necesidades, y el riesgo no está del lado de la gratificación sino de la retraumatización que instaura la historicidad misma a punto tal que, asevera, «historizar las experiencias equivale a introducir la dimensión

moral en la experiencia» (p. 157). El planteo de Winnicott de un primer estadio de ilusión de omnipotencia sin registro de la exterioridad de la madre, sosteniendo la ilusión de que el deseo crea el pecho, contexto donde las rupturas debidas a la individuación se vivencian como violaciones y determinan el «falso self», lanzan sin más a Strenger a priorizar la función de la utopía y a equiparar el espacio potencial winnicottiano a un ideal de libre improvisación. Con lo cual supone-pues todos tenemos, dice, una imagen de cómo quisiéramos que fuese la vida- que la realidad debiera adecuarse a las necesidades, siendo un atropello moral si eso no sucede. A esto llama la *protesta ontológica de la subjetividad*. Dichas premisas tienen, reconoce, un atractivo tremendo, pudiendo llevar a un impasse terapéutico maligno (punto ya descrito por Ferenczi, y en más detalle por Balint, 1968), pero para la visión romántica, insiste, eso significa que el nivel de regresión de conexión con el self verdadero no fue alcanzado aún.

Sus ejemplos clínicos -pues de algún modo hay que llamarlos-intentan ilustrar, desde el sadomasoquismo de su paciente Tamara y del filósofo Michel Foucault, la manera en que así domeñaban su infancia traumática de acuerdo a la narrativa heroica de luchar contra el destino en vez de aceptarlo en forma pasiva, transformando sus vidas en una obra de arte. Es, empero, llamativo el relato de Tamara del instante donde ubicó, ante el surgimiento de dicho recuerdo, los inicios de su masoquismo. Un día de verano cuando tenía seis años su padre enfurecido le gritaba por no obedecerle; aterrada y rabiosa, pensó «si disfrutara del dolor, sería una misma persona con papá, y ya no me podría lastimar». En dicha identificación con el agresor asentaban sus impulsos de trastocarse en varón, de transformar el dolor en placer, y de construir su identidad en lucha incesante contra toda norma o convención. Strenger prioriza desde la infancia en adelante una necesidad de *autoría personal* edificada sobre rupturas, partiendo de la idea de una humillación subjetiva irrenunciable cuando uno confronta haber nacido de los padres en vez de ser el propio progenitor como *causa sui*, como causa de sí mismo: humillación que ubica en el centro del complejo de Edipo.

Retoma así una magna estría nietzscheana, presente desde *El nacimiento de la tragedia a partir del espíritu de la música*, donde los griegos áticos apelaban a la ‘voluntad’ como espejo transfigurador para ocultar o velar a sus ojos los poderes de la naturaleza sobre nuestras vidas (Nietzsche 1872a, p. 964). En la rebeldía ante lo inmisericorde de la realidad asienta un magno viraje en el papel de la interpretación pues ahí, como sostuvo Foucault en 1964, la vida de la interpretación nos re-envía a un perpetuo juego de espejos. Lo cual potencia la retórica de la autoría personal vehiculizando en la interpretación infinita los placeres de la transgresión.

Tal postura contrasta de plano con la indagación freudiana, a cuyo espíritu me atuve en mi libro «*Descubrimientos y refutaciones. La lógica de la indagación psicoanalítica*» (1999a). La posmodernidad generaliza a la vida cotidiana y académica la hipérbole romántica del modelo del arte, en un subjetivismo voluntarista que prescinde de la necesidad de conocer. Y en ese magno avatar, en la abolición el sujeto del conocer y su sustitución global por el sujeto de la autoexpresión, se apuesta a revertir en la clínica los lugares de la cordura y la locura celebrando la escisión narcisística de base.

Resumen

El trabajo esboza la radicalización de la interpretación como faceta definitoria del posmodernismo académico en el marco sociocultural amplio del pasaje de la

modernidad a la posmodernidad. A tal fin se considera, partiendo de sus orígenes en el punto de viraje romántico, y luego a través de Nietzsche, Kojève y Foucault, el destino de la interpretación cuando se abandona su uso instrumental al servicio de la ampliación del conocimiento. En lo que al psicoanálisis concierne se pasa del conocimiento de la realidad psíquica, esto es del insight, para arribar en el marco de la posmodernidad académica a sus usos como un fin en sí misma en un realismo retórico donde el marco clínico queda al servicio de la autoexpresión y de la autocreación.

Se sostiene que en la clínica psicoanalítica la teogonía romántica del deseo abrogando el sujeto del conocimiento a favor del sujeto de la autoexpresión equivale a una apuesta en favor de la escisión narcisística.

Summary

From insight to self-creation. Interpretation vicissitudes from Modernity to Post-modernity

Jorge L. Ahumada

Within the overall frame of passage from modernity to postmodernity, this paper attempts to draw the changes that result from a signpost of academic postmodernism, the radicalization of the notion of interpretation. Starting from its roots in the Romantic turning point, and then through Nietzsche, Kojève and Foucault, interpretation passes from being an instrument at the service of gaining valid knowledge to its becoming an end in itself. In the case of psychoanalysis interpretation departs from its use in the unfolding of psychic reality, this is in insight, and it becomes self propelled in a rhetorical realism, at the service of self-expression and self-creation.

It is argued that in clinical psychoanalysis such Romantic theogony of desire involves abrogating the subject of knowledge in favor of a subject of self-expression, in what amounts to a bet in favor of the narcissistic split.

Descriptores: INTERPRETACIÓN / INSIGHT /
Descriptor propuesto: CAMBIO PSÍQUICO

Referencias Bibliográficas

AHUMADA, J. L. (1992).- De l'ange déchu et du 'sujet': une critique des bases de la pensée de Jacques Lacan et de sa technique *Revue française de Psychanalyse* 56: 425-442.

_____ (1994) Interpretación y creacionismo. En: *1999a*.

_____ (1995) Cuerpo, significación y lenguaje.. En: *1999^a*.

_____ (1997) La crisis de la cultura y la crisis del psicoanálisis. En: *1999^a*.

_____ (1999a). *Descubrimientos y refutaciones. La lógica de la indagación psicoanalítica*. Madrid, APM/Ed. Biblioteca Nueva.

_____ (1999b). The Academy of the Spectacle. *Journal of the American Psychoanalytic Association* 47: 585-593.

(_____2001).- El renacer de los ídolos. El inconciente freudiano y el inconciente nietzscheano. *Libro Anual de Psicoanálisis Vol. XVII* . São Paulo, Escuta.

_____ (2002a) El psicoanálisis, la filosofía y la crítica literaria: un aporte a las polémicas de la posmodernidad. En portugués en *Alter* 21:7-21

_____ (2002b) Transgresión y reparación: dos vertientes del arte y de la vida cotidiana. En portugués en *Psicanálise em Revista* (Recife).

_____ (en prensa a) From insight to self-begetting. On the postmodern vicissitudes of psychoanalytic ownership. En *Who owns psychoanalysis?* Ed. por A. Casement. Londres, Karnac.

_____ (en prensa b) Lo inconciente en la posmodernidad: las tensiones epistémicas. *Revista de Psicanálise (Porto Alegre)*.

BALINT, M. (1968) *The Basic Fault* Londres: Tavistock Publications.

BERLIN, I. (1960) The romantic revolution. A crisis in the history of modern thought. En: *The Sense of Reality. Studies in Ideas and their History*. Nueva York, Farrar, Strauss & Giroux, 1997.

BREAZEALE, D. (1999). Introduction. En Nietzsche F. *Philosophy and Truth. Selections from Nietzsche's Notebooks of the early 1870's*. Amherst NY, Humanity Books, 1999.

BRITTON, R. (2001). The eleventh of September massacre. *Bulletin of the British Psychoanalytical Society* 37 (6): 38-39.

BURROW, J. W. (2000). *The Crisis of Reason. European Thought, 1848-1914*. New Haven CT y Londres, Yale Univ. Press.

COLLINGWOOD, R. G. (1937). *The Principles of Art*. Londres, Oxford Univ. Press, 1958.

_____ (1946). *The Idea of History*. Londres, Oxford Univ. Press, 1993.

DEBORD, G. (1967) *La société du spectacle*. París, Buchet-Castel.

DESCOMBES, V. (1991). Nietzsche's French moment. En *Why we are not Nietzscheans*. Ed. por L. Ferry y A. Renaut. Chicago, Univ. of Chicago Press, 1997. [Orig. fr. *Pourquoi nous ne sommes pasnietzchéens*. París, Grasset et Fasquelle].

DEUTSCH, H. (1969). *A Psychoanalytic Study of the Myth of Dionysus and Apollo. Two variants of the mother-son relationship*. Nueva York, Internat. Univ. Press.

ETCHEGOYEN, R. H. y AHUMADA, J L. (2002). ¿Que faire? Le rôle de la psychanalyse dans la posmodernité. En: *Penser les limites. Essais en l'honneur d'André Green*. Ed. por C. Botella. París, Delachaux et Niestlé.

FERRY, L., and RENAUT, A. (1985): *French Philosophy of the Sixties. An Essay on Anti-Humanism*. Amherst MA, Univ. of Massachussets Press, 1990.

FOUCAULT, M. (1961): *Madness and Civilization. A History of Insanity in the Age of Reason*. Nueva York, Vintage, 1988.

_____ (1964). *Nietzsche, Freud, Marx*. Buenos Aires, Ed. El Cielo Por Asalto.

_____ (1969). *The Archeology of Knowledge*. Nueva York, Pantheon.

- _____ (1971a). The discourse on language. En *The Archeology of Knowledge* (p. 215-237). Nueva York, Pantheon.
- _____ (1971b). Nietzsche, genealogy, history. En *The Foucault Reader* (p. 76-100). Ed. by P. Rabinow. Nueva York, Pantheon, 1984.
- _____ (1971c). Revolutionary action: "Until now". En *Language, Counter-memory, Practice*. Ed. por D. F. Bouchard. Ithaca NY, Cornell Univ. Press.
- FREUD, S. (1923). El yo y el ello. *A.E.*, 19.
- GOODALL, J. (1987). *The Chimpanzees of Gombe*. Belknap/Harvard Univ. Press.
- HABERMAS, J. (1985a): *The Philosophical Discourse of Modernity*. Cambridge MA., MIT Press, 1990.
- HUXLEY, A. (1932). *Brave New World*. Nueva York, Bantam, 1960.
- JAMESON, F. (1981). *The Political Unconscious. Narrative as a Socially Symbolic Act*. Ithaca NY, Cornell Univ. Press.
- _____ (1990). *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism*. Durham NC, Duke Univ. Press.
- KOJÈVE, A. (1947). *Introduction to the Reading of Hegel. Lectures on the Phenomenology of the Spirit*. Ithaca NY y Londres, Cornell Univ. Press, 1987.
- KOLAKOWSKI, L. (1975)). The intellectuals. En: *Modernity on Endless Trial*. Chicago y Londres, Univ. of Chicago Press, 1990.
- KUNDERA, M. (2001). La modernidad antimoderna. *La Nación Cultura*, 11 de Noviembre 2001, p. 1-2.
- LIPOVETZKY, G. (1983). La Era del Vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo. Barcelona, Anagrama, 1986.
- LYOTARD, J-F. (1979). *La condición posmoderna*. Buenos Aires, Ed.R.E.I, 1995.
- NIETZCHE, F. (1872): *The Birth of Tragedy from the Spirit of Music*. En: *The Philosophy of Nietzsche*. Nueva York, The Modern Library, 1927.
- _____ (1872b). "The Philosopher: Reflections on the Struggle between Art and Knowledge». En: *Philosophy and Truth. Selections from Nietzsche's Notebooks of the early 1870's*. Amherst NY, Humanity Books, 1999.
- _____ (1873). The philosopher as cultural physician. En *Philosophy and Truth. Selections from Nietzsche's Notebooks of the early 1870's*. Amherst NY, Humanity Books, 1999.
- _____ (1874). On the uses and disadvantages of history for life. En *Untimely Meditations*. Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1997.
- _____ (1885). Thus Spake Zarathustra. En: *The Philosophy of Nietzsche*. Nueva York, Modern Library, 1927.
- _____ (1886). Beyond Good and Evil. En: *Basic Writings of Nietzsche*. Nueva York, Modern Library, 1992.
- _____ (1901). *The Will to Power*. Ed. por W. Kaufmann. Nueva York, Vintage, 1968.
- POSTER, M. (1989). *Critical Theory and Post structuralism. In Search of a Context*. Ithaca NY y Londres, Cornell Univ. Press.
- POSTMAN N. (1992). *Technopoly. The Surrender of Culture to Technology*. Nueva York, Vintage, 1993.
- RACKER, E. (1948). Ensayo psicoanalítico sobre la personalidad y la obra dramática de Richard Wagner. *Revista de Psicoanálisis* 6: 32-81.

RICOEUR, P. (1970): *Freud and Philosophy. An Essay on Interpretation*. New Haven, Yale Univ. Press.

SEBRELI, J.J. (1991). *El asedio a la modernidad*. Buenos Aires, Ed. Sudamericana.(2000). *Las aventuras de la vanguardia*. Buenos Aires, Ed. Sudamericana.

SPIELREIN, S. (1912). Destruction as the cause of coming into being. *Journal of Analytic Psychology* 39: 155-186, 1994.

SPITZ, R. (1945). Hospitalism. *Psychoanal. Study Child* 1: 53-74.

STEINER, G. (1986). A lecture against Shakespeare. En: *No Passion Spent*. New Haven CT y Londres, Yale Univ. Press. (Trad.cast. *Pasión Intacta*. Barcelona, Siruela, 1997).

STRENGER, C. (2002). *The Quest for Voice in Contemporary Psychoanalysis*. Madison, CT Internat. Univ. Press.

VAIHINGER, H. (1913). La voluntad de ilusión en Nietzsche. En Nietzsche F. y Vaihinger H.: *Sobre Verdad y Mentira*. Madrid, Tecnos, 1998.

WITTGENSTEIN, L. (1953) *Philosophical Investigations*. 3a. Ed. Rev. Malden MA y Oxford Blackburn 2001.(1969). *On Certainty*. Ed. por G. E. M. Anscombe y G. H. von Wright. Nueva York, Harper & Row.(1980). *Culture and Value*. Ed. por G. H. von Wright. Chicago, Univ. of Chicago Press.

CORREO DE LECTORES

De Luisa de Urtubey.
A propósito del trabajo de Javier García
“Cuando Eros tienta a Thanatos. Algunas ideas
en torno a las llamadas “Reacciones Terapéuticas Negativas”
y la “Transferencia Negativa”
Rev. Uruguay de Psicoanálisis 2003, 97, págs. 74-94.

Estimado colega:

He leído su trabajo “Cuando Eros tienta a Thanatos”, el cual me ha resultado extremadamente sorprendente. En primer lugar, por su opinión que la reacción terapéutica negativa (RTN) es un problema añejo. Bueno, tal vez lo sea para ustedes. No en Europa ni en EEUU. En particular, es acuciante el hecho de que muchos analistas cometen actings sexuales con sus pacientes, que era el propósito de fondo de mi artículo. Este tema centró la amplia y rica discusión en mi Sociedad de París y centrará también la Monografía sobre ese tema que preparamos para fin de año. Por ejemplo, Gabbard, el actual co-redactor en jefe del International Journal, se dedica casi enteramente a tratar de esas dificultades. Es un autor extremadamente interesante, y no añejo, sino actual.

En segundo lugar, pienso que Ud atribuye las opiniones de los unos a los otros (por ejemplo J. Riviere describió la RTN como debida principalmente a sentimientos de culpabilidad y tentativas de reparación mucho más que a la envidia; por ejemplo cuando A. Green habla de una relación de no-relación no se refiere a la RTN sino a los pacientes dominados por el narcisismo negativo, lo cual no es el caso de los que presentan una RTN).

La definición clásica (y añeja tal vez, pero como un vino) es la de Laplanche y Pontalis (ex-analizandos de Lacan): “Fenómeno encontrado en ciertas curas analíticas como tipo de resistencia frente a la curación, particularmente difíciles de superar: cada vez que se espera del progreso del análisis un mejoramiento, se produce un agravamiento, como si ciertos sujetos prefirieran el sufrimiento a la curación. Freud vincula ese fenómeno a un sentimiento de culpabilidad inconsciente inherente a ciertas estructuras masoquistas”. Esta definición aunque clásica es, si, añeja, en cuanto no menciona lo que destacarán autores posteriores, entre ellos Pontalis y el inglés no kleiniano Limentani: el intenso sufrimiento contra-transferencial del analista. Yo añadiría la influencia de la pulsión de muerte, entendida en el sentido de pulsión de destrucción, tal como es descrita en “Malestar en la cultura”, el texto fundamental de Freud sobre esta pulsión, desgraciadamente poco trabajado en general. En tercer lugar, el caso descrito por usted no presenta en absoluto una RTN: el hecho somático fue tal vez objeto de una representación-cosa inconsciente, que se tradujo en la fantasía de ser desangrado por usted. Esto no es un empeoramiento psíquico. No nos dice si el paciente falleció o si retomó el análisis. Falta ara una RTN la resistencia intensísima, la transferencia negativa de sumo grado, la mejoría notable precedente, el tiempo largo de un análisis profundo anterior, el sufrimiento contra-transferencial suyo, la duración del período durante el cual se manifiesta esto (varios años, como lo destaco en mi trabajo o en el libro anterior que envié a la APU). Ese paciente comenzó un análisis en forma aparentemente corriente, luego se enfermó, no sabemos aún bastante de las relaciones

inconsciente-cuerpo para calificar ese hecho de acting, ni mucho menos que su finalidad haya sido de atacarle a usted. En cuarto lugar, usted afirma que no todo es transferencia y contra-transferencia, no basta con entender e interpretar. Pues no: todo lo que pasa en la sesión (y no en la vida del paciente) es transferencia, las huellas mnémicas del pasado infantil están en nosotros, la libido reprimida está pronta para ser transferida sobre el analista (la pulsión de muerte también) y lo hace regularmente, salvo en los casos inanalizables, como los señalados por A. Green. Lógicamente, el paciente vive también fuera de la sesión, donde a veces desplaza y hace transferencias laterales, a veces no, cliva y actúa aspectos no aparecidos en el análisis. Claro está, con un analista libre de teorías pre-establecidas, con un buen encuadre (un mínimo absoluto de tres sesiones semanales), con capacidad interpretativa por lo menos mediana. Sí puede ocurrir una interferencia de la realidad durante la sesión: tocan el timbre, llega un electricista, se sienten ruidos, el gato de la analista se ha escondido tras una cortina y salta al medio del consultorio. Todo ello es interpretable, si vale la pena; no, si al paciente no le hace mella y sigue asociando. Otras realidades pueden ser más terribles: en tiempos de la dictadura, de repente se abría la puerta y entraba un soldado armado pidiendo sus documentos al paciente y al analista. Hubiera sido absurdo interpretar la intrusión del padre malo u otra tontería por el estilo. Lo mejor era callar, si se podía. Suponer una ausencia de transferencia /contra-transferencia durante la sesión, me parece una imposibilidad, es como decir que podría no haber vida psíquica. Tal vez pueda pensarse eso para los desmayos, estados de coma, anestésias. Pero no lo sabemos y por suerte no se producen generalmente en sesión. Antes de terminar, quisiera insistir en que la finalidad de mi artículo no es resucitar la RTN del paciente, que por aquí goza de excelente salud, sino hacer reflexionar sobre la RTN del analista cuando ésta lo lleva a cometer actos sexuales, que se pueden calificar de pedofílicos, con sus pacientes. Tema generalmente silenciado. Allí también, lo hace en curas avanzadas, que prometían bien y que él destruye con los derivados de su pulsión de muerte. Que se le añada masoquismo y placer en ser luego descubierto, puede ser. He tenido varios casos de pacientes así atacadas, pero no de analistas atacantes. Cordialmente

Luisa de Urtubey

*Respuesta (solicitada por la RUP),
de Javier García al comentario
de Luisa de Urtubey*

Estimada Luisa de Urtubey,

He leído su trabajo “Sobre la reacción terapéutica negativa” (*Rev. Uruguaya de Psicoanálisis 2003, 97 págs. 9-28*) y sus comentarios sobre mi texto.

1- Efectivamente esta fue una ponencia en un Panel de la A.P.U. donde, si recuerdo bien, hace al menos quince años que no se presenta ningún trabajo sobre R.T.N. y, además, es un concepto poco referido en las discusiones clínicas de nuestro medio. En ese contexto utilicé la palabra “añejo”. Mis referencias a algunos trabajos actuales sobre el tema significan que no pienso que en el resto del mundo sea así. De hecho no lo es apenas en la otra orilla de nuestro Río de la Plata, donde la R.T.N. ha concitado especial atención desde los ya clásicos trabajos de Racker y Cesio hasta los más recientes aportes de N. Marucco. No obstante, la pluralidad y heterogeneidad del psicoanálisis actual hacen difícil sostener con tanta certeza como Ud. lo hace la buena salud del concepto en dos continentes. Cada tiempo volvemos sobre los conceptos, los re trabajamos a partir de viejas y nuevas preguntas. Lo añejo y lo nuevo se pueden intrincar productivamente, a veces. Sería interesante un estudio comparativo de teorías prevalentes y preferencias técnicas, sobre todo en la conceptualización y trabajo de la transferencia, que nos pueda aportar sobre estas diferencias.

Por otra parte, respecto al problema de los actings sexuales de analistas que Ud. trabaja, reconozco preocupante la situación que describe, pero no me es fácil de relacionarla con el concepto de R.T.N.

Lo retomaré al final.

2- La confusión de autores que Ud. me atribuye no creo que se desprenda de mi texto. a) Las diferencias entre M. Klein y Joan Riviere quedan citadas en la página 80-1 (RUP 97): “*Siguiendo las teorizaciones kleinianas, tanto por los aportes de J. Riviere (1936) como por los de M. Klein (1957), quedan destacadas tanto la intensidad de la posición depresiva y sus defensas maníacas [por la primera] como la envidia [por la segunda]*”. Y en el párrafo siguiente: “*..una forma de entender los objetos internos primarios que Joan Riviere colocaba en el centro de una presión reparatoria en las R.T.N.*”.

b) Respecto al concepto de “*relación de no-relación*” de A. Green, es una cita no referida como ejemplo de R.T.N. sino que está ubicada en un párrafo en el que me refiero al problema del trabajo de la transferencia-contratransferencia cuando las vivencias de analizando y analista quedan ubicadas en espejo. ¿Quiénes el sujeto de lo que allí ocurre? Ahí digo que no es solamente un problema de cómo conceptualicemos la transferencia sino un problema de la situación analítica misma, por trastornos narcisistas de esa relación. Sin embargo, paradójicamente, es Ud. quien en su artículo refiere a la *relación de no-relación* descrita por A Green como R.T.N., en página 15 (R.U.P. 97): “*Para Green (1993) la Reacción Terapéutica Negativa es una relación que es una no relación..*”

3- Respecto a la viñeta clínica que incluyo Ud. afirma, con una certeza que caracteriza todo su comentario, que no se trata en absoluto de una R.T.N. Yo no dispongo de esa certeza en una opinión contraria, sobre todo porque esto depende de qué entendamos por R.T.N., que es lo que trato de discutir y hacer algún aporte para pensar, útil o no, es nuestro riesgo. El hecho somático que presenta esta viñeta y que Ud. lo aleja de las R.T.N., también curiosamente lo cita como R.T.N. en página 13 (R.U.P. 97), como uno de los finales desfavorables o catastróficos de un análisis: “*enfermedad psicosomática, accidentes graves..*”, posición que comparto. Este caso descrito tuvo muchos de los elementos descritos por Freud de R.T.N. (referido en pág.77-8), no así algunos que Ud. cita, como una transferencia negativa intensa y un sufrimiento contratransferencial duradero, elementos que yo propongo en mi texto como diferentes de las R.T.N. Esto es, trato de diferenciar las transferencias negativas intensas de las R.T.N., especialmente por las diferencias de pronóstico y tipo de intervención analítica. Lo ejemplifico con el caso descrito por Pontalis.

4- El cuarto punto del comentario es quizás el que implica una discusión analítica de fondo, pues trata de la concepción de la transferencia. No me referiré a qué es lo que se transfiere ni a los ejemplos que Ud. cita pues no son problemas a los que me refiera en mi texto. Lo que sí está en cuestión es la idea de que la transferencia contiene todo lo que pasa en sesión y que solo se requiere la habilidad del analista para descubrirlo y que el analista tiene un papel decisivo en que se instale una RTN en el paciente. Hay circunstancias especiales en que esto último puede ser así, pero no pienso que constituya lo determinante de una RTN; no creo en un analista tan poderoso ni en un inconsciente que contenga todo. De cualquier forma yo me refiero a momentos donde la transferencia se desmorona o agujerea en pasajes al acto. Algo se venía armando como elaboración psíquica, como mejoría tras largo trabajo analítico e “inesperadamente” aparece un empeoramiento que implica diferentes riesgos (vida, familia, trabajo, accidente, etc.).

El masoquismo primario y la pulsión de muerte que es lo que está principalmente en juego en la noción de R.T.N. restringida que yo manejo (quizás cercana a la idea de R.T.N. asesina en cuanto a su intensidad y gravedad), no pienso que se corresponda con sectores de la pulsión fijada a representantes sino, por el contrario, a fracasos de esas fijaciones. Fue Freud quien en su Conferencia³² de 1932 distingue entre la agresión interiorizada y asumida por el superyo por un lado y la pulsión de destrucción libre en el yo y el ello, por el otro. Esta segunda forma parecería que es la que le da un especial mal pronóstico a la R.T.N. y es a lo que yo me restrinjo en mi trabajo. En 1937 en “Análisis terminable e interminable” vuelve a resaltar esa diferencia entre el superyo ligando (necesidad de castigo), y otra fuerza no ligada, libre, que puede operar en cualquier parte del aparato. Podríamos conceptualizarlo de distintas formas pero en todo caso no se trata de huellas o representaciones reprimidas que se actualizan con estructura transferencial. Está mucho más cerca de lo no registrado e inanalizable que parece tentado a actuar como desligazón en presencia de organizaciones más elaboradas, en presencia de Eros, de mejorías analíticas. Por esta razón insisto en diferenciar las R.T.N. de las transferencias negativas, por más intensas que éstas se constituyan. Las transferencias negativas son justamente armados transferenciales y éstos implican por lo menos cierta mezcla pulsional y una direccionalidad al analista que intentará sostenerla función simbólica. Pienso que, en cambio, las R.T.N. graves, alas que me refiero, actúan más como reacciones contra la transferencia, contra la mezcla pulsional y destruyendo la estructura simbólica. Tienen algo en común con las situaciones clínicas que nos presentan los pacientes depresivos con riesgos de

autoeliminación. Cuando ella se actualiza en transferencia y es trabajable de alguna forma, los riesgos de I.A.E son menores. Mientras que si no aparecen como transferencia negativa los riesgos aumentan. Los pacientes con severas patologías somáticas o con accidentes graves repetidos o con núcleos depresivos importantes y/o con una estructura psíquica donde se destaque un importante narcisismo negativo, que se analizan y mejoran y no realizan una intensa transferencia negativa que se pueda trabajar, parecen más propensos a una R.T.N. como la que describo. Pienso que Eros tienta en estos casos a Thanatos y esto sería un indicador posible de inanalizabilidad, al menos, de riesgos importantes del análisis.

5- Finalmente, me referiré brevemente a la preocupación que motivó su texto: los actings sexuales de analistas con sus pacientes. No es una experiencia frecuente, hasta donde yo sé, en nuestro medio. Es cierto que sobre ello podría no hablarse ni escribirse, en especial por mantener la reserva ante situaciones de por sí muy complicadas. He tenido un caso clínico que coincide con las características de paciente y analista que Ud. describe, al que se agregó un accidente. Coincido de que es difícil pensarlo desde el lado de ese analista cuando la experiencia es con el paciente que lo sufrió. No obstante me inclino a pensar que esa tendencia transgresora del analista está siempre pronta a actuarse con cualquier característica de la transferencia que instale el paciente. Pienso que podría ser excesivo vincular todos los motivos que en el analista podrían llevar a hacer fracasar un tratamiento a las RTN. En todo caso, nuevamente, mi preferencia por un concepto de RTN más restringido y específico. Quizás podamos coincidir, al menos, en que nos sorprendemos.

Cordialmente,

Javier García

RESEÑA

¿Pluralismo y unidad? Métodos de investigación en psicoanálisis

Título original: Pluralism and
unity?
Methods of research in

psychoanalysis.

Librarie

Editado por The International Psychoanalysis

IPA Publications

Committee

Ana de Barbieri¹

Este libro recoge la mayoría de las ponencias de la Conferencia: “Pluralismo de las ciencias: el método psicoanalítico entre la investigación clínica, conceptual y empírica”, organizada por el Subcomité de Investigación Clínica, Epistemológica e Histórica de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA), que tuvo lugar en Frankfurt en setiembre de 2002. En las catorce exposiciones elegidas, que aparecen como capítulos en este libro, se desarrolla un amplio espectro de temas y también se muestran distintas opiniones acerca de las tres áreas de investigación mencionadas.

Las compiladoras: Mariane Leuzinger-Bohleber (Frankfurt) y Dieter Bürgin (Basilea), también investigadoras y expositoras, logran, con su selección, hacer un muestreo de las diversidades locales en relación a la investigación, en distintas sociedades psicoanalíticas y en sus comunidades.

Tanto el prefacio de Widlöcher como la introducción de las compiladoras son interesantes aportes que proporcionan una visión panorámica de la investigación en la actualidad.

A lo largo del libro se encuentran artículos sobre: investigación tradicional; investigación clínica y conceptual; investigación de resultados y procesos en psicoterapias; neuropsicoanálisis: un nuevo emprendimiento interdisciplinario, ¿relevante para la investigación psicoanalítica futura? se preguntan.

Bajo el título “El Pluralismo de las ciencias y el pensamiento psicoanalítico” André Green aboga por un tipo de conocimiento más amplio que el científico. Para él, el nudo central de la investigación en nuestra disciplina tiene que ser el Inconsciente y la sesión psicoanalítica es la condición indispensable de la investigación en nuestro

¹ Miembro Asociado de APU. E-mail: anadeb@adinet.com.uy

campo. Comenta su experiencia en una investigación clínica promovida por IPA que reunió a representantes de distintas regiones del planeta refiriéndose a las dificultades que se plantearon, dada la diversidad de opiniones. Por ejemplo, en relación a la investigación conceptual en psicoanálisis, opina que debe ser realmente conceptual, no sólo descriptiva. Piensa que este tipo de investigación ofrece la oportunidad de crear una verdadera epistemología del psicoanálisis.

Criticando la investigación empírica confronta su postura con la de Fonagy con quien de todas maneras admite sus acuerdos desde el punto de vista psicoanalítico.

Son relevantes, para él, los aportes de la neurobiología y las neurociencias. Se inscribe en una línea epistemológica con autores como Edgard Morin, G. Edelman (a quien cita), H. Von Foerster, J. Didier- Vincent, F. Varela (neuricientista), A. Prochiant (teoría de la hipercomplejidad).

Roger Perron, Psicoanalista de la Sociedad Psicoanalítica de París, en “¿Qué estamos buscando y cómo?” plantea: “¿Qué queremos saber?” y “¿Cómo lo logramos?”

Hace un recorrido exhaustivo de los distintos campos de investigación de resultados, trabajando: con distintos sectores de población (niños, púberes, adolescentes con intentos de autoeliminación, etc); o en el campo de la técnica (formas de interpretación, trabajo con familias, juego y actividades plásticas con niños, etc); o en el trabajo con el proceso analítico; o en el trabajo con conceptos e hipótesis. Resulta interesante el recorrido que hace de posibilidades y dificultades en cada uno de estos campos.

Concluye que tenemos que desarrollar modelos epistemológicos y técnicos propios de nuestro campo que den cuenta del funcionamiento humano.

“¿Qué tiene para ofrecer la investigación conceptual?” de Anna Ursula Dreher, Psicoanalista de la Asociación Psicoanalítica Alemana. Se pregunta si los dos aluden a lo mismo cuando hablan de investigación conceptual. Ella lo pone en duda y finalmente propone distinguir la investigación conceptual de distintas reflexiones sobre conceptos que podemos realizar los psicoanalistas a la hora de preparar un curso o un trabajo.

La primera alude a actividades que tratan con conceptos y sus lugares en el campo teórico, de una forma sistemática y sostenida por un metodología de investigación.

Luego Dreher, toma brevemente una interesante selección de aquellos métodos que pueden ser útiles cuando pensamos abordar una investigación conceptual.

Según esta autora la investigación conceptual nos permite tener una perspectiva descentrada de los conceptos, una reconstrucción sistemática y una discusión crítica de los cambios que surgen del progreso teórico y empírico, como consecuencia de cambios en lo social y cultural.

Peter Fonagy y Margaret Target En “Teoría del apego y resultado psicoanalítico a largo plazo: ¿es la narrativa del apego inseguro menos precisa?”. Muestran la riqueza para el psicoanálisis de conjugar distintos métodos de investigación.

Parten de la hipótesis de que el tratamiento psicoanalítico de niños aumenta la resiliencia frente a futuros eventos (pérdidas, relaciones complejas, etc) protegiendo al niño del impacto de esas vicisitudes. Y esto no sólo en casos de neurosis sino también en casos graves. En una investigación de largo plazo emplean distintas metodologías, trabajando con entrevistas en profundidad con adultos que han tenido su análisis en la niñez y con un grupo control de adultos con características similares al anterior, pero que no han recibido ayuda terapéutica en su niñez. También tomaron en cuenta estudios realizados de amplias muestras, y se empezó un diseño cuantitativo y empírico, de manera de que en una muestra suficientemente amplia aparezcan las consecuencias de

los problemas mentales de la infancia a lo largo de la vida. Es especialmente interesante la presentación de una situación clínica en la que se muestran entrevistas en profundidad con un adulto que había sido tratado de niño, con una historia seriamente traumática. A la luz de las entrevistas actuales aparecía con una patología grave pero había sido tratado como un neurótico. Los autores piensan acerca de las consecuencias de esta situación.

En la actualidad están tendiendo a aplicar el método cualitativo de la sociología y la psicología social a las detalladas y finas exploraciones del material recogido en psicoanálisis y en entrevistas de orientación psicoanalítica.

En “¿Qué clase de evidencia hace que el analista cambie sus ideas teóricas o técnicas?” Ricardo Bernardi se interesa por los motivos de los cambios teóricos y técnicos que se han producido en el Río de la Plata en las décadas del 60 y 70. Por un lado, toma como base para su investigación los registros grabados de las discusiones que se produjeron en la visita de S. Leclaire a nuestro país; por otro, el discurso argumentativo que aparece en las publicaciones de las sociedades psicoanalíticas de esa época; y por último entrevistó a 20 analistas de trayectoria científica o institucional reconocida. Se pregunta por las razones que operan en el discurso argumentativo, sobre las razones del cambio en los debates públicos o en los debates a foro interno. Y si se pueden clarificar acuerdos y desacuerdos.

También interroga acerca de ¿cómo se relacionan los cambios en las ideas teóricas y técnicas con las experiencias personales y profesionales del analista?

Del estudio de las publicaciones y de las discusiones entre S. Leclaire y los miembros de la APU, después de un análisis en distintos niveles, concluye que es necesario que los analistas puedan examinar en forma reflexiva las razones conceptuales y las experiencias personales que inciden en sus concepciones.

Por último mencionaré brevemente el artículo de Mark Solms, psiconeurólogo y miembro de la Sociedad Británica de Psicoanálisis, quien plantea en: “Prolegómeno para una integración del Psicoanálisis y las Neurociencias” que hay observaciones (...) que demuestran que el cerebro y la personalidad son inseparables y que estas observaciones iluminan la idea de que el objeto de estudio del psicoanálisis está de alguna manera intrínsecamente conectado con el objeto de estudio de la neurociencia. El autor desarrolla estas ideas a lo largo de su trabajo.